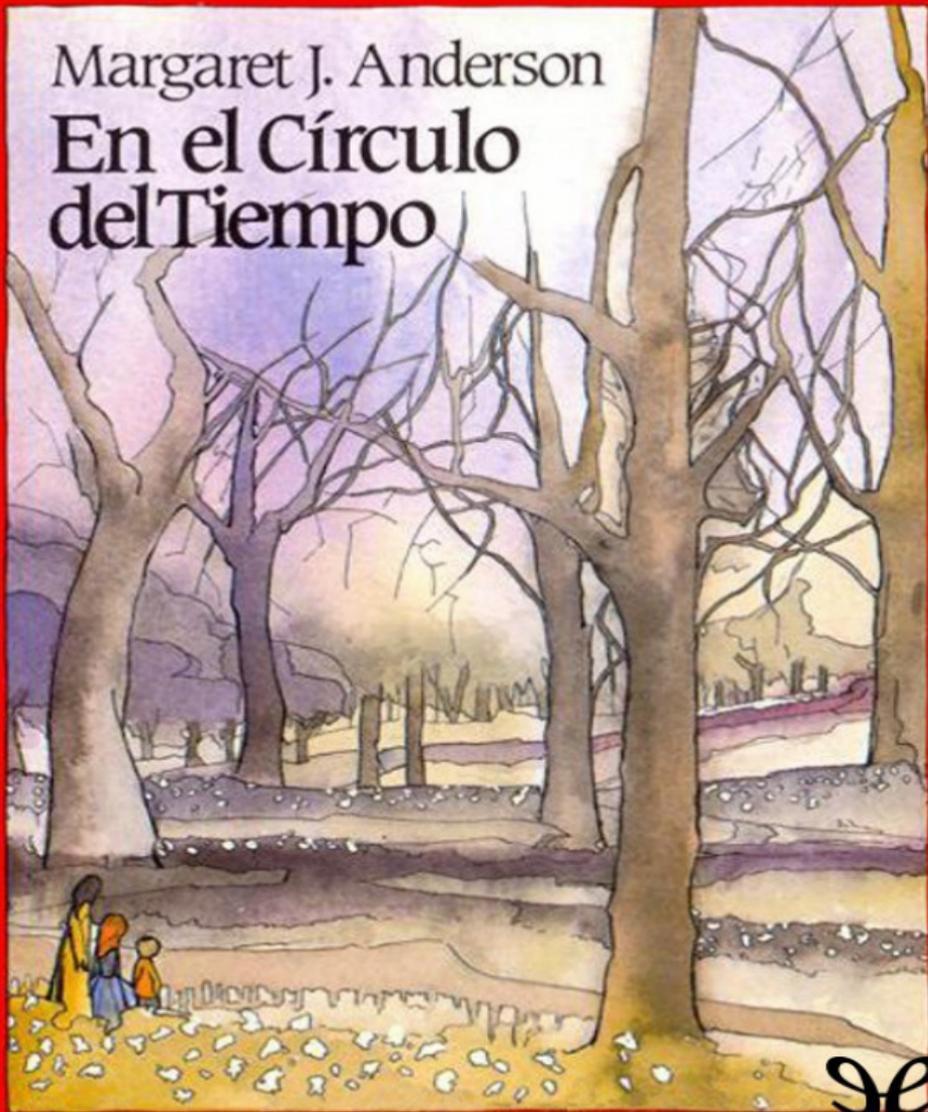




EL BARCO DE VAPOR

Margaret J. Anderson
**En el Círculo
del Tiempo**



A stylized, handwritten signature or logo in black ink, located in the bottom right corner of the illustration. It consists of a series of loops and curves, resembling a cursive 'e' or a similar character.

En el año 2179 no habrá aviones ni automóviles y las personas se querrán un poco más. No existirán las grandes ciudades y se celebrarán muchos días de fiesta. Pero también habrá una sombra sobre tanta felicidad: los bárbaros lucharán para implantar de nuevo su mundo mecanizado. Robert y Jennifer han averiguado cómo será el siglo XXII. Para ello solo han tenido que traspasar el Círculo del Tiempo.



Margaret Jean Anderson

En el círculo del tiempo

ePub r1.0

Ascheriit 03.05.14

Título original: *In the circle of time*

Margaret Jean Anderson, 1979

Traducción: Ana Moret

Ilustraciones: Violeta Monreal

Editor digital: Ascheriit

ePub base r1.1



1

—**M**E parece una locura —dijo la señora Guthrie con voz preocupada—. Terminarás llegando tarde a la escuela o perdiéndote.

—No llegaré tarde y, por supuesto, tampoco me perderé —prometió Robert. Luego, cogió el macuto y salió de casa apresuradamente antes de que su madre pudiera añadir nada más.

La señora Guthrie lo siguió con la vista y lo vio alejarse corriendo por la irregular vereda que descendía hasta el camino principal. Alta, delgada, con el

cabello gris retirado de la cara y recogido en un apretado moño, permaneció así incluso después de que el muchacho desapareciera de su vista tras el polvoriento seto de espino.

—Levantarse a estas horas de la mañana para hacer un dibujo de esas piedras —murmuró para sí misma moviendo dubitativamente la cabeza—. Como si no pudiera dibujarle al abuelo la casita o la montaña...

Pero sabía muy bien que un dibujo de la casita o de la montaña no hubiera satisfecho al anciano. Eran las piedras de Arden las que le interesaban; incluso podría decirse que le obsesionaban.

El anciano era su padre, Dougal Ballentyne, y había vivido toda su vida en una pequeña casita al otro lado de la montaña, entre East Sands y el páramo, a unos pocos kilómetros del antiguo círculo de piedra llamado «las piedras de Arden». El páramo le había proporcionado una vida austera —turba para el fuego y pasto para el ganado—, pero la arena había sido siempre su principal enemigo. El viento del norte la tenía en continuo movimiento. Poco a poco, había ido cubriendo la mayoría de sus tierras y amenazaba con hacer lo mismo con la casa.

El gobierno había intervenido,

proporcionándole una nueva vivienda protegida en Baldry, cerca de las tiendas, la taberna y la iglesia. Cualquiera podría pensar que estaría encantado de vivir en una casita nueva, rodeada por un pequeño jardín en vez de por un desierto de arena. Y, sin embargo, no estaba contento. No se cansaba de decir que ya no podía ver las piedras iluminadas por los primeros rayos del sol.

Por eso Robert le había prometido que le haría un dibujo de las piedras brillando la salida del sol. Y podía hacerlo. Robert dibujaba muy bien.

La señora Guthrie suspiró

profundamente y volvió a entrar en la cocina. Echó un poco de carbón al fuego, abrió el tiro para que se calentara el agua y se dispuso a recoger las cosas del desayuno. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que seguía pensando en las piedras. ¿Quién las había puesto allí por primera vez? ¿Por qué habían tenido tanta influencia en la gente? Intentó recordar las historias que su padre contaba sobre ellas. Solo eran cuentos de hadas, por supuesto. Y a pesar de todo... Una vez, cuando ella era todavía muy pequeña, tan pequeña que apenas sabía andar, se había perdido en el páramo y la niebla la había envuelto.

Varias horas después, cuando la encontraron, estaba arrebujada en una capa gris, de un tejido suave y extraño, que no era suya...

Pero tenía muchas cosas que hacer. El señor Guthrie, su marido, había ido al mercado de ganado. ¡Ni siquiera había ordeñado las vacas! La señora Guthrie dejó de pensar en las piedras y se dirigió resueltamente hacia el establo.

Robert había subido la ladera de Ben Arden, la elevada montaña que separaba el valle de North Sea. Una vez que hubo salido de la nube que envolvía en una húmeda neblina las tierras altas, se detuvo a contemplar el páramo, que

se extendía a sus pies desierto y remoto, el camino que llevaba a las arenas y el mar distante y lejano. Más tarde, con la llegada del verano, el páramo se vestiría de rosa y púrpura, floreciendo con el calor; pero ahora era una alfombra de castaños apagados y suaves verdes, salpicada de vez en cuando por las manchas negras de las turberas. Ligeros jirones de niebla se agarraban a las hondonadas y Robert pudo ver el círculo de piedra, diminuto e insignificante, empequeñecido por la inmensidad del páramo. Estaba muy lejos. Tendría que darse prisa.

Descendió corriendo, atravesando

los helechos. Al llegar al nivel del suelo, disminuyó el paso y eligió cuidadosamente el camino. En algunas zonas el terreno era peligroso. Aquellas esponjosas bandas de esfagnos^[1] de color verde brillante y aspecto sólido podrían ceder bajo su peso, y se lo tragaría el pantano. Aunque se arañara las piernas, era mejor continuar por las matas de brezo.

De vez en cuando se detenía a mirar las florecillas —rocíos de sol, gamonitas y orquídeas—, tan extrañamente delicadas en medio del brezo y los toscos helechos. Pero no podía entretenerse demasiado porque el

sol no esperaría; además, tenía que llegar a tiempo a la escuela, aunque la verdad es que no era eso lo que más le preocupaba.

Subió un pequeño repecho, arrastrando la pierna derecha como siempre que estaba cansado. Desde allí, en una hondonada con forma de plato que tenía delante, pudo ver las piedras. Eran diez enormes bloques rectangulares.

Por su disposición, parecía que alguna vez habían sido trece, ya que había tres huecos: dos casi juntos, separados por una de las piedras, y el tercero enfrente, al otro lado del círculo.

Las piedras eran de granito, como todas las que salpicaban el descarnado terreno que cubría la inclinada ladera de Ben Arden, y yacían diseminadas en forma de grandes cantos por todo el páramo. Aunque toscas y angulosas, daban la impresión de haber sido cuidadosamente seleccionadas y colocadas en el círculo, con alguna finalidad desconocida, por personas ya desaparecidas. Era como si el espíritu y la memoria de aquella gente permanecieran todavía adheridos a las piedras, distinguiéndolas de las otras que había en el páramo.

Robert miró las piedras con disgusto, comparándolas después con

las de su dibujo. Las suyas no parecían suficientemente sólidas ni suficientemente antiguas. «¿Cómo puede conseguirse que una piedra parezca antigua?», se preguntó desilusionado. Se divertía mucho dibujando cuando no tenía que preocuparse demasiado de cómo salían las cosas, pero últimamente veía mentalmente todo con una claridad que luego era incapaz de plasmar en sus dibujos. Si pudiera ayudarle alguien... —dándole clases, por ejemplo—, pero no tenía ninguna esperanza. Por lo menos mientras su padre no cambiara de actitud. Dibujar estaba muy bien cuando era más pequeño —y de hecho le había

ayudado a entretenerse durante su larga enfermedad—, pero, ahora que ya tenía once años, su padre pensaba que debía dedicar todo su tiempo a trabajar en la granja. Solo porque él estaba fuera, había conseguido que su madre le permitiera llevar a la escuela los lápices de dibujo. No se le volverían a presentar muchas oportunidades así. Tenía que hacer un buen dibujo.

Con un suspiro de irritación, Robert volvió a mirar las piedras una vez más, pero inmediatamente se olvidó del dibujo. Junto a una de las piedras había una niña alta, delgada, con el pelo rojizo brillando al sol. Por un breve instante,

Robert pensó que era uno de los *shape-shifters*^[2] o incluso una *bean-night*^[3] de los cuentos de su abuelo. Parecía haber salido del suelo. Pero la visión se desvaneció rápidamente cuando se dio cuenta de que era Jennifer Crandall, que iba a su mismo colegio y estaba en un curso superior al suyo.

Aparentemente, había tenido alguna dificultad para llegar hasta el círculo. Llevaba los pantalones y las zapatillas llenos de barro —quizá por eso Robert había llegado a pensar que había salido directamente del suelo— y la cara llena de manchas, que sin duda se había hecho

ella misma al intentar recogerse el cabello con las manos sucias. Aunque la mañana todavía era fresca, estaba acalorada y sudorosa, y jadeaba como si hubiera corrido la mayor parte del camino.

Jennifer acababa de llegar a Locharden, pero ya era muy conocida. Por un lado, su cabello rojo hacía que no pasara desapercibida con facilidad, y por otro, era americana. Su padre trabajaba en la North Sea Oil Company^[4]. Su familia no había encontrado casa ni en Aberdeen ni en Dundee y se había tenido que confirmar con alquilar la antigua granja Taylor, un

poco más abajo que la de los Guthrie.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jennifer una vez que se hubo recobrado de la sorpresa de ver a alguien en aquel solitario lugar—. Te había confundido con una oveja.

Robert notó que se ponía colorado. Nunca se le ocurría nada que decirle a la gente, especialmente si eran chicas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Robert Guthrie.

—Yo soy Jennifer Crandall.

—Ya lo sé —dijo Robert.

—¿Cómo lo sabes? ¿Vas a la escuela de Locharden?

—Vamos en el mismo autobús.

Algunas veces lo cojo en el valle que hay cerca de tu casa.

—¿Cómo es que no nos hemos visto nunca?

Robert se encogió de hombros imperceptiblemente. Podía haberle dicho que si nunca se había fijado en él era porque siempre estaba muy ocupada intentando causarle una buena impresión a Danny Lowrie.

Pero también podía haber sido por la facilidad con que Robert pasaba desapercibido. Cuando sus compañeros hacían equipos para jugar al fútbol, nadie se fijaba en él hasta que era el único que quedaba.

—¿Qué estás dibujando? —preguntó Jennifer cruzando el círculo para ver el cuaderno. Robert hubiera preferido no enseñárselo, pero, antes de que pudiera darse cuenta, Jennifer se lo quitó de las manos y lo examinó minuciosamente.

—¡Oye, está muy bien! ¡Ojalá dibujara yo así!

Robert recogió el dibujo y, sin decir ni una palabra, lo guardó apresuradamente en el macuto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Quería estar aquí a la salida del sol —contestó Jennifer—. Pero aquí el sol sale muy pronto. La única forma de

poder verlo sería quedarse toda la noche, pero supongo que mi madre no me dejaría. Si supiera lo temprano que me he levantado esta mañana, se enfadaría; pero estoy segura de que no me ha visto.

—¿Para qué quieres estar aquí a la salida del sol?

—¿No sabes qué día es hoy?



—Jueves —contestó Robert después de pensarlo durante un momento—. Ayer fue miércoles, el día del mercado de ganado.

—Quiero decir qué fecha —dijo Jennifer con impaciencia—. Es veintiuno de junio, el día del solsticio de verano.

—¿Y eso qué tiene de especial? —preguntó Robert, confuso.

—¿No sabes que la gente se reúne en Stonehenge la mañana del solsticio de verano para ver la salida del sol sobre Heel Stone?

—¿Y creías que aquí pasaría lo mismo?

—No, claro que no. Pero la disposición de las piedras podría estar relacionada con el solsticio de verano. Las personas que construían este tipo de círculos adoraban el sol y la luna, y a veces colocaban así las piedras para marcar las estaciones, predecir los eclipses y cosas por el estilo.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuvimos en Stonehenge la primera vez que vinimos aquí. Además tengo un libro que trata de eso. Voy a ser arqueóloga.

—Bueno, pero esto no es Stonehenge.

—Precisamente por eso he decidido

venir. La gente siempre ha sentido curiosidad por Stonehenge, y se han hecho excavaciones en aquella zona desde hace mucho tiempo. Voy a descifrar el misterio de las piedras de Arden.

—No hay nada que descifrar. Solo son diez piedras.

—¡Trece! —dijo Jennifer con voz triunfante—. ¿Ves aquellos huecos? Originalmente, el círculo tenía más piedras, y eso es muy importante. Una por cada mes lunar del año. Probablemente su calendario empezara el día más largo. Por eso quería estar aquí a la salida del sol, para observar.

Tú que vives aquí, ¿qué sabes de las piedras?

—Bueno —empezó lentamente Robert—, al que habría que preguntárselo sería a mi abuelo. Ahora vive en Baldry, pero antes vivía en una casita cerca del mar. Sabe muchas historias de otras épocas. Dice que, una vez cada cien años, las piedras se trasladan a un acantilado que hay sobre el mar, y que a las personas que las ven moverse les pasan cosas terribles.

—Eso solo son supersticiones —dijo Jennifer con desprecio—. En lugares como este siempre las hay. Pero eso no es arqueología. Lo que tenemos

que hacer es excavar para buscar objetos y hacerles la prueba del carbono-14^[5].

Robert se sentía molesto. Además, no sabía muy bien qué quería decir Jennifer con eso del carbono-14.

—No encontrarás nada excavando en un pantano —afirmó tajantemente.

—Para empezar, a lo mejor encontramos las piedras que faltan —dijo Jennifer y se dirigió hacia uno de los huecos y empezó a arrancar puñados de tierra negruzca.

—No vas a encontrar nada aquí —afirmó Robert, mirándola—. Lo más seguro es que se las hayan llevado hace

mucho tiempo.

—¡No seas tonto! ¿Para qué iba a venir alguien hasta aquí a llevarse las piedras? —preguntó Jennifer—. Es bastante más probable que se hayan caído y la tierra y la vegetación las hayan ido cubriendo poco a poco.

Robert la miró con el ceño fruncido, pero Jennifer continuó tirando con fuerza de las resistentes raíces y excavando en la tierra negruzca. No podía soportar que estuviera tan segura de sí misma.

—No creo que los verdaderos arqueólogos excaven así —dijo Robert—. Una vez vimos en el colegio una película y utilizaban cucharillas y

limpiaban todo con un cepillo de pelo de camello para no dañar nada.

—Depende de lo que busquen —
puntualizó Jennifer—. Estamos intentando encontrar bloques de piedra de unos tres metros y medio cada uno. ¡No querrás hacerlo con una cucharilla! ¿Por qué no pruebas a excavar en el hueco que hay al lado de aquella piedra?

Robert se arrodilló de mala gana y empezó a arrancar puñados de brezo, tierra negruzca y raíces. Era una pérdida de tiempo; pero, con Jennifer rondando por allí, no pensaba seguir dibujando.

Agachado sobre el suelo, Robert sintió un repentino escalofrío, como si

una nube hubiera cubierto el sol. Se estremeció y vio una espesa niebla que se arremolinaba alrededor de las piedras. Robert estaba acostumbrado a que la niebla cubriera rápidamente aquella zona del páramo, pero nunca había visto nada igual. Generalmente, avanzaba desde el noroeste, formando un sólido bloque, como una nube baja, pero esta niebla parecía rezumar del suelo, salir de las propias piedras. Se volvió para comentar con Jennifer su extrañeza y, aunque estaba solo a unos dos metros y medio de ella, lo único que pudo ver fue una figura insólita, fantasmal, arrodillada entre dos piedras

verticales. Estaba tan absorta escarbando en la tierra, que parecía no darse cuenta del repentino cambio del tiempo.

—¡Robert! He encontrado algo —la voz de Jennifer se perdió entre la niebla.

En ese mismo instante, los nudillos de Robert rozaron algo duro. La niebla era ya tan densa que le impedía ver a Jennifer. El frío, el silencio y la soledad le asustaron. Casi sin pensarlo, tapó con tierra el trozo de piedra que acababa de descubrir, apretándola después con fuerza.

La niebla se disipaba, haciendo remolinos, alejándose; no parecía haber

viento. Solo una tensa espera flotaba en el ambiente.

Y fue entonces cuando Robert volvió a ver a Jennifer con claridad. Tenía la cara muy pálida y en sus ojos oscuros había una mirada extraña, extraviada. Cuando se dirigió a él, su voz sonó ronca y tensa.

—¿Qué ha pasado? —murmuró—. ¿A dónde se han ido? ¿Quiénes eran?

Moviendo lentamente la cabeza, Robert dijo:

—No he visto a nadie. Solo niebla. No había nadie más.

—¡Sí! —insistió Jennifer—. Había varias personas excavando allí, en el

hueco que hay entre aquellas piedras. Estaban arrodillados en el suelo, cavando. Habían hecho un agujero enorme. Pude verlas a través de a niebla.

Para entonces, había desaparecido hasta el último jirón de niebla y el cielo volvía a ser azul. Robert se incorporó y, cruzando el círculo, se dirigió hacia el hueco. Miró al suelo. Estaba completamente liso, como si nadie lo hubiera removido. Jennifer permaneció detrás de él, temblando ostensiblemente.

—Aquí no ha excavado nadie —dijo Robert—. Tú misma puedes verlo.

—¡Pero había varias personas!

Tienes que haberlas visto tú también. Estaban excavando en el suelo con las manos y con palas.

—¿Te vieron a ti? —preguntó Robert.

—Creo que no —contestó Jennifer lentamente—. Estaban demasiado atareadas cavando el agujero. Parecía..., bueno..., parecía una tumba —al decir estas palabras, Jennifer estalló en lágrimas—. Estoy asustada —sollozó—. No me gusta este sitio.

Robert permaneció inmóvil, sin saber qué decir ni qué hacer. Por lo menos, el ruidoso llanto de Jennifer sirvió para disipar la tensión y la

sensación de irrealidad que flotaban en el ambiente. Robert recogió el macuto, se lo echó a la espalda y dijo:

—Creo que deberíamos irnos; si no, vamos a llegar tarde a la escuela.

Estas triviales palabras parecieron liberarlos de una especie de encantamiento. Llegar tarde a la escuela era una preocupación habitual, cotidiana, a la que ambos podían enfrentarse sin dificultad.

—¿Qué hora es? —preguntó Jennifer.

—Las siete y cuarto —contestó Robert—. Pero tardaremos más de una hora en atravesar el páramo, bajar la

ladera de Ben Arden y llegar hasta la parada de autobús de Baldry Road.

—Antes tendré que ir a casa a cambiarme —comentó Jennifer mirándose con tristeza los pantalones y los zapatos—. Además, si no aparezco a la hora del desayuno, mi madre querrá saber qué ha pasado. Ni siquiera le dije que iba a salir.

—No te va a dar tiempo a cambiarte, desayunar y coger el autobús a tiempo.

—Si lo pierdo, mi madre me llevará en el coche. Ya lo ha hecho otras veces. Si quieres, te llevará a ti también. Podrías venir a casa a desayunar con nosotras.

—Tengo un bocadillo de jamón en el macuto —dijo Robert—. Me lo comeré mientras espero el autobús.

—¿Haces esto con frecuencia? ¿Vas a algún sitio antes de ir a la escuela? —preguntó Jennifer.

Robert negó con la cabeza.

—Es la primera vez. Mi padre está fuera de casa. Ha ido al mercado de ganado. Era una buena oportunidad. Por la mañana temprano es la única hora del día en que hay una luz apropiada para dibujar las piedras.

—¿No puedes venir cuando está tu padre en casa?

Robert se abrió camino con cuidado

por el terreno pantanoso.

—El piensa que dibujar es una pérdida de tiempo. Para él, todo lo que no tenga que ver con el trabajo de la granja es una pérdida de tiempo.

Penetraron en una selva de helechos, casi tan altos como ellos, y durante un buen rato ascendieron en silencio. Robert iba arrastrando el pie y casi no podía respirar, pero, como no quería admitir ante Jennifer que necesitaba descansar, se esforzaba para continuar.

Finalmente, cuando salieron de los helechos y llegaron a la cima de la colina, Jennifer se dejó caer sobre la hierba. Robert se derrumbó a su lado.

—¿Cómo sabías que las piedras estaban allí? —preguntó Robert una vez recuperado el aliento.

—Un fin de semana, cuando papá estaba en casa, fuimos dando un paseo desde el páramo hasta la costa y pasamos junto a ellas. Muchos fines de semana nos dedicamos a andar. Me encantan tus montañas escocesas.

—No pensarías lo mismo si tuvieras que correr detrás de las ovejas haga el tiempo que haga —dijo Robert con dureza—. Intenta pasear por estas montañas en febrero o marzo, buscando corderitos en medio de la ventisca.

—O la niebla, supongo —dijo

Jennifer levantándose y estirándose.

—¿Qué fue exactamente lo que viste entre la niebla? —preguntó Robert, incapaz de contener por más tiempo la pregunta.

—Nada —dijo Jennifer mirándole con tranquilidad—. He estado pensándolo. Lo más probable es que me lo haya imaginado. Después de todo, tú no viste nada.

—Allí pasan cosas muy raras. Mi abuelo...

—¡Tú y tu abuelo! —exclamó Jennifer, irritada—. Me interesa lo real, no un montón de cuentos de hadas.

—Pero tú viste algo —insistió

Robert—. Se te notaba en la cara.

—Cállate —dijo Jennifer a punto de echarse a llorar—. ¿No te das cuenta de que no quiero hablar de ello? Y no creas que eso significa que hay algo de qué hablar. Fue solo un... un espejismo. Como agua brillando en la carretera los días de calor.

Jennifer se dio la vuelta y echó a correr ladera abajo, manteniéndose lo suficientemente alejada de Robert como para que este no pudiera seguir haciéndole más preguntas.

Siguieron bajando por el camino que llevaba en una dirección a casa de los Guthrie, y en otra, a la granja Taylor y la

carretera principal. Robert salió a ella para esperar el autobús, y Jennifer volvió a la casa de labranza. No repitió su invitación a desayunar. Si lo hubiera hecho, Robert habría aceptado. Quería que fueran amigos.

2

CUANDO Jennifer entró en la oscura cocina, su madre estaba intentando encender un quemador de la anticuada cocina de gas que había en una esquina. Bruscamente, retiró la mano de la temblorosa llamita azulada y puso encima una pesada tetera negra.

—¿Dónde te has metido? —preguntó volviendo la cabeza. Sin dar tiempo a que Jennifer contestara, continuó—: Vas a llegar tarde a la escuela. Si tienes que salir antes de desayunar, me gustaría que, por lo menos, no se te pasara la

hora. ¿Dónde te has ensuciado así?

—Supongo que tendré que bañarme antes de ir a la escuela —dijo Jennifer mirándose las manos sucias. Debajo de las uñas tenía incrustada tierra negruzca del páramo. De repente, Jennifer sintió la necesidad de contarle a su madre aquello tan extraño que había pasado en las piedras, aunque estaba segura de que iba a decir que todo eran imaginaciones suyas. Pero los pensamientos de su madre estaban en otra parte.

—¿Bañarte? ¡Oh, Jennifer! Esta mañana no he encendido ese antipático fuego, y no tenemos agua caliente. Hoy le toca venir a la señora Dean y lo he

dejado para que lo haga ella.

La única forma de calentar el agua en aquella vieja granja era encender fuego en la estufa de la cocina, abrir el tiro y esperar a que circulara a través de todo un complejo laberinto de tuberías. A la señora Crandall le parecía un sistema muy primitivo. Además, el fuego era muy caprichoso y, cuando lo encendía ella, se ponía mohíno y, aunque no llegara a apagarse, nunca daba suficiente calor como para que el agua adquiriese una temperatura adecuada.

—Tendrás que esperar a que venga la señora Dean. Supongo que vendrá pronto. Luego, te llevaré en coche a la

escuela. Mientras tanto, puedes desayunar.

La señora Crandall alargó el brazo para coger de la alacena una caja de cereales y sacó la leche de una pequeña nevera. Antes de que la tetera empezara a hervir, la señora Dean entró resoplando en la cocina. Iba a todas partes en una anticuada bicicleta, pero, a pesar del ejercicio, seguía estando bastante gorda. Se quitó el pañuelo de la cabeza, se arregló el pelo gris y rizado y colgó el abrigo detrás de la puerta. Luego, sacando del bolso un voluminoso delantal, se lo ató alrededor de la amplia cintura.

—Bueno, ¿qué hay que hacer esta mañana? —preguntó alegremente.

—Creo que podría empezar por el fuego —contestó la señora Crandall—. ¡Ojalá hubiera otra forma de calentar el agua!

—Seguro que está pensando en uno de esos inmensos calentadores —dijo la señora Dean moviendo la cabeza—. Esnobismos. Con el precio de la electricidad es mejor apañárselas con un buen fuego de carbón. Después de todo, mantiene la casa acogedora y, además, se puede utilizar para guisar, ahorrando gas.

Acogedora era la última palabra que

la señora Crandall hubiera utilizado para describir la granja Taylor. En un santiamén, la señora Dean consiguió que el fuego ardiera con vivacidad. Luego, limpiándose el hollín de las manos con el delantal, aceptó la taza de té que le ofrecía la señora Crandall y se sentó con ellas en la mesa.

—¿No tendrías que estar ya en la escuela? —le preguntó a Jennifer.

—Estuvo en el páramo antes de desayunar y se ha puesto perdida —dijo la señora Crandall—. Primero necesita un buen baño.

—Un día te perderás en el páramo —dijo la señora Dean mostrando su

desaprobación—. No conoces bien esa zona.

—No estaba sola —dijo Jennifer—. Estaba conmigo Robert Guthrie.

—¿Robert Guthrie? Debe de ser el hijo de Meg Guthrie. El que tuvo polio cuando era un chiquillo. Dicen que nunca se repondrá, pero su padre está decidido a hacer de él un buen granjero.

—Me parece que no conozco a la señora Guthrie —dijo la señora Crandall pensativamente—. No va a las reuniones del instituto, ¿verdad? ¿Y a las partidas de *whist*^[6] de los viernes?

La señora Crandall había irrumpido con gran entusiasmo en la vida social

del pueblo.

—Siempre se queda en casa, eso es lo que hace Meg Guthrie —dijo la señora Dean—. Desde que se marchó Duncan.

—¿Quién es Duncan? —preguntó Jennifer, intrigada.

La señora Dean echó dos cucharaditas de azúcar en el té, lo removi6, y luego se lanzó encantada a contar la historia de Duncan Guthrie. No había nada que le gustara más que cotillear un poco, y la señora Crandall era una buena oyente. Según dijo, Duncan era seis años mayor que Robert. Así que ya tendría casi diecisiete, pero

hacía dos años que se había escapado de casa. Un buen día desapareció y no se había vuelto a saber nada de él desde entonces. Para los Guthrie, que tenían muchas esperanzas puestas en el muchacho, había sido un golpe muy duro.

—Iba a quedarse con la granja cuando fuera mayor. Pero quizá ahí había empezado todo el problema. Duncan nunca tuvo demasiado interés por ella. Le gustaban más los motores y los coches. Fue precisamente una motocicleta la causante de todo. Un buen día, él y otro chico de Locharden robaron una. Dijeron que solo la querían

para dar una vuelta y que pensaban devolverla después. ¡Quién sabe! Lo cierto es que la destrozaron bajando por la colina hacia Baldry. La policía la encontró y se armó un buen lío. ¡Ya lo creo que sí!

La señora Dean hizo una pausa para beber un poco de té y luego continuó:

—Pero los chicos son chicos, es lo que yo digo. Sus padres hubieran hecho mejor no siendo tan duros con él. Después de aquello, no volvieron a dejarle ir con los demás chicos del pueblo. El único sitio al que le permitían ir era a la escuela y, por lo que parece, no iba tan a menudo como

debiera. Un día se marchó. Encontraría trabajo en algún sitio, supongo.

—¿Y dice que no han vuelto a saber nada de él? —preguntó la señora Crandall—. ¡Qué disgusto para sus pobres padres!

—Ya lo creo, se lo tomaron muy a pecho. Meg Guthrie ya no sale de casa para nada. Y he oído decir que son tremendamente estrictos con Robert, sobre todo su padre. Le obligan a trabajar a todas horas, y no es nada fuerte. Pero no estoy muy segura de que consigan hacer de él un buen granjero. Los chicos de hoy en día no quieren quedarse en las granjas; lo que quieren

es ganar dinero rápidamente en las ciudades o en la North Sea Oil.

Al decir esto, miró acusadoramente a la señora Crandall como si, en cierto modo, el hecho de que su marido trabajara en la North Sea Oil Company hiciera que todo fuera culpa suya.

La señora Crandall se removió incómoda en su asiento bajo la atenta mirada de la señora Dean.

—El agua ya debe de estar suficientemente caliente para el baño, Jennifer —dijo rápidamente.

Jennifer, después de beber de un trago la leche que le quedaba, salió a comprobarlo.

Robert había llegado a tiempo para coger el autobús que le llevaba a la escuela; pero, por más atención que intentaba poner en clase, era como si no estuviera allí. El señor MacPherson habló con voz monótona del clima de la India y luego leyó un largo poema de Walter Scott. Robert tenía la vista fija en la tapa del pupitre y pensaba en las piedras. ¿Por qué no había visto él, en vez de Jennifer, a aquellas extrañas personas de pelo largo y oscuro? Estaba completamente seguro de que no eran imaginaciones de la muchacha.

Durante el recreo de la mañana la estuvo buscando, pero no la encontró.

Después de comer, la vio jugando al fútbol con los chicos en el patio. Despreocupándose del juego, se dirigió hacia ella y le dijo:

—¿Qué vamos a hacer con lo que pasó en las piedras?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué hay que hacer? —preguntó ella sin perder de vista el balón, que estaba en campo contrario.

—Quizá debiéramos contárselo a alguien —comentó Robert.

—¿Qué hay que contar? —preguntó Jennifer, y luego añadió—: ¡Cuidado! El balón.

Danny Lowrie venía corriendo del

campo contrario, regateando a varios jugadores. Luego, pasó el balón a un compañero y siguió corriendo en línea recta hasta que chocó violentamente con Robert y lo derribó aparatosamente sobre la hierba.

—Creí que jugabas de defensa —le dijo a Jennifer—. ¡Pero a lo mejor prefieres ser la niñera de Guthrie!

Jennifer miró a Robert, sin saber si reír o disculparse. Luego, sacudiéndose el pelo largo y rojizo, salió disparada detrás del balón con Danny. Robert se levantó y, enfadado y frustrado, se dirigió cojeando hacia la escuela.

Aunque todavía no había sonado la

campana, Robert entró en la clase. Junto a la pizarra había dos chicos que reían.

Robert no les prestó atención hasta que uno de ellos dijo:

—Que lo dibuje Guthrie. Él sabe hacerlo mucho mejor.

—¡Eh, Robert! —dijo un chico rubio y bajito—. Háznos un dibujo del señor MacPherson. ¡El que ha hecho Jimmy parece un espantapájaros con gafas!

En otras circunstancias, Robert se hubiera negado, pero había quedado como un tonto por culpa de Danny Lowrie y Jennifer le había desairado. Y dibujar era algo que sabía hacer muy bien. Cogió la tiza que le ofreció Jimmy

y empezó a dibujar al maestro, mientras los demás chicos le miraban encantados. No era un dibujo demasiado elogioso: los ojos eran más saltones, la nariz más ganchuda, el pelo parecía una cresta y la boca tenía las comisuras caídas hacia abajo. Pero se reconocía muy bien al viejo MacPherson.

Estaba Robert añadiendo los detalles finales cuando, de repente, sintió que en el aula se hacía el silencio. Ya no se oían risas ni comentarios divertidos. Se le erizó el pelo de la nuca y, muy despacio y de mala gana, se dio la vuelta hasta encontrarse con la mirada acusadora del profesor.

Durante un segundo —antes de que el señor MacPherson le dijera que, por culpa de su atrevimiento, tendría que quedarse a la salida de clase—, Robert vio el dolor reflejado en los ojos del anciano y se arrepintió de haber hecho el dibujo. Incluso después de borrarlo, quedó en la pizarra una débil huella, que le siguió mirando con reproche durante el resto de la tarde.

Todavía se arrepintió más cuando todos sus compañeros se marcharon a casa y el señor MacPherson le pidió que sacara el libro de matemáticas y empezara a hacer los problemas de la página 83. Sumas y restas de fracciones

sin sentido.

Cuando el profesor por fin le permitió salir, el autobús ya se había ido, y con él la oportunidad de hablar con Jennifer. Echó a correr con la esperanza de que le hubiera esperado, pero no se veía a nadie, ni siquiera a los habituales rezagados en el campo de fútbol.

Mientras avanzaba penosamente por la carretera principal, la furgoneta de reparto de la frutería de Baldry se detuvo para recogerle. El conductor lo llevó hasta el final de la carretera. Al pasar por la granja Taylor, Robert vio que el coche había salido. Tímidamente,

se dirigió hacia la puerta y llamó con los nudillos. No contestó nadie. «Jennifer debe de haber ido con su madre a algún sitio», pensó.

Disgustado por no poder verla, recorrió lentamente la estrecha vereda. A un lado había un muro de sillería, y al otro un seto bastante alto. Una vez, cuando era más pequeño, un perro había saltado desde detrás de aquel seto, y durante mucho tiempo no se atrevió a pasar por allí sin Duncan. Todavía se acordaba de él y de cómo le cuidaba. Llevaba sus libros y no permitía que los demás muchachos se rieran de él cuando tenía que ponerse aquel horrible aparato

en la pierna. ¿Cómo podía haberse marchado Duncan dejándole allí, sin mandar ni una sola nota en dos largos años?

Robert recordaba que, cuando había hablado con su abuelo de la desaparición de Duncan, el anciano le había dicho que buscara la respuesta en las colinas y en el páramo. También le había dicho que la respuesta a muchas cosas estaba en el círculo de piedras. Todo ello hizo que sus pensamientos volvieran a la gente de pelo oscuro que Jennifer había visto. Cogió una piedra y la tiró contra el seto. Un mirlo salió volando, asustado. ¿Por qué no había

visto él a aquella gente? Para entonces, Robert había llegado al páramo y podía ver su casa, una sólida granja de piedra con una serie de pequeñas dependencias adosadas. No había ningún jardín que suavizara las severas líneas del edificio, y la pintura de la puerta y las ventanas había adquirido, con el paso del tiempo, un tono grisáceo que hacía juego con las piedras de los muros. Dos solitarios pinos se sumaban al desolado aspecto de la casa.

Robert se dirigió hacia la puerta de atrás a través de un patio lleno de hierbas y salpicado por los excrementos de las gallinas. Antes de llegar a la

puerta, esta se abrió bruscamente y su madre arrojó una lluvia de cáscaras de patatas. Las gallinas se acercaron cacareando.

Cuando su madre lo vio, gritó:

—Ya era hora, Robert. ¿Dónde has estado?

La preocupación daba a su voz un tono severo. Durante todo el día se había estado lamentando de haberle dejado salir tan temprano para dibujar las piedras, pero especialmente cuando vio que no volvía de la escuela a la hora habitual.

—Habrá venido jugando y perdiendo el tiempo con los demás

niños, como siempre —dijo una voz más profunda desde la cocina.

Robert entró, colgó la chaqueta detrás de la puerta y arrojó el macuto sobre el aparador.

—Te estaba esperando para que subieras a Ben Arden a echar un vistazo a las ovejas.

—Ay, papá, estoy cansado —protestó Robert.

—No estás cansado cuando te quedas por ahí jugando con tus amigos, en vez de venir a casa para ver si hay algo que hacer —dijo su padre.

—Deja que el chico coma primero —dijo la señora Guthrie con voz

extraña. Y ya nadie volvió a decir nada hasta que se sentaron a la mesa.

El señor Guthrie era un hombre pequeño, robusto, con el pelo negro y la cara curtida por el aire libre. Se sirvió la carne y las patatas en el plato y empezó a comer con voracidad.

—¿Cómo ha ido el mercado, papá?
—preguntó Robert después de un rato de silencio.

—No demasiado mal. Los precios han subido un poco este año, y he ganado algo con los corderos —dijo el señor Guthrie casi con afabilidad.

—Entonces, ¿ha merecido la pena?

—Sí. Y he comprado un cochinitillo

para engordarlo. ¿Has arreglado la puerta de la pocilga mientras yo estaba fuera?

Robert le dirigió una mirada de culpabilidad y dijo:

—Se me ha olvidado.

El buen humor de su padre se evaporó y dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar los platos y los cubiertos.

—¿No puedes hacer nada de lo que se te manda? ¡Sal y hízlo ahora mismo!

—Deja que el chico termine la sopa —dijo la señora Guthrie.

—Lo único que haces es fomentar su holgazanería —gritó su marido.

Robert se levantó de la mesa, sin importarle no haber terminado la sopa. En cuanto empezaban los gritos, se le quitaban las ganas de comer.

Cruzó el patio y se dirigió hacia la pocilga, que era un pequeño recinto, construido en piedra, con un tejadillo de hierro ondulado sujeto en una esquina. El gozne de la puerta de madera estaba roto, y Robert pensó que lo mejor era reemplazar el tablero. Echó una mirada por el patio, que estaba lleno de virutas de madera y trozos de alambre.

Había varios tableros en un cobertizo. Eligió uno, le quitó unos cuantos clavos torcidos y lo midió.

Después de serrarlo, hasta dejarlo del tamaño adecuado, empezó a quitar el gozne del tablero antiguo.

—¡Hola!

Robert reconoció la voz de Jennifer sin necesidad de levantar la cabeza. Durante todo el día había deseado hablar con ella, pero no allí. Si su padre salía de casa, le echaría una buena regañina por perder el tiempo charlando con los amigos. El simple hecho de pensar en esa posibilidad le hacía sufrir. Pero, al mismo tiempo, se alegraba de ver a Jennifer, porque estaba seguro de que eso significaba que estaba más preocupada de lo que parecía por lo que

había pasado.

—He estado pensando en el círculo de piedras —dijo Jennifer subiéndose al tejado, donde se sentó balanceando las piernas—. Dicen que ver es creer, pero yo no creo que aquellas personas que vi estuvieran allí realmente. Aunque tampoco fue un sueño. Me habría gustado que tú también las hubieras visto.

—¿Por qué no iban a ser reales? —preguntó Robert.

—Es evidente —contestó Jennifer—. Vi que excavaban en el suelo con el martillo, pero cuando tú miraste en esa dirección, ya no había agujero. No lo

entiendo.

—El que tú no lo entiendas no quiere decir que no sea real. Hay un montón de cosas que no entiendes y, sin embargo, son reales —argumentó Robert remachando un clavo.

—¿Como qué?

—La televisión, por ejemplo. ¿Puedes explicar cómo, con solo apretar un botón, puedes ver en tu propio cuarto de estar unas personas que están a kilómetros de allí?

—Pero no es lo mismo —dijo Jennifer—. Yo no puedo explicar cómo funciona la televisión, pero hay mucha gente que sí puede hacerlo.

—A lo mejor mi abuelo puede explicar lo que viste —dijo Robert con tranquilidad.

—No creo que pueda explicarlo mejor que cualquier otra persona. Estoy segura de que me he imaginado a aquella gente.

—Pero hay gente que ha desaparecido allí —insistió Robert.

—¡Un nombre! ¡Dime un solo nombre!

—Mi hermano Duncan.

—Tu hermano no desapareció —dijo Jennifer—. Se escapó de casa. La señora Dean dijo que...

—La señora Dean no es más que una

vieja cotilla —gritó Robert con ojos brillantes.

—Robó una moto y tuvo problemas con la policía.

—No es verdad. Solo la cogió prestada. Él nunca se escaparía. Yo sé muy bien que no lo haría.

Acalorados, Robert y Jennifer se miraron furiosos.

—Tú eres capaz de creerte cualquier cosa, ¿verdad? —preguntó Jennifer.

—Y tú eres lo suficientemente tonta como para no creerte lo que ves —contestó Robert.

—¡Y tú, un niño pequeño que te crees los cuentos de hadas que te cuenta

tu abuelo!

Mientras discutían, Robert terminó de cambiar el gozne de la puerta. Jennifer bajó de un salto, dispuesta a ayudarlo a colgarla, pero él la ignoró.

—¿Para qué has venido hasta aquí? —le preguntó una vez que hubo conseguido colocar la puerta.

Por la cara de Jennifer cruzó una leve sonrisa.

—No te lo creerás —dijo—, pero he venido a pedirte que vuelvas conmigo a las piedras.

—¿Volver a las piedras? —repitió Robert sin entender nada—. ¿Quieres decir que quieres volver? Y, sin

embargo, sigues diciendo que todo han sido imaginaciones tuyas.

—Bueno —dijo lentamente Jennifer —, no puedo quitarme de la cabeza a aquellas personas, y creo que si vamos al círculo y no pasa nada, todo habrá terminado.

—Quizá debiéramos hablar primero con mi abuelo —sugirió Robert.

—¡Tú y tu abuelo! —dijo Jennifer con impaciencia—. ¿Vas a venir, o no?

A Robert oyó discutir a sus padres dentro de casa, y estaba seguro de que Jennifer también.

—Sí, iré —contestó rápidamente—. ¿Cuándo?

—Mañana por la mañana —dijo Jennifer—. Quiero salir de dudas cuanto antes. Pero tenemos que ir muy temprano, a las cuatro. A esa hora ya hay luz. Además, mi madre se enfadará si llego tarde a desayunar. Dice que está harta de llevarme a la escuela cada vez que pierdo el autobús.

—¿Dónde quedamos?

—En el camino que hay junto a mi casa, por donde atravesamos el páramo.

—Allí estaré —prometió Robert.

3

DESDE su cama, Robert podía ver un trozo de cielo nocturno pálido y descolorido. En las noches de solsticio no oscurecía del todo; eran solo un intervalo gris entre el crepúsculo y el amanecer. A la deriva, en su mente, vagaban, recordadas a medias, las viejas historias que su abuelo solía contarle. Las historias, la cabaña de su abuelo y el propio anciano permanecían inseparables en su cabeza. Eran cosas que habían estado unidas durante tanto tiempo que ya no podía recordar ninguna

de ellas sin las demás.

La casita, de piedra y con el tejado de paja, se asentaba en el límite del páramo, frente a las arenas. Hacía mucho tiempo, había un pueblo entre la casa y el mar, pero el abuelo decía que fue barrido por las arenas, que también habían barrido sus tierras y que un día terminarían barriendo su casa. Robert las había visto moverse cuando el viento soplaba del este. Montones de fina arena se acumulaban en el descansillo y en el alféizar de las ventanas e, incluso, se deslizaban, en forma de pequeñas oleadas, por debajo de la puerta.

Sentado en un taburete bajito a los

pies de su abuelo, le había oído contar historias de aquellos días en que el pueblo no había sido enterrado todavía por la arena, y de la época en que las piedras de Arden se trasladaban hacia el mar. Solo había un pequeño paso entre creerse lo de las arenas movedizas y lo de las piedras andarinas.

En contadas ocasiones, las enormes piedras de Arden se envolvían en la niebla y abandonaban su sitio en el páramo para dirigirse hacia el norte y quedarse en un acantilado por encima del nivel del mar. Todo el que pasaba junto a ellas cuando iban hacia allí quedaba atrapado entre la niebla y se

perdía en el tiempo.

Era el extraño parecido entre la experiencia de Jennifer y el recuerdo de los cuentos de su abuelo lo que le hacía pensar que, antes de volver a las piedras, deberían contárselo a él. Pero el problema era que no estaba absolutamente seguro de que su abuelo pudiera servirles de ayuda. Ahora el anciano vivía en Baldry, en la pequeña casita que el ayuntamiento le había concedido cuando la suya fue declarada inhabitable. A Robert le parecía que sus historias se habían quedado atrás, junto con todas las cosas que el anciano había dejado en su antiguo hogar.

Tenues nubes rosadas iluminaron el cielo. Robert se preguntó si Jennifer sería capaz de levantarse. Él mismo estaba un poco nervioso ante la idea de salir de casa a hurtadillas. Pero si sucedía algo en las piedras, podría contarle a su abuelo una interesante historia. Le daría algo nuevo en que pensar.

Robert saltó de la cama, se vistió y se deslizó escaleras abajo. Arrancó una hoja de un cuaderno de ejercicios de la escuela y garabateó una nota para su padre: «He subido a Ben Arden a echar un vistazo a las ovejas antes de ir al colegio». ¡Ya estaba! Eso le satisfaría.

¿No había empezado todo el lío de la noche anterior porque su padre quería que fuera a ver las ovejas?

El aire, frío y húmedo, le golpeó en la cara al salir al exterior. Se subió el cuello de la chaqueta y se metió las manos en los bolsillos; luego se dirigió apresuradamente hacia el camino. Enseguida pudo ver el seto de espinos, descuidado y tenebroso, que marcaba el límite entre los campos y el páramo. Lentamente surgió una oscura figura entre la negrura del seto. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, pudo reconocer a Jennifer.

—¡Ah, estás aquí! —dijo Robert—.

No estaba muy seguro de que estuvieras dispuesta a levantarte tan temprano dos días seguidos.

—Claro que estoy aquí. Tenía miedo de que tú no vinieras —dijo Jennifer—. ¡Qué emocionante! Todo parece distinto, como si fuera nuevo, a estas horas.

Atajaron por el páramo, siguiendo un sendero apenas visible, hecho por el ganado. Como los animales, tenían que andar una detrás del otro, sin poder hablar; de todas formas, los dos caminaban enfrascados en sus propios pensamientos. Robert no encontró ningún rastro de las ovejas en aquella ladera de Ben Arden, pero pensó que

sería más fácil buscarlas a la vuelta, cuando hubiera más luz. Además, era muy improbable que estuvieran tan lejos, al oeste de la montaña.

Llegaron a la cumbre de Ben Arden y abajo, a lo lejos, vieron el círculo de piedras. El sol había salido, inundando el cielo de color y brillando sobre el mar distante.

—¡Vamos! —la voz de Jennifer resonó mientras bajaba dando saltos por la hierba que cubría la ladera. Robert, contagiado por su optimismo, la siguió. Un pájaro salió volando de entre los mismos pies de Jennifer, que se detuvo asustada y dio un grito.

—¡Solo es una chocha! —dijo Robert riéndose de ella—. Hay muchas en el páramo.

—Ya lo sé —dijo Jennifer, ofendida—. Lo que pasa es que me ha sorprendido.

Redujeron el paso porque ya habían llegado al helechal, que en aquel lado de la colina crecía alto y espeso como una selva. Habían perdido de vista su objetivo. Cuando llegaron a la llanura, se encontraron sobre un terreno pantanoso, teniendo que retroceder en más de una ocasión. Cada vez estaban más cansados.

—¿Falta mucho? —preguntó

Jennifer.

—Está detrás de aquella subida —
dijo Robert.

Subieron la pendiente y allí, delante de ellos, estaba el círculo de piedras, solemne y un poco amenazador.

—Ahora que hemos llegado hasta aquí, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Jennifer, nerviosa, mientras se dirigían hacia las piedras.

—Excavaremos hasta encontrar las piedras enterradas, como hicimos ayer —contestó Robert.

Los papeles se habían invertido. Ahora era Jennifer la incrédula, aunque también la más asustada. Robert creía,

pero estaba deseando comprobar lo desconocido. Sin demasiado entusiasmo, Jennifer se arrodilló entre las piedras y empezó a excavar con las manos. La tierra se desprendía con facilidad en el mismo lugar en que había sido removida el día anterior. Robert se arrodilló en el otro hueco, dejando una piedra entre ellos, y empezó a arrancar puñados de turba y raíces. Una alondra cantó en el cielo por encima de sus cabezas y a su espalda oyeron el dolorido canto de un zarapito.

La niebla se espesaba lentamente. Entonces solo era una débil humedad que rodeaba las piedras y unos frágiles

jirones que, por encima del suelo, se unían para luego desaparecer. De repente, Robert notó el silencio. Ya no se oía el dulce canto de la alondra, ni el quejumbroso lamento del pájaro del páramo. Cuando miró hacia arriba, vio que la niebla cubría todo el círculo de piedras. Jennifer era tan solo una sombra grisácea de sí misma, que seguía excavando en el suelo para encontrar el bloque de piedra enterrado.

La humedad de la niebla empapaba a Robert, paralizando sus miembros y penetrando en lo más profundo de su ser con cada respiración. Sus manos chocaron con la piedra. Sintió el

repentino impulso de llenar de tierra el agujero que acababa de hacer, cubriendo la piedra que había encontrado, pero el frío parecía haber llegado a su cerebro y ya no era dueño de sus pensamientos. Poco a poco, aquel frío entumecedor iba siendo reemplazado por la suave calidez del sol. El opresivo silencio fue roto por un murmullo que al principio no pudo identificar. Enseguida supo lo que era. Era el rumor de las olas al romper en la orilla.

Jennifer había dejado de excavar y estaba de pie a su lado. Sus ojos tenían la misma mirada extraviada y asustada que Robert había visto en ellos el día

anterior. Miraron hacia el hueco del círculo en el que faltaba la tercera piedra. La niebla se iba disipando, desvaneciéndose bajo el sol. Y fue entonces cuando se dieron cuenta de que ya no estaban solos. Arrodillado entre las piedras, escarbando en el suelo, había un muchacho de pelo negro.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? —musitó Jennifer.

Robert echó un vistazo a su alrededor. Nada era igual que antes. El interminable páramo que antes los rodeaba había sido sustituido por una espesa vegetación de árboles, matorrales y arbustos, parecidos a

enormes rododendros —oscuros y tenebrosos— que se apiñaban en torno al círculo de piedras.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Jennifer.

—Escucha —dijo Robert—. ¿Qué oyes?

—Nada —contestó Jennifer, escudriñando con sus ojos azules los alrededores—. Solo el ruido que las hojas de esos horribles arbustos negruzcos hacen al agitarse.

—¿No oyes el mar? Desde las piedras de Arden nunca se oye el mar, sea cual sea la dirección en que sople el viento.

—¿Y qué? —preguntó Jennifer.

—¿No sabes lo que eso significa?

Las piedras se han movido, como decía mi abuelo. Estamos atrapados en la niebla del tiempo.

—No puede ser —dijo Jennifer.

Lo único familiar en todo el paisaje eran las diez piedras verticales y los huecos de las tres que faltaban.

Robert anduvo lentamente, cruzó la hierba que alfombraba el centro del círculo y se dirigió hacia el muchacho que estaba arrodillado en el otro hueco. Más tarde, cuando se detuvo a pensarlo, Robert se quedó sorprendido al comprobar el escaso temor que había

provocado en él la figura del joven.

Una vez que estuvo junto a él, Robert vio que iba envuelto en una especie de manta o capa de lana gris. Jennifer se había unido a Robert. Solo cuando sus sombras cayeron sobre el muchacho, este se dio cuenta de su presencia. Visiblemente asustado, se incorporó de un salto y se volvió hacia ellos.

Tenía el cabello largo y negro y el rostro curtido y cenceño. En él destacaban los pómulos prominentes y los ojos, muy oscuros, bordeados por largas pestañas. Rodaban lágrimas por sus mejillas. Ahora que estaba de pie,

podieron ver que debajo de la capa llevaba una túnica de una sola pieza, ricamente bordada, y unos pantalones holgados.

Los ojos del muchacho parpadearon. Robert se preguntó si le extrañarían sus pantalones y sus chaquetas. Luego, en voz alta y con un extraño acento, el muchacho les preguntó lentamente, como si midiera las palabras:

—¿Quiénes sois? ¿Habéis venido a matarme a mí también?

—No vamos a hacerte daño —dijo Robert con voz ronca y alterada, dejando a un lado su propio miedo para que el muchacho pudiera tranquilizarse

—. ¿Por qué piensas eso?

—¿No sois de los bárbaros del otro lado del mar, de los que mataron a mi Hermano Elegido, Aetherix?

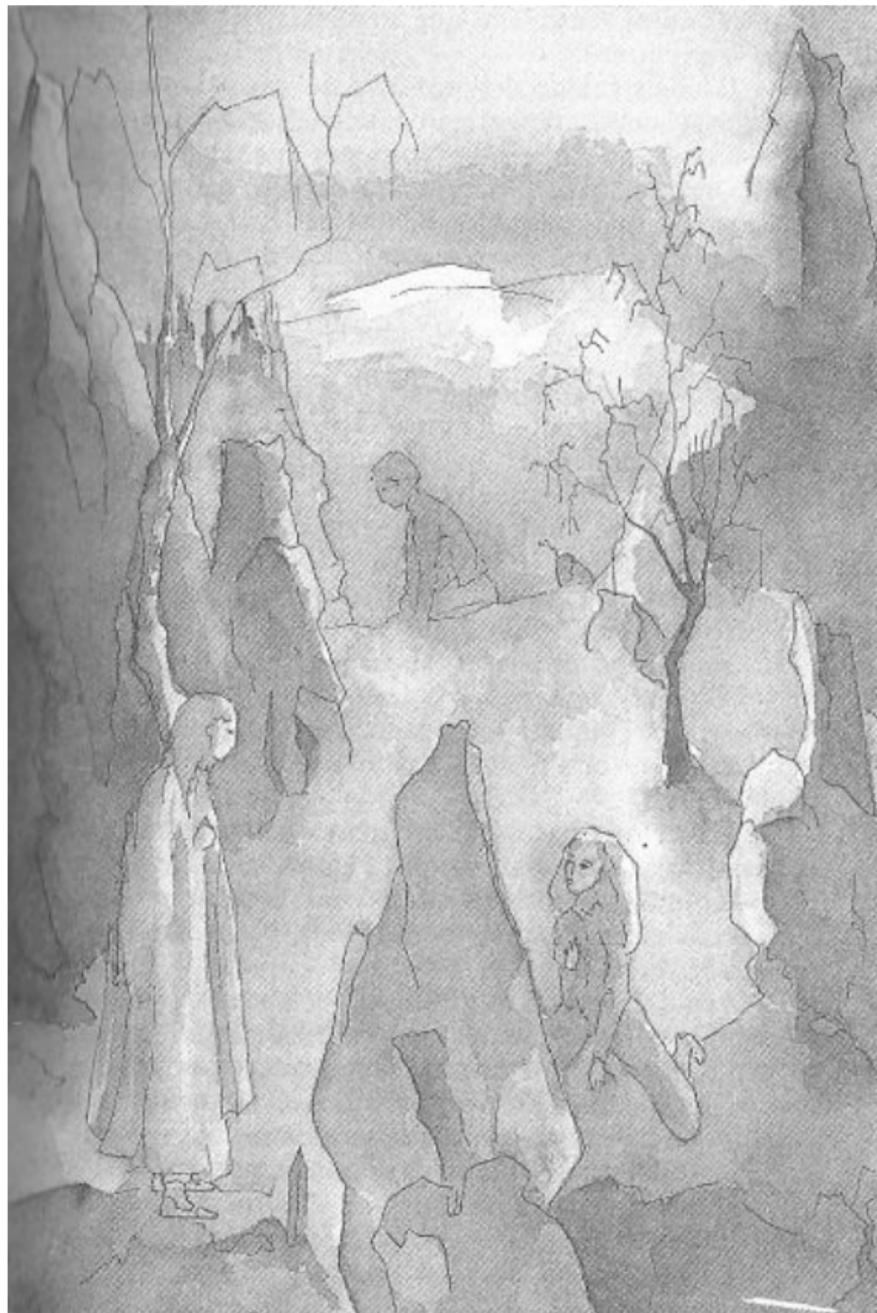
—No tenemos nada que ver con ellos —dijo Robert mientras echaba a su alrededor una mirada nerviosa. No le gustaba la manera en que el muchacho hablaba de matar, ni la voz tan extraña y serena con que lo hacía.

El muchacho se dirigió hacia Jennifer, como si quisiera tocarla, pero retrocedió.

—¿Sois de los Perdidos? —preguntó.

En el breve silencio que siguió a

estas palabras, Robert volvió a oír muy cerca el rumor de las olas.



—¿Puedes decirme a qué distancia del mar estamos? —preguntó.

—¿Habéis venido del otro lado del mar? —preguntó el muchacho, repentinamente suspicaz otra vez.

—No —dijo Robert—. No tienes que tener ningún miedo de nosotros. No vamos a hacerte daño. Mira, necesitamos tu ayuda. Nos hemos perdido y creo que todo tiene algo que ver con estas piedras. Aunque supongo que a ti te parecerá imposible.

—¿Con el Círculo del Tiempo? —preguntó el muchacho.

—¿Vosotros lo llamáis así? ¿Por qué?

—Es muy antiguo. Ha visto el auge y caída de muchas civilizaciones, el ir y venir de mucha gente.

—¿Se mueven alguna vez?

—¿Moverse? ¿Las piedras, quieres decir? ¿Cómo iban a hacerlo?

—He oído el rumor de las olas al romper en la playa, pero las piedras están muy lejos del mar.

El muchacho movió la cabeza.

—Solo hay una estrecha franja de arbustos entre nosotros y la cima del acantilado. Pero seguramente es más fácil creer que es el mar el que se mueve, y no las piedras.

Jennifer, que hasta ese momento

había estado escuchando asustada y silenciosa, rompió a llorar.

—No me gusta esto. Quiero irme de aquí.

El muchacho los miró preocupado y, olvidando su propia desdicha, dijo:

—Venid al otro lado del círculo y podréis compartir conmigo el pan de miel y contarme de dónde venís.

Atravesaron el círculo y se sentaron todos junto a una de las piedras. El muchacho buscó en uno de sus bolsillos, sacó un pequeño paquete envuelto en hojas y lo abrió. Dentro había varias láminas planas.

—Antes de empezar, creo que será

mejor que sepamos nuestros nombres.
Yo soy Kartan.

—Yo me llamo Robert. Y ella es Jennifer.

—Robert, Jennifer —repitió Kartan dándole a cada uno un pedazo de pan.

—Quizá sea mejor que no nos lo comamos —le dijo Jennifer a Robert en voz baja—. Tiene un aspecto muy raro.

—Me recuerda a las tortas de avena —comentó Robert, avergonzado por la falta de tacto de Jennifer—. ¿Con qué está hecho?

—Es nuestro pan de miel. Lo hacemos con nueces, miel, harina y frutos secos. Lo llevamos en todos

nuestros viajes, y quita el hambre durante muchas horas. En estos bosques no hay demasiadas cosas para comer.

Robert probó un poco y descubrió que su sabor a nueces era bastante más apetitoso que su aspecto.

—Está muy bueno, de verdad —le dijo a Jennifer tranquilizadamente. Jennifer lo mordisqueó con precaución.

—¿Qué clase de viaje estás haciendo? —preguntó Jennifer entre bocado y bocado.

—El viaje de verano —contestó Kartan—. Todos los veranos exploramos las tierras del norte para buscar artefactos y ver si encontramos a

los Perdidos.

—¿Artefactos? ¿Los Perdidos? —
repitió Robert con extrañeza.

—No entiendo de qué estás hablando —dijo Jennifer—. Es como si llegáramos en mitad de una película. No parece el principio. ¿Estabas aquí, en este círculo de piedra, excavando para buscar restos?

—No —contestó Kartan—. Aquí hay poco que encontrar. La mayoría de los restos proceden de la ciudad de Norsea, que permanece tal y como era antes de las inundaciones.

—¿Qué inundaciones? —preguntó Robert.

—Las de hace un centenar de años. No es posible que ignoréis los años de las grandes inundaciones —dijo Kartan, sorprendido—. Cuando los bloques de hielo se derritieron y subió el nivel del mar.

—¿Cuando los bloques de hielo se derritieron? —repitió Robert con tono perplejo.

—Nunca he oído hablar de inundación alguna en el siglo diecinueve —dijo Jennifer.

—En el siglo veintiuno —corrigió Kartan. El miedo que vio reflejado en sus ojos le hizo dudar un momento, antes de añadir—: Estamos en el dos mil

ciento setenta y nueve.

A Jennifer se le cayó el pan de las manos y dio un grito ahogado. Robert dijo lentamente:

—Perdidos en la niebla del tiempo. Pero nunca pensé que estuviéramos en el futuro. Hubiera sido más fácil volver al pasado.

—¿Qué dices? —preguntó Kartan todavía extrañamente sereno—. ¿Quieres decir que venís del pasado?

La pregunta quedó en suspenso durante un buen rato. Luego, Robert contestó:

—De hace doscientos años. ¿Cómo podemos regresar?

Había muchas cosas que Kartan quería saber, pero Jennifer y Robert estaban tan aturcidos por la magnitud de lo que había sucedido, que parecían incapaces de entender la pregunta más directa. Finalmente, Kartan se dirigió a ellos, diciéndoles:

No debemos permanecer aquí más tiempo, no vaya a ser que vuelvan los bárbaros.

—¿Quiénes son los bárbaros? — preguntó Robert.

—Es un pueblo salvaje del otro lado del mar que nos atacó cuando viajábamos por las tierras de más al norte. Se llevaron prisioneros a muchos

de los nuestros y siguen persiguiendo a los que consiguieron escapar, no dejándoles volver a casa. Yo estaba con los que escaparon, pero volví a la tumba de Aetherix. Es muy duro ser separado de tu Elegido.

—¿Lo mataron los bárbaros? — preguntó Robert.

—¿Y los tuyos lo enterraron aquí? — quiso saber Jennifer.

Kartan afirmó con la cabeza.

—Eso fue lo que vi antes —le dijo Jennifer a Robert. Estaba más tranquila, como si hubiera encontrado una secuencia lógica dentro de aquellos extraños acontecimientos—. Te dije que

era una tumba. Es verdad que vi algo.

—Pero eso sucedió hace tres días — dijo Kartan—. ¿Lleváis aquí todo ese tiempo?

Jennifer movió la cabeza y luego preguntó:

—¿Y qué haces aquí si eso pasó hace tres días?

—He vuelto porque quería enterrar un dibujo junto a Aetherix. Es un dibujo de las piedras que él tanto amaba.

Kartan señaló las piedras con un gesto y, al hacerlo, Jennifer vio que tenía los nudillos de la mano derecha ensangrentados.

—¿Cómo te has hecho eso? —le

preguntó.

—Me di un golpe con las piedras mientras excavaba.

Volviéndose hacia Robert, Jennifer dijo entusiasmada:

—¡La tercera piedra! Estaba excavando allí donde debería estar la piedra que falta.

Robert echó un vistazo al círculo de piedras. Kartan le había llamado el Círculo del Tiempo. Diez piedras verticales y tres enterradas bajo la tierra y las raíces. Las piedras, la niebla, las leyendas recordadas a medias... Estaba empezando a reunir todas las piezas, cuando un ligero movimiento entre los

arbustos que rodeaban el círculo, muy cerca de donde habían encontrado a Kartan arrodillado, atrajo su atención. Por detrás de una de las piedras apareció una cara con barba.

—¡Alguien nos está vigilando! — dijo.

Kartan miró a su alrededor. Dando un salto, desapareció por detrás de la piedra que tenía más cercana y corrió hacia la oscuridad del bosque, gritando:

—Corred, corred. Es uno de ellos. Uno de los bárbaros.

4

ROBERT solo vaciló un segundo, el tiempo preciso para ver surgir de detrás de las piedras un hombre grande, moreno, con el pelo negro. Luego, siguiendo los pasos de Kartan y Jennifer, se escondió entre los árboles.

El bosque de rododendros estaba muy oscuro. Un frondoso entoldado de hojas y ramas impedía el paso del sol, y no había flores ni plantas en el suelo, que, húmedo y negruzco, estaba cubierto de hojas caídas de los árboles — grandes y marrones— que crujían y

crepitaban bajo sus pies. En su precipitada carrera rompieron ramas y vástagos. El estrépito de la persecución pareció propagarse a través del terrorífico silencio, como pisadas sucias sobre la nieve recién caída.

El corazón de Robert latía tan deprisa, en parte por el miedo y en parte por el esfuerzo, que empezó a sentirse aturdido. Los músculos de la pierna derecha, muy débiles desde que había estado enfermo, parecían haberse convertido en goma espuma, y supo que no podría seguir corriendo mucho más tiempo. Jennifer y Kartan, que le llevaban mucha ventaja, corrían sin

dificultad, esquivando los árboles y agachándose para poder pasar por debajo de las ramas. Podía oír muy cerca los pasos y el estentóreo jadear de su perseguidor, el bárbaro. Este pensamiento le hizo esforzarse para correr más deprisa, pero una pierna parecía interponerse en el camino de la otra. Con un grito de dolor, cayó al suelo.

El bárbaro ya estaba sobre él, gruñendo y hablando en un extraño lenguaje gutural que Robert no entendía. El muchacho no ofreció resistencia alguna cuando el hombre lo agarró por los brazos y le ató las muñecas a la

espalda con un delgado cordel que se le clavaba en la piel. Luego, lo levantó a empujones. Robert permaneció de pie, tambaleándose ligeramente. Sorprendido, vio retroceder a Kartan bajo los árboles. Aparentemente, intentaba entregarse para que el bárbaro le hiciera prisionero también a él.

—Será mejor para ti que permanezcamos juntos.

Antes de que pudiera añadir nada más, el hombre de la barba se abalanzó sobre él y, después de darle un golpe en la cabeza, le ató las manos detrás de la espalda. El hombre se detuvo durante un instante, escudriñando entre los árboles,

como si esperara que Jennifer también volviera. Pero no había ni rastro de ella. Solo silencio. La intensidad del silencio —no se oían cantos de pájaros, ni el rumor de las hojas al agitarse, ni zumbidos de insectos, ni voces lejanas — hacía que aquel lugar tuviera un aire extraño, casi siniestro. Fue un alivio que el gigantón les indicara, con una señal de la cabeza, que iba a llevárselos con él. El sonido de sus pies al arrastrarse acabó con la tensa espera.

Robert continuaba tropezando con las raíces y metiéndose en todos los hoyos y huecos cubiertos por las hojas.

Con las manos atadas a la espalda,

le resultaba muy difícil mantener el equilibrio y no podía apartar de su camino las ramas más bajas. Pero, inmerso en el torbellino de sus propios pensamientos, apenas se daba cuenta de todas aquellas dificultades. Si por lo menos pudiera correr más deprisa... ¿Por qué había vuelto Kartan a ayudarlo? ¿Por qué no había opuesto resistencia cuando el bárbaro lo atrapó? ¿Qué habría sido de Jennifer? Deberían haber permanecido todos juntos. ¿Intentaría seguirlos Jennifer? ¿O volvería a las piedras para regresar desde allí a su propia época? Después de lo que había pasado, ¿se quedaría allí

para siempre?

No habían ido muy lejos cuando, de repente, los árboles se acabaron y se encontraron en un acantilado. Robert se detuvo, cegado por el resplandor del sol sobre las olas, que, a sus pies, iban y venían.

Robert no podía reconocer aquel tramo de la costa. Dos espolones penetraban abruptamente en el mar, formando una pequeña bahía. Junto a la playa había fondeados tres botes, y varios hombres arrastraban por la arena madera procedente de los restos de un naufragio para encender un fuego.

El bárbaro cortó las cuerdas que

ataban sus muñecas y, a empujones, los obligó a bajar por una senda que atravesaba el acantilado. La senda descendía tan abruptamente que Robert, que ni siquiera la había visto, retrocedió. Pero el hombre volvió a empujarle en medio de un torrente de imprecaciones.

Kartan bajó primero y, al darse cuenta de que Robert tenía miedo, le ayudó todo lo que podía desde abajo, mientras el hombre seguía gritándoles. O quizá gritara a alguien que había en la playa, Robert no estaba demasiado seguro, porque tenía puesta toda su atención en la difícil bajada.

—Puedes poner el pie ahí, un poco más a la derecha —le dijo Kartan, guiando sus pasos—. ¡Cuidado con esa piedra tan grande! Está suelta y puede desprenderse.

Robert bajaba palmo a palmo, poniendo los cinco sentidos y agarrándose con fuerza a cualquier asidero que encontraba, porque sabía que no podía confiar demasiado en su pierna derecha. El ver a Kartan bajar delante de él con tanta facilidad y saltar con agilidad hasta la arena, volvió a despertar en él una sensación, ya familiar, de resentimiento ante su propia torpeza.

Finalmente, cuando Robert sintió tierra firme bajo sus pies, miró hacia atrás y vio en el acantilado, a cierta distancia, la entrada, grande y oscura, de una cueva. Apoyados en las piedras de la entrada había dos hombres, uno alto y delgado, con el pelo claro, y otro moreno y barbudo. Se acercaron a los muchachos y, sujetándolos con brusquedad, los arrastraron hacia la cueva, empujándolos para que entraran.

Robert, cuyos ojos ya se habían acostumbrado a la luminosidad del mar, no pudo ver nada al principio, pero un murmullo de voces le indicó que había alguien más en el interior de la cueva.

Luego, una voz, que resonó como un eco, exclamó:

—¡Es Kartan! ¡Y viene con alguien!

—¡Savotar! —dijo Kartan,

penetrando en la oscuridad de la cueva —. ¿De verdad eres tú? ¿Estáis todos bien? ¿Quiénes estáis aquí?

Un grupo de unas doce o quince personas, todos morenos y con el pelo negro y liso como Kartan, apareció en la boca de la cueva. Uno de los hombres, más alto que los demás, llevaba una túnica larga confeccionada con un tejido brillante, mientras que el resto vestía túnicas grises y pantalones, cubiertos en algunos casos por una capa de lana

también gris.

—¿Quién viene contigo? —preguntó el hombre más alto—. ¿Es uno de sus niños?

—No, no es uno de ellos, Savotar —contestó Kartan—. Se llama Robert. Nos encontramos en el círculo de piedras. También había una niña. Jennifer.

—¿Dónde está? —la pregunta fue hecha por una mujer de voz suave, que llevaba el cabello trenzado y enrollado sobre las orejas.

—No estamos seguros, Nemourah —contestó Kartan—. Uno de los bárbaros nos persiguió, y Jennifer consiguió escapar.

—Pero ¿de dónde vienen? ¿Pueden ser dos de los Perdidos?

—La verdad es que no sé cómo han llegado hasta aquí. Apenas hemos tenido tiempo para hablar.

—¿Qué sabes del resto de nuestro pueblo? —le preguntó Savotar a Kartan—. ¿Siguen persiguiéndolos los bárbaros? Cuéntanos lo que sepas. Llevamos tres días prisioneros y no sabemos qué ha pasado.

La gente se reunió alrededor de Kartan y, sentados con las piernas cruzadas junto a la entrada de la cueva, esperaron que hablara. A Robert le recordó su infancia cuando, en la

escuela, les contaban cuentos. Con muchas dificultades se agachó junto a ellos.

—Hace tres días —comenzó Kartan — fui con algunos de los nuestros a recoger maderas arrojadas por el mar a la playa. Al ver botes fondeados en la bahía, nos quedamos sorprendidos. No se veía a nadie por allí, pero encontramos restos de un fuego apagado. Sospechamos que habrían dormido aquí en la cueva, donde nosotros pensábamos pasar la noche. Inmediatamente supimos que habían vuelto los bárbaros.

»Después de discutir, decidimos ir al Círculo del Tiempo para celebrar un

consejo contigo, Savotar, y con Edomerid. También pensamos avisar al resto de la gente, pero cuando llegamos allí nos dimos cuenta de que ya era demasiado tarde. Encontramos el cuerpo de mi hermano, Aetherix.

La voz de Kartan tembló. Durante un buen rato, no pudo continuar. La gente esperó en medio de un respetuoso silencio.

—Cavamos una tumba y lo enterramos allí donde lo habíamos encontrado.

Robert afirmó con la cabeza. Era la escena que Jennifer había presenciado.

—Mientras estábamos allí, se

unieron a nosotros algunos de los nuestros. Habían visto el asesinato de Aetherix. Nos dijeron que había luchado contra los bárbaros, y que tú, Nemourah, y los demás habíais sido capturados. A pesar de la muerte de Aetherix no parece que los bárbaros quieran matarnos. Solo pretenden hacernos prisioneros. Todavía vagan por ahí, buscando a los nuestros y persiguiéndolos por el bosque. Me da miedo que puedan seguirlos hasta Kelso, donde nos esperan Vianah y los niños.

—Los nuestros no los conducirían hasta allí sabiéndolo —dijo un anciano.

—¿Y si no se dan cuenta de que los

están siguiendo?

—¿Por qué te quedaste en el círculo? —le preguntó Savotar a Kartan —. ¿Estabas solo?

—Escapé con Alloperla y Panchros y seguí con ellos hacia Kelso, pero el dolor por la pérdida de Aetherix era demasiado grande. Quise enterrar uno de sus dibujos junto a él; así que volví a la tumba. Allí fue donde me encontraron Robert y Jennifer.

—¿Quiénes son esos bárbaros, y por qué quieren capturaros? —preguntó Robert cuando, finalmente, su curiosidad pudo más que su timidez.

—Vienen del otro lado del mar. Los

llamamos los bárbaros porque siguen viviendo como lo hacía la gente hace muchos años. Se sienten atraídos por la riqueza, las máquinas y las fábricas; pero las fuentes de energía y las materias primas para mantener un tipo de vida así se han agotado prácticamente. Ahora están dispuestos a explotar a la gente para satisfacer sus necesidades.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Robert.

Nemourah continuó contando la historia. La suavidad de su voz hacía más terribles las palabras que pronunciaba:

—Piensan llevarnos a su país en esos botes que hay fondeados en la bahía, pero quieren más gente. Por eso nos mantienen prisioneros en esta cueva hasta que hayan capturado al resto de nuestro pueblo. Nos obligarán a realizar el trabajo de algunas de sus máquinas y a sacar el carbón del fondo de las minas más profundas, para obtener la electricidad necesaria para que sigan funcionando las fábricas.

—Entonces... ¿seréis esclavos? —preguntó Robert con voz entrecortada por el terror.

—A pesar de toda su tecnología, son muy ignorantes —dijo Savotar—.

Comparan nuestra vida con la suya y, como no tenemos muchas posesiones, creen que no perdemos nada dejando estas tierras. Pero nuestro pueblo, que se ha adaptado a nuevas formas de vida, es más afortunado que aquellos que se apegan a un pasado desaparecido para siempre.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Robert mientras jugueteaba con una paja—. Ni siquiera hablan nuestra lengua. No podéis saberlo con certeza.

—Hace muchos años capturaron a varios de nuestros hombres, que se quedaron a vivir con ellos durante mucho tiempo —explicó Savotar—.

Pero consiguieron escapar y volver con nosotros, trayéndonos información sobre sus conocimientos y su lenguaje. Con el paso del tiempo empezamos a confiar en que los bárbaros nos hubieran olvidado y nos dejaran vivir en paz, pero ahora han descubierto que nos necesitan para que trabajemos para ellos.

—¿No podemos escapar? — preguntó Robert inspeccionando los alrededores.

—La única forma sería subir por la senda hasta la cima del acantilado — dijo Savotar—. Pero nos verían.

—¿No podríamos enfrentarnos a ellos? —sugirió Robert—. Solo he visto

cinco o seis, y nosotros somos bastantes más.

—No es una cuestión de número —dijo Savotar—. Están armados y nuestro pueblo lleva varias generaciones sin luchar. Creemos en la paz. No podemos permitirnos volver a la forma de vida de los pueblos primitivos, que responden con violencia a la violencia.

—Pero no nos podemos quedar con los brazos cruzados —dijo Robert. Tampoco era partidario de la lucha, pero se resistía a ser capturado y esclavizado sin oponer resistencia.

—Todavía podemos salvarnos —dijo con calma Savotar—. El amor y la

confianza son más poderosos que la violencia y el odio. No lucharemos. Aetherix, el Hermano Elegido de Kartan, luchó encolerizado cuando vio a uno de los bárbaros maltratando a Nemourah. Mataron a Aetherix y su muerte le produjo a Nemourah mayor dolor que la crueldad del bárbaro.

—Creo que no habría hecho bien si no hubiera intervenido —dijo Robert tercamente.

—Hace falta mucho valor para contener la cólera. Aetherix no tenía esa clase de valor, solo cólera —contestó Savotar—. ¿De qué nos sirve creer que la confianza, el amor y la colaboración

son las auténticas fuerzas que mueven el mundo si abandonamos esta convicción cuando más la necesitamos?

Robert no encontraba palabras para expresar sus pensamientos. ¿Qué clase de valor era para ellos quedarse allí sentados, sin hacer nada, aceptando la pérdida de una forma de vida en la que creían firmemente?

—¡Vamos! —dijo Savotar con suavidad, comprendiendo su frustración.

Se pasaron pequeñas porciones de pan de miel y un jarro de agua. Robert seguía sentado en silencio, mirando al exterior de la cueva. Y esta vez el pan de miel le supo soso, como si fuera de

serrín. Se sentía cansado, desbordado por todo lo que había sucedido en tan breve espacio de tiempo.

Estaba atrapado dentro de círculos concéntricos. Tenía que escapar de los bárbaros, escapar del pueblo de Kartan, escapar de aquel momento. ¿Y Jennifer? ¿Se habría librado de las garras de los bárbaros para vagar sola por aquel bosque oscuro y silencioso? ¿Cómo iba a encontrarla?

5

LA tarde era cálida y tranquila. Las olas lamían la arena de la playa, mientras los botes fondeados en la bahía subían y bajaban suavemente mecidos por la corriente. En la playa, seis hombres estaban sentados junto a un fuego que crepitaba furiosamente.

La idea de que eran prisioneros de aquellos hombres y de que los botes estaban esperando para llevarlos a la esclavitud, le parecía a Robert completamente imposible. Cerró los ojos con fuerza, seguro de que cuando

los volviera a abrir vería que todo aquello solo había sido un mal sueño. Pero cuando los abrió, todo permanecía igual. Kartan le miró con curiosidad.

—¿Para qué has venido? —preguntó con voz serena.

—No sé cómo he llegado hasta aquí —contestó Robert—. Yo no he hecho nada, de verdad.

—¡Silencio! —dijo Kartan, mirando nerviosamente hacia el interior de la cueva—. Es mejor que los demás no sepan nada de ti por el momento.

—Ya lo saben —comentó Robert.

—Te aceptan como a uno de los Perdidos. Todavía no saben que vienes

del pasado. No saben que eres como los niños de Vianah.

—¿Los niños de Vianah? —repitió Robert.

Una vez más tuvo la sensación de estar atrapado en un callejón sin salida.

—¿No conoces a los niños de Vianah? ¿Ollie, Ian y los demás? —esta vez fue Kartan el que se quedó perplejo—. Cuando supe que veníais de su época, pensé que teníais algo que ver con ellos o con Vianah.

—No entiendo nada de lo que me estás diciendo —dijo Robert con voz cansada—. Es tan incomprensible para mí como si hablaras el lenguaje de los

bárbaros.

—Te lo contaré todo desde el principio —dijo Kartan con la misma voz ligera y cantarina que había empleado para relatar la historia de la caza de los bárbaros—. El año pasado, cuando continuamos el viaje de verano, dejamos a Vianah en la antigua torre que hay cerca de la ciudad de Kelso. Vianah es la más anciana de nuestro pueblo y está casi ciega. El viaje era demasiado difícil para ella. Le dejamos tortas de miel, aceite y agua suficientes, pero fuimos más lejos de lo que pensábamos y cuando volvimos ya no le quedaba nada. Sin embargo, no murió. La

cuidaron cuatro niños. Tenían nombres extraños para nosotros: Elinor, Andrew, Ian y Ollie. Todavía más extraño que sus nombres era el hecho de que vinieran de un mundo en el que la gente viajaba en coche, volaba en avión e incluso caminaba por la luna. Venían de hace mucho tiempo.

—¿De qué año? —preguntó Robert

—No creo que se lo dijeran a Vianah, o por lo menos ella no me lo dijo. Dos de ellos fueron a Kelso y volvieron con productos de nuestros huertos. Encendieron un fuego para que pudiera calentarse y prepararon algo caliente para comer. Vianah dice que sin

su ayuda no habría podido sobrevivir.

—¿Tú los viste? —preguntó Robert.

—Se marcharon antes de que llegáramos nosotros. Regresaron a su época.

—¿Cómo? —preguntó Robert, interesado—. ¿Cómo consiguieron volver?

Para Robert, esa era la parte más interesante de toda la historia, pero Kartan no le daba ninguna importancia. Vianah no se lo había contado y a él no se le había ocurrido preguntárselo.

—Si tú no llegaste a verlos nunca, ¿cómo puedes estar seguro de que no fueron simples imaginaciones de

Vianah? Después de todo, es ciega y tampoco pudo verlos.

—Vi la cesta de melocotones.

—¿Melocotones?

—Cuando emprendimos el viaje, los melocotones todavía no estaban maduros; pero cuando volvimos, había una cesta llena junto a Vianah en la torre. Ella no pudo ir sola a Kelso. Alguien se los llevó. Además, Vianah me lo dijo, así que es verdad. Le gustaba mucho hablarnos de ellos a mí y a Lara Avara, su Elegida.

—¿Quiénes son esos Elegidos de los que tanto habláis? —preguntó Robert.

Kartan le miró sin comprender y

luego dijo:

—¡Claro! En tu época cada familia vivía sola. Nosotros elegimos la gente con la que queremos vivir.

—¿Como en una comuna? — preguntó Robert.

Kartan frunció el ceño, incapaz de entender la pregunta de Robert.

—Si conseguimos escapar de aquí, te llevaré a Kelso para que conozcas a mis Elegidos.

Las palabras de Kartan supusieron para Robert un rayo de esperanza. Por fin alguien hablaba de escapar.

—He leído algo de historia de tu época —continuó Kartan—. La gente

mataba a sus enemigos con armas y bombas. Quizá tú puedas ahuyentar a los bárbaros.

—¡No digas tonterías! —protestó Robert, irritado ante lo estúpido de la idea—. Los chicos no van por el mundo con los bolsillos llenos de bombas o de armas. Lo único que tengo es una navaja de explorador. Además, si tu pueblo no cree en la violencia, no puede esperar que me enfrente a los bárbaros yo solo, sin ninguna ayuda.

—Tiene que haber alguna razón para algo tan importante como tu venida. Los otros niños vinieron para ayudar a Vianah cuando lo necesitaba.

Seguramente tú has venido a salvar a nuestro pueblo de los bárbaros. — Kartan se volvió y le miró con ojos tristes y suplicantes.

Robert se vio invadido por una creciente oleada de pánico. Salvarse a sí mismo, y quizá a Jennifer, era más de lo que él podía hacer. Y allí estaba Kartan, tranquilo y confiado, pidiéndole que salvara de la esclavitud a su pueblo. Robert hubiera querido saltar y correr por la playa, para que sus gritos alertaran a los guardianes, quienes, sentados junto al fuego, como si estuvieran de excursión, parecían estar muy seguros de que la gente de Kartan

no iba a intentar escaparse. ¿Por qué no se escapaban arrastrándose con sigilo? Lo único que necesitaban era que algo distrajera la atención de los guardianes mientras subían por el acantilado.

Robert levantó la vista y miró a los tres botes que se mecían suavemente en la bahía. ¡Los botes! En su cabeza empezaba a tomar forma un plan. Introdujo la mano en el bolsillo y palpó la navaja. Tenía una hoja de acero resistente y flexible.

—¿Cómo crees tú que estarán anclados los botes? —le preguntó a Kartan.

—Con sogas y boyas —contestó

Kartan.

—¿Con sogas o con alambre? — insistió Robert—. ¿Con una soga que se pueda cortar con esta navaja? —dijo sacándola del bolsillo.

Al principio Kartan no contestó a la pregunta, deslumbrado por la navaja. Luego dijo:

—Se lo podemos preguntar a Savotar, pero ¿para qué quieres saberlo?

—Si corto la soga de uno de los botes, la corriente lo arrastrará hacia las rocas. Cuando los guardianes se den cuenta de lo que sucede, saldrán a salvarlo. Después de todo, necesitan los botes. Mientras estén allí, podréis salir

arrastrándoos y subir por el acantilado.

—¿Pero cómo vas a llegar hasta los botes sin que te vean? Para hacerlo, tienes que pasar por delante de los guardianes.

—Iré por la parte superior de la playa, junto al acantilado, y luego atravesaré la arena por detrás de aquellas rocas.

Robert señaló un espolón que se adentraba en el mar desde la base del acantilado. Tendría que nadar un buen trecho para llegar desde allí hasta los botes, que se balanceaban justo enfrente de los guardianes.

—¿Podrás llegar nadando hasta allí?

—preguntó Kartan, preocupado.

Robert sabía que Kartan estaba pensando en la facilidad con que el bárbaro lo había atrapado en el bosque y en el miedo que había mostrado a la hora de descender por el acantilado, pero nadar era algo que sabía hacer muy bien. Después de tener poliomielitis, había ido a nadar a la piscina municipal de Baldry, como le había aconsejado el médico. En el agua nunca se sentía torpe ni lento. Estaba completamente seguro de que podría llegar hasta los botes, siempre que no hubiera corrientes fuertes. Y eso no lo sabría hasta que estuviera dentro del agua.

—Vamos a contarle a los demás tu plan —propuso Kartan.

A Robert no le atraía demasiado la idea de encontrarse con los ojos tranquilos y curiosos de toda aquella gente de piel morena, pero Kartan ya había entrado en la cueva y les estaba contando el plan con voz ligera y cantarina.

—Solo puedo cortar sogas, alambre no —dijo Robert cuando Kartan empezó a describir la navaja.

—Estoy seguro de que será sogas —dijo Savotar—. El metal es un material tan escaso que se reserva únicamente para usarlo cuando no puede sustituirse

por ninguna otra cosa. Me preocupa más el riesgo que vas a correr tú.

—No podemos permitirselo —dijo Nemourah con tranquilidad—. Lo único que nos traerá será cólera y violencia.

—No, si vosotros os alejáis arrastrándoos con el mayor sigilo cuando ellos vayan a salvar el bote —dijo Robert.

—Ha venido a ayudarnos —declaró Kartan con la mayor seriedad.

—¿De dónde viene? —preguntó una voz desde el fondo del grupo.

—Del pasado —contestó Kartan.

«Ya está», pensó Robert; «ahora no volverán a discutir el asunto». Pero, ante

su sorpresa, aceptaron la incomprensible noticia con más naturalidad que la idea de que Robert iba a soltar el bote cortando la soga.

La conversación continuaba a su alrededor, pero él no podía desentrañar lo que decían aquellas voces hasta que, de repente, se dio cuenta de que Savotar le decía formalmente:

—Irás ahora, protegido por el amor que sientes por nosotros.

Robert se revolvió incómodo al oír sus palabras.

—Quizá sea mejor que espere a que esté completamente oscuro.

—Es mejor que vayas ahora —

contestó Kartan—. Pronto saldrá la luna y, con su reflejo en el agua, puede que te vean más fácilmente.

Robert sentía que parte de su arrojo se venía abajo.

—Me parece que no está suficientemente oscuro —insistió.

—Bajo la sombra del acantilado no te verán. Y no esperan que les venga ningún peligro del mar —le aseguró Kartan.

Una cosa era decirlo y otra hacerlo. Con todo, Robert sintió cierto alivio cuando, después de salir de la cueva, empezó a arrastrarse junto a la base del acantilado. Por lo menos, el tener que

llegar hasta los botes requería acción y era mejor que seguir sentado en la cueva, intentando poner en orden los conflictivos sentimientos y pensamientos que le embargaban.

Respiró profundamente el concentrado olor a yodo que desprendían las algas al secarse en la orilla y escuchó el suave murmullo de las olas que rompían en la arena. El olor del mar y el murmullo de las olas le recordaron la playa que había cerca de la casita de su abuelo. Luego, se deslizó sobre la arena, asegurándose de que las rocas lo ocultaban.

Pero alguien, escondido detrás de

las rocas, observaba a Robert mientras se dirigía a gatas hacia el mar. La que vigilaba desde la cima del acantilado no era otra que Jennifer, quien, sin embargo, estaba demasiado lejos para poder afirmar con seguridad que era él.

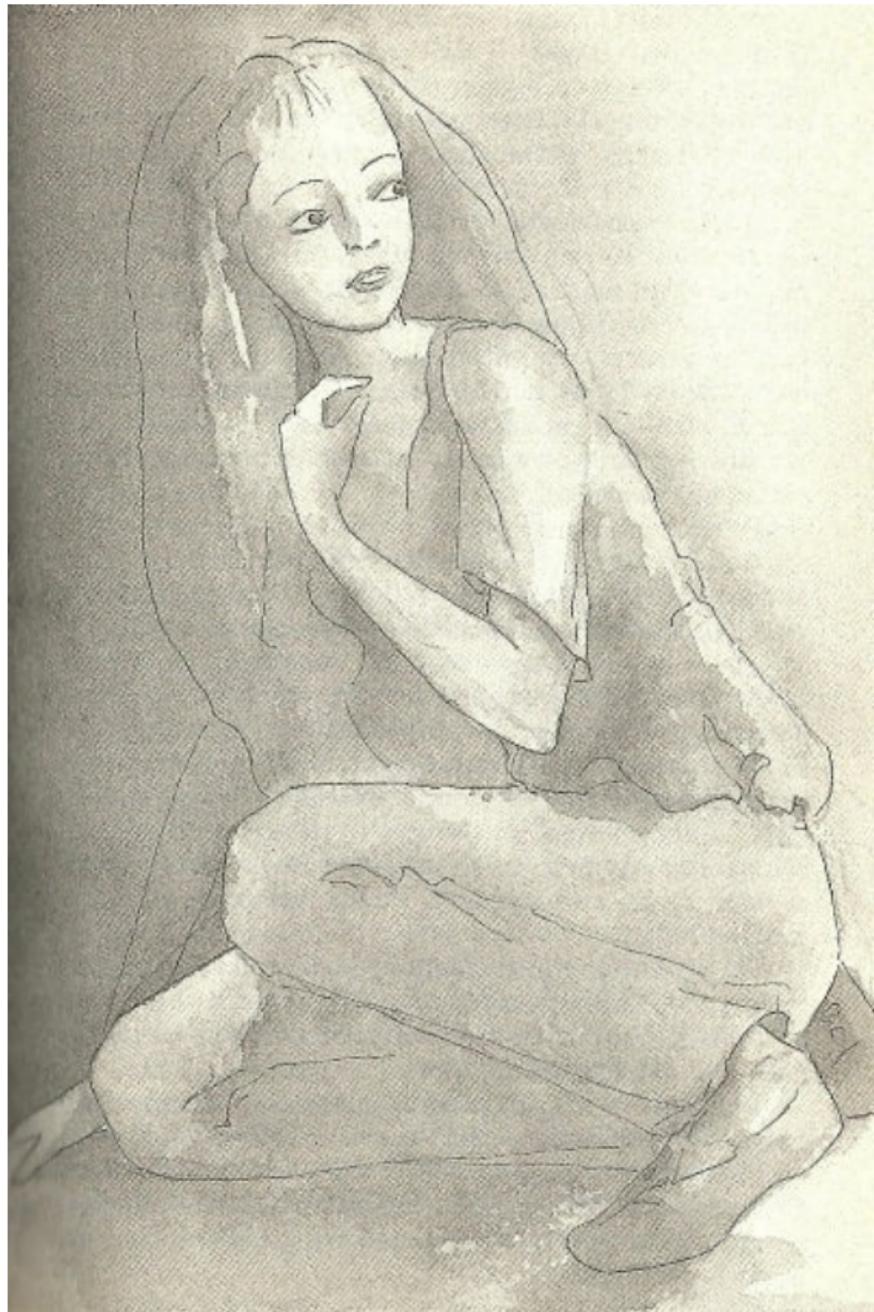
Cuando el bárbaro había aparecido en el círculo de piedras, el único pensamiento de Jennifer había sido echar a correr, así que se internó en el bosque, muerta de miedo, sin acordarse de que Robert no podía seguir su ritmo. Escapó como un animalillo asustado, preocupándose tan solo de poner la mayor distancia posible entre ella y aquel gigante barbudo que los perseguía.

Cuando por fin estuvo demasiado cansada y falta de aliento para seguir corriendo, se detuvo y echó una mirada a su alrededor. Alarmada, se dio cuenta de que estaba completamente sola en el bosque. Este descubrimiento la asustaba casi tanto como el ser perseguida. Después de permanecer en silencio durante un buen rato, empezó a llamar a gritos a Robert. Pero sus gritos fueron absorbidos por la frondosa quietud. Aunque aguzó el oído, no pudo escuchar ni una respuesta, ni un rumor de pisadas. «¿Habrían seguido otro camino?», se preguntó angustiada. «¿O habrían sido atrapados por aquel hombre horrible?».

De haber sido así, tendría que haber oído sus gritos.

Permaneció inmóvil, sopesando ambas posibilidades, y fue entonces cuando se dio verdadera cuenta del silencio que reinaba. Era como si ella fuera el único ser viviente en varios kilómetros a la redonda, como si todas las demás criaturas estuvieran bajo algún extraño encantamiento. El silencio le daba miedo. Y entonces oyó un leve rumor. A su espalda, en alguna parte, la brisa agitó las hojas. Jennifer se volvió asustada, creyendo que se le subían por encima Dios sabe qué extrañas criaturas, invisibles en la penumbra. Solo eran las

primeras ráfagas de la brisa nocturna, pero para Jennifer todo aquel sombrío bosque estaba lleno de siniestros rumores y de ojos brillantes que la miraban hostiles. Luego, el viento amainó, volvió el silencio, y Jennifer llegó a pensar que era incluso peor.



Intentó retroceder, pero todos los árboles le parecían iguales. Era un extraño lugar, sin nada que lo distinguiera, sin senderos, sin arroyos, sin tocones, sin espacios abiertos. Solo ramas inacabables y polvorientas y hojas oscuras y tupidas. De vez en cuando, el chasquido de las hojas secas bajo sus pies le hacían pensar que alguien la seguía. Entonces se detenía y miraba hacia atrás, entre esperanzada y temerosa; pero no había nadie, solo un terrible silencio.

A Robert, aunque estaba asustado y desconcertado, todo lo que les había pasado no le había cogido tan

desprevenido como a Jennifer. Durante toda su vida había escuchado las historias que contaba su abuelo y llevaba en la sangre algo del misterio y del espíritu de aquel lugar. Para Jennifer, sin embargo, todo era inesperado y se sentía completamente abrumada. Su único objetivo era encontrar el círculo de piedras y volver al lugar al que pertenecía. Ni siquiera había leído libros que tuvieran un toque de fantasía o irrealidad. No sabía nada de caer en una conejera o atravesar un espejo. Y, sin embargo, allí estaba, atrapada en aquel terrible lugar.

De repente, se sintió enfadada.

Enfadada con Robert, que la había llevado hasta allí; enfadada con Kartan, que la había abandonado, y enfadada con la realidad, que la había engañado.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba vagando por el bosque. Estaba cada vez más oscuro; pero como no podía ver el cielo, no estaba segura de si estaba anocheciendo o es que se había nublado. A lo mejor lo único que pasaba era que el bosque era más frondoso, las hojas más tupidas.

Además, tenía hambre. No había absolutamente nada para comer, a no ser que las hojas fueran comestibles. No había maleza, ni musgo, ni setas. Y,

aunque las hubiera habido, tampoco se habría atrevido a comerlas. No había visto ningún riachuelo y, al pensarlo, se dio cuenta de que también tenía sed, una sed insoportable. Necesitaba salir de allí antes de morir de hambre, de sed o de soledad. Creía que la soledad sería la primera en acabar con ella.

Y entonces oyó un sonido distinto del murmullo de las hojas al agitarse. Era el rumor del mar.

El descubrimiento hizo renacer en ella la esperanza. Si pudiera llegar al mar, saldría de aquel terrible lugar. El propio bosque había cambiado. Ahora el suelo estaba alfombrado de setas y

hierba, los árboles eran diferentes — menos frondosos y lúgubres— y los más cercanos llenaban el aire de un intenso perfume. Luego, de repente, se acabó el bosque, y Jennifer se encontró en un acantilado, por encima del nivel del mar, frente a la amplia curva de una bahía.

Quizá el mayor alivio para Jennifer fuera ver gente en la playa, sentada alrededor del fuego. Se puso tan contenta al descubrir que no estaba sola en el mundo, que quiso gritarles, pedir que la ayudaran. Pero la precaución se impuso. ¿Y si eran los bárbaros de los que el muchacho había hablado? Por si

acaso, era mejor no atraer su atención.

En la bahía había tres botes, como tres grandes barcos de remos. Al principio, como no podía ver el camino, pensó que los hombres habrían llegado a la playa con ellos; pero después, examinando toda la curva del acantilado, vio que un poco más allá había una tortuosa senda. Con todo, no estaba muy decidida a aventurarse por ella. En la parte inferior de la senda había una cueva, y —era lo más interesante— sentadas en la entrada había dos personas. Estaba demasiado oscuro para estar segura, pero muy bien podían ser Robert y Kartan.

Estaba confusa. ¿Las personas que estaban sentadas junto al fuego eran bárbaros? Y, si lo eran, ¿por qué no se escondían Robert y Kartan? ¿Estaban esperando a que oscureciera del todo para escapar? Se sentó a observar.

El sol se había escondido detrás de los árboles, y era difícil ver a los muchachos. De repente, cuando ya Jennifer estaba perdiendo la esperanza de que pasara algo, uno de los muchachos empezó a avanzar cuidadosamente junto a la base del acantilado, pero no hacia la senda como ella esperaba, sino en dirección contraria. Cuando estuvo detrás del

espolón, echó a correr por la arena hasta llegar a la orilla.

Jennifer podía verlo perfectamente en abierto contraste con la arena luminosa, pero las rocas lo ocultaban de la vista de los hombres de la playa. Su correr desacompasado le confirmó que era Robert. Se preguntó qué diablos estaría haciendo. Luego, cuando vio cómo se despojaba de la camisa y los pantalones, comprendió su plan.

Iba a nadar hasta los botes para escapar así de los bárbaros. En vez de volver al bosque a buscarla, lo que intentaba hacer era poner a salvo su propia piel, alejándose en uno de los

botes. Jennifer se mordió el labio inferior y, luchando contra las lágrimas, se retiró de la cara el cabello rojizo, en un gesto de desafío. Robert la había metido en el lío y ahora, por lo que parecía, estaba sola. No podía contar con él. Bueno, no pensaba quedarse atrás. Correría por el acantilado hasta llegar a la senda, bajaría a la playa, cruzaría la arena y nadaría hasta los botes. Estaba convencida de que sabía nadar tan bien como él. Pero lo primero que tenía que hacer era bajar a la playa.

Al llegar a la orilla del agua, Robert supo que la parte más fácil del plan quedaba atrás. El agua brillaba,

reflejando los primeros rayos de la luna. Para llegar hasta los botes tenía que pasar por delante de los hombres. Era casi imposible que no lo vieran. Su arrojo se tambaleó; por un momento pensó volverse, pero cuando se acordó de Kartan, esperando en la cueva, comprendió que tenía que seguir adelante.

Ató el cuchillo al cinturón y se abrochó este a la cintura. Sintió su contacto sobre la piel desnuda. Oculto por las rocas, se introdujo en el agua. Tembló levemente con el roce de la primera ola, pero en realidad el agua estaba sorprendentemente caliente.

Avanzó hacia dentro, nadando siempre en línea recta para poder cruzar la bahía lo más lejos posible de la playa.

Nadaba a braza, sin levantar espuma, manteniendo la cabeza debajo del agua. Luego, creyendo oír gritos en la playa, volvió la cabeza con precaución y miró por encima del hombro. Horrorizado, vio que los hombres ya no estaban sentados alrededor del fuego, sino de pie en la orilla, mirando hacia él. Todavía podía retroceder. Luego vio que no estaba solo en el agua. Un numeroso grupo de nadadores venía del mar abierto. Eso era lo que miraban los hombres desde la

playa. Cuando el primero de los nadadores estuvo suficientemente cerca, Robert descubrió divertido que tenía enfrente los ojos oscuros y la cara bigotuda de una foca. Las focas le rodearon, sin acercarse nunca más de un metro, y le miraron con los ojos muy abiertos.

Robert no tenía miedo. Muchas de las historias de su abuelo tenían como protagonistas a las focas, las amigas focas, como él las llamaba. Decía que, en realidad, las focas eran seres humanos desterrados al mar por culpa de sus pecados y que, si lo necesitabas, te ayudaban y luego podían volver a

tomar forma humana, dejando sobre la arena de la playa su piel vacía.

—¡Foquitas! ¡Foquitas! —silbó con suavidad—. Necesito vuestra ayuda.

Las focas parecieron estrecharse a su alrededor.

—Nadaremos todos juntos hasta los botes —les dijo.

Como si entendieran lo que les decía, se adaptaron a su ritmo y nadaron junto a él, bajo la atenta mirada de los hombres de la playa, quienes, poco a poco, fueron perdiendo interés y volvieron a sentarse junto al fuego. Solo, de vez en cuando, echaban una ojeada para vigilar el avance de las

focas. Cuando vieron que rodeaban los botes, no se alarmaron. Todos sabían que las focas son muy curiosas.

Al llegar a los botes, Robert pensó que todo su esfuerzo no había servido para nada. Las sogas de los botes parecían estar hechas con hilos de metal retorcidos, demasiado gruesos para que pudiera cortarlos con el cuchillo. Pero, vistas desde cerca, se dio cuenta de que eran sogas y que eran las gotas de agua y las algas las que, al brillar a la luz de la luna, les daban un aspecto metálico.

Desenganchó con mucho cuidado la navaja que llevaba atada al cinturón, siempre temiendo que se le resbalara de

las manos, abrió la hoja y empezó a cortar la gruesa soga. De vez en cuando, alguna foca curiosa se le asomaba por encima del hombro y miraba sin perderse detalle, pero Robert se dirigía a ella y le explicaba con voz tranquila lo que estaba haciendo. Luego se iba y venía otra a reemplazarla.

Cortar la cuerda llevaba su tiempo, pero la suerte seguía estando de su lado, y el peso del propio bote y el impulso de la corriente fueron suficientes para romperla antes de que Robert hubiera terminado de cortarla. El bote dio un bandazo y, empujado por la corriente, se encaminó hacia las rocas.

Ahora tenía que volver andando lo más deprisa posible. Si las cosas iban como esperaba, pronto los hombres tendrían que dedicarse a intentar salvar el bote y Kartan y los suyos podrían subir por el sendero del acantilado. Tendría que darse prisa si no quería quedarse atrás.

Las focas le acompañaban, dejándole marcar el ritmo y saltando incansablemente a su alrededor. Los hombres, sentados junto al fuego, seguían mirando distraídamente en su dirección, pero Robert confiaba en que se dieran cuenta de que el bote iba a estrellarse contra las rocas.

A medida que se iban acercando a la playa, las focas empezaban a inquietarse al ser menor la profundidad del agua. Durante unos minutos más siguieron rodeándole, como si quisieran pedirle que se quedara con ellas; pero cuando vieron que continuaba nadando hacia la orilla, se dieron la vuelta y, abandonándole, se adentraron en el mar.

Avanzó hacia la arena y allí descansó, agotado por el enorme esfuerzo realizado. Su ropa formaba un montoncito a su lado, como si fuera la piel de una foca que hubiera tomado forma humana.

De repente, el griterío alejó de su

mente los recuerdos de las historias que su abuelo le contaba. ¿Le habrían visto salir del agua? Recogió apresuradamente la ropa y echó a correr, siempre oculto por las rocas. Ya casi había llegado al acantilado cuando se atrevió a mirar hacia atrás. Aliviado, vio que los hombres se dirigían deprisa y corriendo al otro lado de la bahía, para intentar evitar que el bote se estrellara contra las rocas.

6

JENNIFER tardó más de lo que había previsto en llegar al lugar en que empezaba la senda que descendía hasta la playa. Intentó seguir el contorno de la parte superior del, acantilado, pero el suelo se había desmoronado en algunas zonas, y tuvo que atajar atravesando la oscuridad del bosque. Estuvo a punto de desistir ante la idea de tener que penetrar de nuevo en aquel inquietante silencio. Durante el día había sido bastante amenazador, pero ¿qué tipo de criaturas nocturnas acecharían en él?

Cada paso que daba iba acompañado del crujido de las hojas o del agudo chasquido de alguna rama rota, alertando a los seres del silencioso bosque de la presencia de un intruso.

Cautelosamente, volvió a abrirse paso hasta la cima del acantilado. Una vez allí, se quedó sorprendida al ver que una docena de nadadores se había unido a Robert. Ni siquiera podría decir con seguridad cuál de todas aquellas cabezas oscuras que sobresalían en el agua era la suya. Mientras tanto, los hombres seguían sentados junto al fuego, sin prestar atención a los nadadores.

Si, como suponía, Robert se

encontraba entre los nadadores, estaba más cerca de los botes de lo que ella esperaba. No iba a poder alcanzarle. Se sintió atrapada en medio de una pesadilla, en la que todo se sucedía sin ninguna ilación lógica. Por más que luchaba por escapar de ella, no conseguía despertar. Ante sus ojos, los árboles se espesaban hasta el borde del acantilado con sus raíces extendidas sobre el suelo movedizo e inestable como dedos agarrotados. Y fue entonces cuando comprendió que, si quería continuar, tendría que volver a penetrar en el bosque. Aunque había refrescado con la caída del sol, el pelo se le pegaba

al sudor de la frente y de la nuca, y las piernas le temblaban cuando se metió entre los árboles con sigilo.

Guiada por el murmullo del mar bajo sus pies, a la derecha, llegó finalmente a un pequeño claro en la cima del acantilado y comprobó con alivio que allí empezaba la senda. Avanzó con precaución, preguntándose si tendría valor para descender por ella en medio de la oscuridad. Sería prácticamente imposible evitar que se desprendiera alguna piedra e hiciera ruido. De repente se dio cuenta de que los hombres ya no estaban sentados junto al fuego, sino que se dirigían

apresuradamente, a través de las rocas, hacia uno de los botes, que parecía ir a la deriva. ¿Estaría Robert en él? Si así fuera, volverían a capturarlo. ¿Y qué habría sido de los demás nadadores?

Un nuevo ruido reclamó su atención. A sus pies, oyó rodar piedras y murmullos de voces bajas. Alguien subía.

La luna había salido, iluminando un poco el claro. Jennifer retrocedió y se escondió entre los árboles. Poco después, asomó por el borde del acantilado una figura vestida de gris, seguida por otra y luego por varias más. Desaparecieron entre los árboles a

pocos metros de ella y se alejaron sigilosamente. A pesar de la oscuridad, andaban con mucha seguridad.

Jennifer no pudo ver a la gente con claridad, pero aquellas figuras le recordaron a Kartan. Quiso hablar con ellas, pero le faltó valor. Sin embargo, avanzó poco a poco, pensando que quizá pudiera seguirlas y averiguar adónde iban. Cualquier cosa sería mejor que volver a quedarse sola otra vez.

Se detuvo junto a un árbol, ya casi sin esconderse, esperando que apareciera por el borde del acantilado una nueva figura. Esta, fuera quien fuera, parecía tener más dificultades que las

demás. Desde arriba, alguien la animaba y alentaba, mientras otras dos personas esperaban junto a los árboles.

Poco a poco fue apareciendo una cabeza despeinada. Al ver la cara iluminada por la luna, Jennifer reconoció inmediatamente a Robert.

—¡Robert! —gritó surgiendo de entre los arbustos y dando tal susto a todos que Robert estuvo a punto de caerse por el acantilado.

—¿Algo va mal? —preguntó una voz ansiosa desde atrás.

—¡No pasa nada! —contestó Robert—. Es Jennifer. Estaba esperándonos. ¡Jennifer!

—¡Cuánto me alegro de verte! —
dijo Jennifer.

Robert terminó de subir y fue rodeado inmediatamente por un grupo de figuras envueltas en capas que miraban a Jennifer con curiosidad.

—¡Creía que estabais en los botes! —dijo Jennifer moviendo la cabeza, como si intentara recobrase de la sorpresa de volver a verle—. Estaba segura de que eras tú el que corría por la arena y se dirigía nadando hacia los botes.

—¿Me viste hacerlo? —el gesto adusto de Robert se iluminó con una repentina sonrisa—. ¿Viste las focas?

¿Dónde estabas?

—Vámonos —dijo Kartan, tirando ansiosamente de la chaqueta de Robert—. Luego tendremos tiempo para hablar, en el círculo de piedras.

—¿Vais allí? —preguntó Jennifer, esperanzada—. Probablemente, desde el círculo podamos regresar a casa, alejándonos de todo esto.

Tardaron solo unos pocos minutos en llegar al claro del bosque encerrado entre las impresionantes piedras. Una vez más, Robert intentó descifrar el misterio.

La gente se sentó en grupos pequeños, hablando entre sí y

compartiendo el pan de miel. Kartan les ofreció un pedazo a Jennifer y Robert, que lo aceptaron y se lo comieron con buen apetito.

—Escucha, estas piedras tienen que haberse movido —le dijo Robert a Jennifer—. Tendrían que estar más lejos del mar.

—Me gustaría que dejases esa cantilena y pensaras en la forma de volver a casa —contestó Jennifer con impaciencia.

—Ya te dije que es el mar el que se ha movido —le dijo Kartan a Robert con calma—. Fue en la época de las grandes inundaciones. Es parte de

nuestra historia.

—El mar no puede haberse movido tanto —protestó Robert.

—Cuando la sociedad tecnológica estaba en su mayor esplendor, se produjeron tantos gases y había tanta contaminación que el clima y la atmósfera de la tierra cambiaron —dijo Kartan, como si estuviera recitando algo de memoria con la voz ligera y cantarina que ya antes había empleado—. Para nuestro pueblo es difícil de entender, pero llegó a hacer tanto calor que las capas de hielo de los polos se deshicieron. Lo aprendimos en la Casa de Aprender: el mar se hizo más grande

y la tierra más pequeña.

—Esta conversación no nos va a llevar de nuevo a casa —interrumpió Jennifer, enfadada—. Y eso es en lo primero que tendríamos que pensar.

—Pero no te das cuenta de que todo está relacionado. Si cambió el litoral, las piedras no se acercaron al mar.

—Todas las ciudades costeras fueron destruidas por la inundación —continuó Kartan—. Hubo hambre y enfermedades. De todas formas, han quedado escritas muy pocas cosas de aquellos años. Nuestra historia empieza después de la inundación.

—¿De dónde procedéis? —preguntó

Robert.

—Nuestro pueblo viene de las tierras del sur, que se hicieron insoportablemente calurosas cuando cambió el clima. Llegó hasta aquí en barco, buscando un hogar en las tierras del norte, que eran más frías y, finalmente, se asentó en una pequeña llanura junto al río, donde construyó una nueva ciudad a la que llamó Kelso, que era el nombre de una antigua ciudad en la que encontró algunos artefactos. Uno de los barcos que navegaban hacia las tierras del norte perdió el rumbo. Nuestros antepasados creían que también ellos llegaron a poblar estas

islas. A esa rama de nuestro pueblo la llamamos Los Perdidos y esperamos poder reunirnos con ellos algún año, durante el viaje de verano. Por eso, lo primero que pensé al veros fue que erais dos de los Perdidos.

Jennifer, mientras tanto, había ido hacia el hueco que había entre dos de las piedras y estaba excavando en el suelo. Levantando la vista, le gritó a Robert:

—¡Eh! Deberías cavar tú también, para que podamos salir de aquí cuanto antes.

—No podemos irnos todavía —dijo Robert—. Ni siquiera he podido averiguar si Duncan está aquí.

—Esto no tiene nada que ver con Duncan —contestó Jennifer. Luego se encogió de hombros y añadió—: Pregúntales si quieres. Pero date prisa, porque yo no pienso esperar.

Robert percibió el tono de voz de Jennifer y se dio cuenta de que toda aquella gente de piel morena los estaba mirando con una expresión levemente confusa en el rostro tranquilo y apacible.

—¿Se ha colado de rondón por aquí Duncan Guthrie, que viene del pasado? —le preguntó Jennifer a Kartan con algo más que una pizca de sarcasmo.

—De vuestra época solo conozco a Andrew, Elinor, Ollie e Ian —le

contestó Kartan con suavidad.

—¿Quieres decir que ya han venido otros? —preguntó Jennifer, sorprendida, sentándose sobre las piernas y olvidándose de excavar—. ¿Qué les pasó?

—Regresaron.

—¿Regresaron? ¿Cómo?

—Hay una anciana ciega llamada Vianah que puede decíroslo — interrumpió Kartan deseando ayudarlos —. Creo que deberíamos ir a verla.

—Yo no me muevo de estas piedras —dijo Jennifer—. He estado pensando en ello y estoy convencida de que tenemos que seguir excavando para

encontrar las piedras enterradas. ¡Y tú también vas a excavar!

—Por favor, vamos a esperar — imploró Robert.

—¿Y dejar que nos atrapen los bárbaros? ¡Ni hablar! Venga, ponte a excavar.

—Pero todavía quedan muchas cosas que averiguar —protestó Robert—. ¿No sientes curiosidad por todo esto?

—Por lo único que siento curiosidad es por saber cómo vamos a volver a casa —contestó Jennifer arrancando a puñados la hierba.

Sin ningún entusiasmo, Robert se

encaminó hacia el hueco de al lado y empezó a escarbar en el suelo, que estaba duro y no se desprendía con tanta facilidad como la primera vez.

Kartan se sentó junto a él, mirándole intranquilo.

De repente, la voz de Savotar resonó en medio del círculo:

—Los bárbaros vienen otra vez. Oigo sus voces. No podemos quedarnos aquí. Estaremos más seguros si nos dividimos en pequeños grupos y nos volvemos a reunir en El Lugar de Paso. Tú, Kartan, llévate a esos niños y sigue la ruta del norte.

Savotar siguió dando instrucciones

al resto de su gente, que se perdió inmediatamente en medio de la oscuridad del bosque. Robert fue detrás de Kartan hasta el borde del círculo y vaciló, sin saber si marcharse con él o quedarse con Jennifer, que continuaba arrodillada entre las piedras, tan rígida como si también ella estuviera esculpida en piedra. Después oyó que alguien se dirigía a ellos, apremiándolos.

—Jennifer, tenemos que escondernos —suplicó con desesperación.

Jennifer se levantó con dificultad.

—Tú ganas —dijo—. Pero esta vez vamos juntos. No quiero volver a quedarme sola aquí.

PENETRARON en la oscuridad del bosque, siguiendo los pasos de Kartan. A su alrededor solo se oía el crujido de las hojas y el chasquido de las ramas al quebrarse, pero era imposible saber si los ruidos eran producidos por sus propias pisadas o por las de los bárbaros. Después de un rato se detuvieron. En medio de la calma, solo se oían los latidos de sus corazones y sus respiraciones jadeantes.

—Deberíamos salir de aquí ahora que podemos hacerlo —le dijo Jennifer

a Robert.

—¡Silencio! —advirtió Kartan—. El aire de la noche se lleva las voces y nos pueden oír.

Continuaron avanzando en silencio, pero ya con menos apremio. El bosque era cada vez más frondoso y la maleza más espesa y enmarañada, por lo que Robert se preguntó cómo podían hablar de la ruta norte, cuando ni siquiera había un sendero que seguir.

—Descansaremos aquí —dijo Kartan deteniéndose inesperadamente en un pequeño claro. Robert y Jennifer estaban tan exhaustos, que se sentaron en el mullido suelo y casi inmediatamente

se quedaron dormidos, sin necesidad de mantas ni almohadas.

Los despertó un fuerte aguacero, pero luego volvió a salir el sol, y todo el bosque se llenó de un vapor húmedo y pegajoso.

Mirando la posición del sol, Kartan dijo con ansiedad:

—Hemos dormido demasiado. Tenemos que darnos prisa.

Poco después llegaron a un pequeño arroyo. Kartan siguió su curso, metiéndose en el agua clara sin molestarse en quitarse las sandalias de cuero que llevaba puestas. Jennifer y Robert se metieron también en el agua

sin quitarse los zapatos. Ambos llevaban calcetines y playeras que chapoteaban al andar, pero era un consuelo no tener que pelearse con árboles ni matorrales. Un poco más allá, el arroyo desembocó en un río.

—Vamos a pararnos aquí a comer —dijo Kartan, y sacó del bolsillo de su capa un paquete de pan de miel, envuelto en hojas—. Podemos beber agua del arroyo.

Se sentaron con alivio en la hierba mullida, y Robert, intentando no parecer demasiado ansioso, preguntó:

—¿Nos falta mucho?

—Todavía nos queda un buen trecho

—contestó Kartan—. Pero a partir de aquí es más fácil. Solo tenemos que seguir el curso del río. Mi pueblo utiliza los ríos para viajar por el bosque, unas veces a pie y otras en balsa.

El río era ancho y fluía con rapidez, y su superficie se quebraba en mil espejos brillantes al saltar sobre las piedras. La comida y el hecho de liberarse de la oscuridad del bosque hicieron renacer el optimismo en los tres amigos.

—¿Hay animales salvajes en el bosque? —preguntó Jennifer mirando hacia atrás con recelo.

—No, no tengas miedo —contestó

Kartan—. ¿Estás pensando en los tigres, elefantes y dinosaurios de antes? Aquí no hay. Solo tenemos conejos, ardillas, zorros y unos cuantos perros salvajes. Pero en los libros he visto dibujos de aquellos animales de vuestra época y me gustaría mucho poder ver alguno vivo.

—¿Quieres decir que ya no quedan en el mundo tigres ni elefantes?

—Murieron en los años de hambre e inundaciones. El clima cambió tan deprisa que no pudieron adaptarse.

—No puedes estar seguro de que se murieran todos —dijo Robert—. Quizá hayan sobrevivido algunos en otros lugares. Además, sería muy difícil que

encontráramos alguno aquí, porque en Escocia nunca los ha habido.

—Puede que sea verdad lo que dices —dijo Kartan—. Algún día viajaré a otras tierras y veré elefantes y dinosaurios.

—¡Dinosaurios no! —dijo Jennifer—. Se han extinguido. Pero espero que encuentres elefantes.

—No sé cómo puedes saber tanto de nuestra época, si quedan tan pocos restos —comentó Robert.

—Mañana podré decírtelo —dijo Kartan.

Siguieron bajando por el río varios kilómetros más. Tanto Jennifer como

Robert se sintieron enormemente aliviados cuando, por fin, Kartan dijo que había llegado la hora de detenerse para dormir. Encontraron una pequeña cueva junto al río, formada por las raíces de un árbol enorme, en la que, a pesar de la lluvia que volvía a caer, pudieron estar a resguardo.

—Esta es nuestra segunda noche lejos de casa —dijo Jennifer—. ¿Crees que nos estarán buscando?

—Yo también lo he pensado —dijo Robert—. Mi madre lo estará pasando muy mal. Pensará que me he escapado, como Duncan, porque no quiero cuidar las ovejas.

—Echas de menos a tu hermano, ¿verdad? —preguntó Jennifer con suavidad.

—Las cosas iban mejor antes de que se marchara —contestó Robert—. Mi padre no puede hacer solo el trabajo de la granja. Siempre está detrás de mí para que le ayude, pero yo no lo sé hacer tan bien como Duncan. Cuando se rompió el tractor, lo arregló él mismo. Sabía hacer de todo. Lo único que yo sé hacer bien es dibujar, y eso no es demasiado útil para un granjero.

Los dos se sentían reconfortados al hablar de sus casas, porque fortalecía la sensación de que su propio mundo

permanecía todavía en su sitio, esperando su vuelta; de que sus padres y amigos eran reales, aunque estuvieran lejos. Era ese mundo nuevo el que no era real.

La fatiga de sus cuerpos los venció poco después, y cayeron en un profundo sueño.

Todavía estaba oscuro cuando Kartan los despertó la mañana siguiente y les dijo que tenían que continuar el viaje. Luego les dio a cada uno un trozo de pan de miel, que masticaron silenciosamente, acurrucados al abrigo de las raíces del árbol.

Parecía que, mientras más tiempo

pasaba, más real les empezaba a parecer aquel mundo y más irreal su propia vida y su época. Incluso Jennifer sentía aquella mañana menos prisa por volver a casa y manifestaba un mayor interés y entusiasmo por todo lo que prometía el nuevo día.

—¿Tenemos que marcharnos ahora que todavía es de noche? —preguntó Robert—. Sería mejor que esperáramos a que amaneciera.

—Tenéis que veniros ahora conmigo —insistió Kartan—. Quiero que veáis algo.

Robert y Jennifer salieron a gatas de entre las raíces del árbol. Robert, que

llevaba un abrigo marrón viejo y gastado, tenía un aspecto menos desaliñado que Jennifer, que se esforzaba por quitar una mancha de barro que tenía en la chaqueta e intentaba, sin demasiado éxito, alisarse con los dedos el enmarañado cabello rojizo. Kartan era el menos desaseado de los tres. Envuelto en su capa gris, los condujo en silencio hasta el río.

El agua estaba fría; pero, una vez que se sacudieron la modorra, se alegraron de haber salido tan temprano. De vez en cuando el canto de los pájaros rompía el silencio, y, poco a poco, Robert y Jennifer se iban contagiando

del entusiasmo de Kartan.

El río era ahora mucho más rápido, casi un torrente, y los arrastraba con fuerza. Casi no podían mantener el equilibrio. Delante de ellos se oía el fragor de una cascada.

—Tenemos que volver al bosque —dijo Kartan—. No os separéis de mí.

—¿No podemos esperar hasta que haya luz? —preguntó Jennifer reviviendo los temores sentidos en el bosque.

—Es solo un pequeño tramo —dijo Kartan—. Tenemos que ir deprisa. No hay nada que retrase la salida del sol.

De pronto se acabaron los árboles y

se encontraron al borde de una elevada plataforma. Desalentados, miraron el panorama que tenían delante. A su derecha, el río se precipitaba desde el acantilado formando una inmensa cascada, que se remansaba a sus pies para después arrastrarse serpenteando hasta reunirse con el mar. Al principio todo estaba oscuro, pero luego, súbitamente, se iluminó con la luz rojiza del amanecer.

Sin embargo, no fue la sorprendente visión de la cascada, ni el mar, lo que atrajo su atención dejándolos sin aliento, sino el esplendor de las obras del hombre. A sus pies, en un banco de

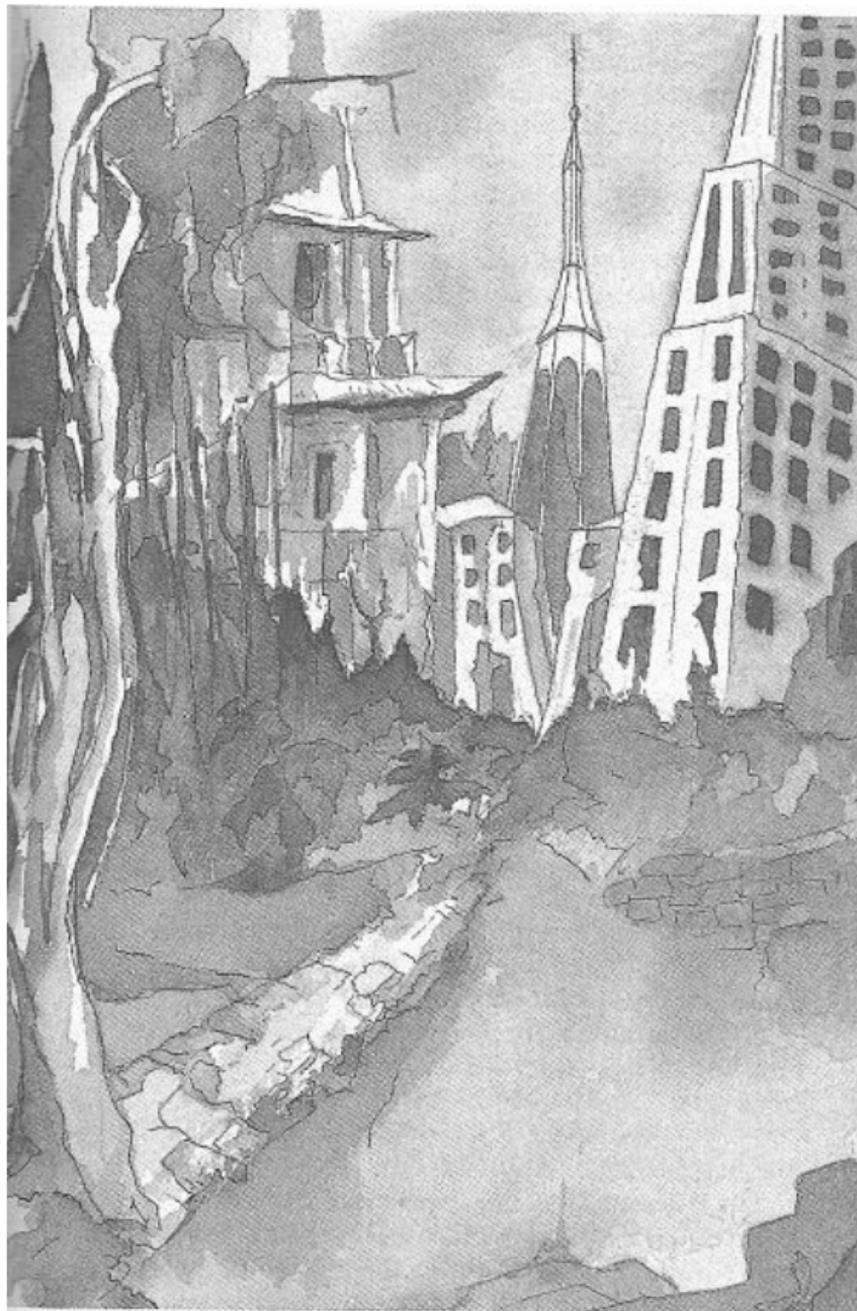
arena que lindaba por un lado con la curva del río y por el otro con el mar, se levantaban las ruinas de una enorme ciudad. Los altos edificios permanecían intactos, aunque la maleza y la arena se habían adueñado de algunas partes. Aquí y allá se veían ventanas, todavía con cristales, que reflejaban el brillo del sol, haciendo que los edificios parecieran iluminados por dentro y dando impresión de vida. La luz del amanecer favorecía a la ciudad. Así debía de haber sido cuando, hacía mucho tiempo, la gente vivía allí. Pero, más tarde, el sol del mediodía reveló que no era más que una concha vacía.

Solo restos agrietados y ruinas desmoronadas.

—¿Cómo se llama este lugar? —preguntó Jennifer—. No sabía que hubiera una ciudad así en Escocia.

—Nunca he estado en un lugar así. Ni siquiera he oído hablar de él —dijo Robert moviendo la cabeza.

—Es la ciudad de Norsea —les dijo Kartan—. Quizá la construyeron después de vuestros días. Creo que fue edificada en el siglo veintiuno, muy poco antes de los años de hambre e inundaciones.



—¿Antes no había aquí ninguna ciudad? ¿No había nada en nuestra época? —preguntó Robert.

—Creo que no —contestó Kartan—. Cuando se descubrió petróleo en el Mar del Norte, muchas personas se enriquecieron y quisieron construir una ciudad capaz de resistir todas las guerras y desastres. Alardeaban de haber construido una ciudad eterna. Y ha durado más que otras. Pero también más que la gente.

—¿Ahora no vive nadie aquí? —preguntó Jennifer.

—Nadie —contestó Kartan—. Cuando la descubrimos, hace muchos

años, algunos de los nuestros pensaron quedarse a vivir aquí, pero somos más felices en una ciudad edificada por nosotros mismos. A pesar de todo, hemos aprendido mucho de este lugar. Hay una biblioteca llena de libros, más de los que podríamos leer en toda nuestra vida, y otros edificios, como un hospital y un centro de computadoras, cuya finalidad no acabamos de entender.

—Imagínate, encontrar un lugar así en Escocia —dijo Jennifer, maravillada, mirando los altos y uniformes edificios—. En América, bueno. ¡Pero una ciudad así en Escocia!

—No veo por qué no en Escocia —

dijo Robert, aunque sabía muy bien lo que Jennifer quería decir. Estaba construida toda de una vez. Las ciudades que él conocía habían crecido con el paso de los siglos y las calles principales no eran suficientemente amplias como para que los coches circularan por ellas.

—Es un alivio encontrar algo aquí que no sea ese interminable bosque — dijo Jennifer—. ¿Podemos bajar a verla?

—Sí —contestó Kartan—. Así podré explicaros muchas cosas.

En el acantilado había excavados unos escalones desiguales, por los que

bajaron fácilmente hasta la ciudad. Mientras pasaban junto a los altos edificios, Robert y Jennifer no podían dejar de sentirse invasores y solo se atrevían a hablar en voz baja.

—Podemos entrar —dijo Kartan, conduciéndolos a través de un arco alto y abovedado a un edificio con aspecto de oficina. Robert y Jennifer se sintieron un poco desilusionados. Las alfombras y el mobiliario estaban cubiertos de moho y medio podridos, y los insectos de aquel clima cálido y húmedo se habían encargado de devorarlos.

Sin embargo, las cabinas metálicas y las máquinas se conservaban intactas. El

edificio habría sido mucho más interesante si hubieran funcionado las escaleras mecánicas y el sistema de computadoras; pero cuando dejó de funcionar el último generador, murió todo el edificio, todos sus secretos, tras aquellos grandes paneles de metal, llenos de botones e interruptores. Como un símbolo, un robot, tan exánime como el edificio, hacía guardia junto a la puerta de entrada.

—Me apuesto algo a que, cuando esto funcionaba, le hacían preguntas y él las contestaba —dijo Jennifer fascinada ante la idea—. Debía de ser una especie de portero mecánico.

Por primera vez desde que empezó la aventura, había dejado de preocuparse por dónde estaba o por cómo iba a volver a casa. En aquel momento todo lo que veía le interesaba enormemente.

—¿Puede indicarme dónde está la oficina de la señora Smith? —le preguntó al robot mientras hacía una burlona reverencia.

—La primera puerta a la izquierda —contestó una voz lúgubre.

Jennifer abrió la boca sorprendida, y fue entonces cuando Robert, riéndose, salió de detrás del robot.

—¡Qué gracioso! —dijo Jennifer,

rompiendo a reír a su vez.

Después, Kartan los llevó a la biblioteca. Allí les dijo que aquella era la parte de la población que los suyos preferían, y que se habían llevado muchos libros a Kelso, su ciudad, para estudiarlos detenidamente.

En Locharden no había biblioteca, pero Robert había visto una en Baldry y se había quedado impresionado ante la visión de tantos libros; incluso la habitación olía a ellos. Pero, a pesar de todo, no podía ni compararse con el elevado número de volúmenes que había allí. El edificio era alto y estrecho, y Robert se sintió como si estuviera

encerrado en una torre cuyas paredes estuvieran hechas de libros. Por encima de su cabeza todo eran estanterías metálicas, y los pasillos y galerías, situados a distintos niveles, estaban unidos por escaleras también metálicas.

Jennifer, quizá porque ya conocía otras bibliotecas, estaba menos impresionada que Robert y deambulaba de un lado para otro sacando libros y volviéndolos a colocar en su sitio. Luego abrió el enorme cajón de una cabina metálica situada en el centro de la habitación.

—¡Eh! ¡Mirad esto! He encontrado varios periódicos, y todas las noticias

que traen son cotilleos del futuro.

—¿Cuentan lo que le sucederá a cada uno? —preguntó Robert con voz tímida.

—No son noticias de ese tipo —respondió alegremente Jennifer—. ¡Escuchad esto! Billy Johnson, de dieciocho meses, ganó la medalla de oro en el campeonato de natación infantil de Norsesea. Luego se la tragó y tuvo que ser ingresado en el hospital. ¡Tanto la medalla como el niño lograron sobrevivir a la penosa experiencia!

—Tiene que haber algo más importante que eso —dijo Robert disgustado.

—¿Los resultados de fútbol, por ejemplo? Los Rangers ganaron a los Celtics el sábado —dijo Jennifer con ingenio.

Los Rangers y los Celtics formaban parte de la vida de Robert, que se interesó inmediatamente por la noticia.

—¿De qué fecha es el periódico? —preguntó excitado—. ¡Podemos averiguar los resultados de fútbol de todas las jornadas del próximo invierno y ganar una fortuna con las quinielas!

—¡Es del quince de marzo del dos mil diez! ¿Quieres esperar a los cuarenta años para ganar una fortuna?

—No puedo esperar tanto tiempo —

dijo Robert—. A ver si encuentras algo más cercano a nuestra época.

—Aquí no encuentro nada —dijo Jennifer rebuscando entre el montón de periódicos.

—¿Qué es lo que queréis saber? —preguntó Kartan, que había estado escuchando toda la conversación con expresión perpleja—. Hay muchas cosas en estos libros y periódicos que no podemos comprender.

—Queremos periódicos más antiguos —dijo Jennifer sacando otro cajón.

Contenía mapas y atlas, pero Kartan dijo que ya no servían porque

representaban la Tierra tal y como era antes de las inundaciones.

—Pero podéis enseñarme dónde vivís vosotros —dijo, sacando un atlas del cajón.

Se arremolinaron a su alrededor, pasando las hojas rápidamente, hasta que encontraron un mapa de Escocia. Pero Locharden era demasiado pequeño y no venía señalado en él.

—Os enseñaré el sitio de donde Savotar cree que procedemos —dijo Kartan examinando un mapa de la India—. No estamos completamente seguros, porque parte de nuestra historia se perdió en la época de las inundaciones,

pero creemos que nuestro pueblo viene de un valle que hay entre estas montañas, en el norte de la India.

—¿Por qué hablas inglés y no indostaní o cualquier otra lengua? —preguntó Jennifer.

—Me parece que mi pueblo hablaba inglés incluso en nuestro país natal —dijo Kartan con lentitud—. Después, cuando llegamos a las tierras del norte, encontramos a algunos de los nuestros que, también lo hablaban. Pero pregúntaselo a Savotar. Él conoce mejor que yo nuestra historia.

—¿Qué sucedió con la gente que ya estaba aquí? —preguntó Robert.

—Se unieron a nosotros. Siempre estamos dispuestos a que la gente se nos una. Necesitamos mucha gente para que nuestra sociedad sea posible.

—En nuestros días tenemos el problema contrario —dijo Robert—. Hay demasiada gente, especialmente en lugares como la India.

Jennifer reanudó la búsqueda entre los periódicos, pero Robert quería ir a ver otro edificio. Tenía la incómoda sensación de que estaba desaprovechando la oportunidad de conocer el futuro, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que el saber demasiado podría llegar a ser una carga.

Kartan quería que vieran el hospital. El tamaño y la complejidad del lugar habían impresionado enormemente a los suyos.

—Había muchas enfermedades y epidemias —dijo Kartan moviendo la cabeza, mientras echaba un vistazo a la amplia sala llena de camas oxidadas—. Dicen que aquí recluían a los que caían enfermos, lejos de los demás.

—Te equivocas en lo de las epidemias —dijo Jennifer—. Eso fue antes de nuestra época.

—¿Qué hacéis cuando os ponéis enfermos? —preguntó Robert.

—Nosotros no nos ponemos

enfermos —contestó Kartan—. Savotar dice que había más tensión en vuestros días y que la gente no estaba demasiado bien alimentada.

—Te refieres al hambre y las inundaciones que vinieron después.

—Savotar dice que, después de las inundaciones, hubo bastantes enfermedades durante mucho tiempo, causadas por la deficiente alimentación y las preocupaciones. Él habla de cáncer, enfermedades del corazón sarampión.

—Yo he tenido el sarampión —dijo Jennifer—. No es tan grave, aunque yo lo pasé el día de mi cumpleaños y no

pude celebrarlo. Pero la culpa la tuvieron los gérmenes o los virus, no la ansiedad ni las preocupaciones.

—A lo mejor con la extinción de los elefantes y otros animales parecidos han desaparecido también los gérmenes. Yo nunca he oído decir que alguien de nuestro pueblo haya tenido el sarampión.

Volvieron a deambular por el exterior, porque en el hospital no había realmente nada que ver, y se detuvieron delante de una iglesia. Era un edificio impresionante, con una torre en un extremo, que hizo pensar a Robert en un enorme barco surcando las olas. Algunas de sus vidrieras permanecían

intactas, por lo que, cuando penetraron en el interior, se vieron envueltos en una luz dorada y purpúrea. El tejado parecía flotar sobre los muros, y en la fachada principal destacaba una enorme escultura.

Kartan estaba muy satisfecho de que se hubiera quedado tan impresionado, porque a él también le gustaba mucho la iglesia. La mayoría de los suyos no admiraba demasiado a la gente de la edad de la tecnología; pero, la primera vez que vieron aquella iglesia, empezaron a pensar que algunas de las cosas producidas por la tecnología nunca podrían repetirse.

—Parece un cuadro —comentó Robert mirando detenidamente los muros y el techo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jennifer.

—Yo lo entiendo —dijo Kartan con suavidad—. A mí también me produce esa impresión.

Robert le miró, y entre ellos se estableció una oleada de simpatía y comprensión.

—Podemos subir al campanario para ver desde allí toda la ciudad —propuso Kartan, conduciéndolos hasta una puertecita que había en el extremo opuesto del edificio. La abrió y subieron

por un largo y tortuoso tramo de escaleras de piedra que terminaba en una pequeña plataforma, justo debajo de la campana.

—Algo brillante, enganchado en una rendija entre dos baldosas, atrajo la atención de Jennifer. Con mucho cuidado, consiguió sacar una delgada cadena. Una vez fuera de la grieta, vio que tenía colgada una cruz grande y plana.

—Parece oro —dijo Robert cogiéndola para examinarla—. Podría valer una fortuna.

—Si quieres, puedes quedarte con ella —dijo Kartan despreocupadamente.

—No es tuya, no puedes regalársela a nadie —puntualizó Robert—. Y si de verdad es de oro, vale un dineral.

—Ya no vale nada —dijo Kartan encogiéndose de hombros—. Cógela si tiene algún valor para ti.

Jennifer se la colgó del cuello y miró dubitativamente a Robert y Kartan.

—¡No puedes quedarte con ella! —dijo Robert con severidad.

—Bueno, no voy a tirarla otra vez —dijo Jennifer—. No la quiere nadie. Además, ellos se llevan cosas de aquí cada vez que quieren. Tú mismo le has oído decir a Kartan que se llevan los libros de la biblioteca.

Kartan intentó centrar el interés de los chicos en el paisaje que se veía desde la torre, pero estaban demasiado preocupados por la cadena para dedicarle algo más de una mirada casual. De no ser así, hubieran podido ver una corpulenta figura cruzando el atrio de la iglesia. Volvieron a bajar por la escalera y, cuando llegaron abajo, se detuvieron bruscamente con los ojos dilatados por el terror, porque allí, llenando por completo el umbral de la pequeña puerta, estaba uno de los bárbaros. El mismo gigante barbudo que los había perseguido por el bosque dos días antes.

Estaban atrapados.

El hombre estaba tan sorprendido como ellos mismos. Dijo algo con su voz ronca, casi gutural, y luego salió por la puerta y la cerró de un portazo. Jennifer, Robert y Kartan oyeron el siniestro chirrido del cerrojo al deslizarse dentro de la cerradura.

SE hacinaron en la pequeña habitación, oyendo cómo se desvanecía el eco de las pisadas del hombre a medida que se iba alejando de la iglesia.

—¿Para qué nos ha encerrado aquí? —murmuró Jennifer—. ¿Qué va a hacer luego?

—No lo sé —dijo Kartan. Tenía la cara pálida, y en ella relucían los ojos muy abiertos—. Quizá nos deje aquí hasta que esté preparado para viajar hacia el norte, aunque lo más probable es que haya ido a avisar a sus

compañeros.

Robert golpeó la puerta, aunque sabía que era inútil.

—Deberíamos habernos quedado en el círculo de piedras —dijo Jennifer, enfadada—. Si nos iba a terminar capturando, podía haberlo hecho allí. Por lo menos, desde el círculo teníamos alguna posibilidad de volver a casa. Y a ti ni siquiera te importa.

—Sí me importa —protestó Robert—. Lo que pasa es que creí que podíamos ponernos en contacto con Vianah.

—¡Vianah! —dijo Jennifer con desdén—. Pones tu esperanza en alguien

a quien no has visto nunca.

Como siempre que Jennifer y Robert discutían, Kartan los miraba perplejo y preocupado. Su mirada hizo que Jennifer se diera cuenta de lo cortante del tono de su voz. Pero eso, en vez de calmarla, solo sirvió para que se enfadara más.

—Tú nos metiste en este lío al dejarte atrapar el primero —le dijo a Robert con rencor—. Nos podíamos haber quedado en el bosque cerca del círculo. Luego, nos hubiéramos marchado a casa sin vernos envueltos en este embrollo.

—Pero yo salvé a Savotar y a los suyos cuando fui nadando hasta los

botes. Los ayudé a salir de la cueva.

—¿Y de qué nos sirve ahora, que nos han vuelto a atrapar?

—Ellos están libres —dijo Robert.

—Y nosotros terminaremos siendo mártires de una causa que está a doscientos años de nuestros días —dijo Jennifer con sarcasmo.

—Hay una forma de salir de aquí, por el tejado —interrumpió Kartan con voz tranquila—. Aetherix y yo salimos por allí una vez que estuvimos jugando por aquí con los demás niños.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Jennifer.

—No es fácil —les anunció Kartan

— Los bárbaros pueden vernos.

—Cualquier cosa es mejor que esperar —dijo Robert.

Siguieron a Kartan escaleras abajo, prestando esta vez mucha más atención al panorama. El campanario sobresalía unos tres metros por encima de la iglesia. Desde allí inspeccionaron detenidamente la ciudad que tenían a sus pies, pero no se movía nada.

—¿Lo ves por algún lado? —preguntó Kartan.

Robert negó con la cabeza.

—Pero a lo mejor él sí puede vernos a nosotros.

—Nos arriesgaremos —dijo Kartan

—. Vamos a bajar hasta el tejado y luego lo cruzaremos. En el otro lado hay un camino para bajar que no es demasiado difícil.

Robert miró el pronunciado desnivel que había hasta el inclinado tejado del edificio principal. Sintió un escalofrío y cerró los ojos. Los demás, que tenían dos piernas con las que sostenerse, no tendrían ninguna dificultad para bajar hasta allí, pero él sabía que no podría hacerlo.

Jennifer, que había estado observándole, le dijo con suavidad:

—Siento mucho lo que te dije antes. Siempre que estoy asustada suelo

ponerme furiosa. Si vieras cómo me pongo en casa cuando estoy preocupada por un examen o por cualquier otra cosa... Mamá dice...

—No puedo —dijo Robert tajantemente—. Sigue tú con Kartan.

—Íbamos a permanecer juntos esta vez, ¿te acuerdas?

Kartan había trepado a un estrecho alféizar que había entre los dos pilares que sostenían el tejado del campanario. Se descolgó por el otro lado y se dejó caer con agilidad sobre el combado tejado.

—Ahora te toca a ti —le dijo Jennifer a Robert.

Se quedó inmóvil, mordiéndose los labios y mirando a Kartan, que les hacía señas desde abajo.

—Baja tú —le dijo a Jennifer.

—¡No! ¡Si tú no bajas, no!

Quizá nunca hubiera saltado en otras circunstancias, pero los ruidos que venían del hueco de la escalera le produjeron un terror todavía mayor. Una puerta se cerró de golpe. Se oyeron pasos en la escalera. Jennifer le ayudó a subir al muro, al que se quedó pegado durante un segundo. Luego se dejó caer, raspándose las rodillas al deslizarse. Finalmente, aterrizó como pudo junto a Kartan. Jennifer cayó casi encima de él.

—Vámonos —dijo Kartan, y cogió a Robert por una manga. Atravesaron a gatas el tejado y se descolgaron hasta otro más bajo, que daba justo encima de la entrada de la iglesia. Desde allí saltaron al suelo. A Robert le dolía todo el cuerpo. Lo único que quería era descansar. Pero no podía ser. Volvían a estar envueltos en un horrible juego del escondite, esta vez entre los fantasmales edificios de una ciudad desierta. Desde la torre, un grito les anunció que alguien los había visto mientras cruzaban el espacio libre que había entre la iglesia y la biblioteca. Cuando entraron agazapados en el edificio, se

encontraron frente a frente con otro hombre barbudo que, sorprendido por su súbita aparición, no reaccionó a tiempo para perseguirlos.

Desde la biblioteca bajaron corriendo por una amplia calle. Finalmente se refugiaron en una casita que daba al mar. Era la primera casa de Norsea en la que Jennifer y Robert entraban, y, si no hubieran estado tan asustados, habría despertado su interés. Aun así, Jennifer se dedicó a explorar. El cuarto de estar tenía una zona para reunirse. En el centro de la casa había un estanque o una bañera. Nunca supo muy bien qué. La cocina parecía un

laboratorio. Más tarde le comentó a Robert que también podía ser un laboratorio parecido a una cocina. Robert se apoyó en una pared y miró a través de la ventana sin cristales, mientras Kartan se paseaba por toda la casa, presa de un gran nerviosismo.

—¿Eso es el mar o el río? —le preguntó Robert a Kartan una vez que se hubo recobrado lo suficiente como para darse cuenta de lo que le rodeaba—. Al otro lado hay tierra.

—Es el mar. Separa nuestra isla de las tierras de más al norte. En vuestra época todo estaba unido, pero cuando subió el nivel del agua se dividió en

varias islas.

—¿Y Kelso está al otro lado?

Kartan asintió con la cabeza.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí?

—¿Ves ese banco de arena que tenemos debajo? Cuando la marea baja, como ahora, la mayor parte de la arena queda al descubierto. Podemos vadear por allí.

—Entonces, ¿este es El Lugar de Paso del que habló Savotar? —preguntó Jennifer volviéndose a reunir con ellos.

—Sí —dijo Kartan—. Me temo que Savotar y los demás pronto estarán aquí y serán hechos prisioneros por esos hombres. Probablemente, eso es lo que

están esperando.

—Van a caer en una trampa —dijo Robert.

Kartan miró hacia el agua, tamborileando con los dedos en el alféizar de la ventana. Luego se volvió hacia Robert con expresión tensa.

—Una vez salvaste a mi pueblo nadando hasta los botes. Quizá ahora pueda yo hacer algo, pero tengo que pedirlos que aceptéis un gran riesgo.

—¿El de ser atrapados por los bárbaros? —preguntó Jennifer con nerviosismo.

—El riesgo de ahogaros —contestó Kartan mirándolos con ansiedad.

—¡Todo saldrá bien! —le dijo Jennifer a Robert, intentando animarle.

—Nunca he cruzado yo solo por aquí —continuó Kartan—. Pero creo que conozco el secreto: el árbol y la piedra blanca tienen que estar en la misma línea. Aetherix y yo pensábamos cruzar solos algún día, para ver si estábamos en lo cierto —se detuvo, volviendo a mirar la extensión de agua—. Si estoy equivocado, podemos hundirnos y la marea nos atrapará al subir.

—No creo que sea peor que ser atrapados por los bárbaros —dijo Jennifer con un estremecimiento.

—¿Y tú, Robert?

—Iré.

—Entonces, es hora de partir.

Bajaremos directamente de aquí a la playa, atravesando el pantano salobre en el que florecen los copos de algodón. Cuando lleguemos al agua, tenéis que seguir detrás de mí y pisad solo donde yo pise. La arena es muy blanda en esta parte y las corrientes son peligrosas en este punto en que el océano del este se une con el del oeste. ¡Y no miréis nunca hacia atrás!

Kartan saltó por la ventana con agilidad y corrió hacia la playa, sin intentar esconderse. A su espalda, en

algún sitio, se oyeron voces. Los bárbaros los habían visto.

«Podía haberse ocultado tras ese muro que se adentra en el mar», pensó Robert enfadado, «en vez de invitar a los bárbaros a seguirnos».

¿De qué servía escapar de Norsea, para ser atrapados al otro lado del agua, en los bosques? Robert sabía que no podría resistir mucho más corriendo.

Habían llegado a la orilla del agua. Aunque no conocía aquella zona, Robert se dio cuenta de que la marea estaba subiendo rápidamente, levantando partículas de arena seca y fragmentos de algas que flotaban entre la espuma de las

olas.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Kartan con voz ronca y angustiada—. Seguid detrás de mí, pisad solo donde yo pise. Y recordad: ¡no miréis hacia atrás!

Robert se aferró a las palabras de Kartan como a un talismán y le siguió confiadamente. El agua pronto le llegó a las rodillas y luego a los muslos. Intentaba ignorar las voces de los hombres que los perseguían sin desanimarse. Notaba que la arena se hundía bajo sus pies y sentía la fuerza de la corriente al arremolinarsse el agua. Ahora el agua era más profunda. Delante

de él, Kartan vacilaba, como si estuviera comprobando con el pie la firmeza de la arena. Después de un momento de duda, siguió hacia adelante.

El agua les llegaba casi a la cintura. La corriente era más fuerte, arrastraba la arena que tenían bajo los pies. Jennifer, siempre agarrada a la chaqueta de Robert, sofocó un grito. Pero Robert no se volvió.

Poco a poco, la arena bajo sus pies se fue haciendo más firme. El agua volvió a ser menos profunda. Kartan empezó a correr chapoteando. Robert tropezó y se arrastró hasta la playa, donde descansó durante unos minutos

para recobrar el aliento. Podía oír los gritos de sus perseguidores cada vez más cerca, pero apenas tenía fuerzas para preocuparse. Finalmente se volvió y, al ver a los hombres que estaban en el agua, se levantó con dificultad.

Los hombres seguían gritando, pero sus gritos no eran de cólera ni de triunfo, sino de miedo. Se habían metido en el agua persiguiéndolos sin conocer la estrecha línea que, en aquellas aguas, separaba la seguridad del desastre. Estaban atrapados en la arena. Cuanto más luchaban por salvarse, más se hundían sus pies en aquella peligrosa zona.

La marea seguía subiendo y cinco de los seis hombres estaban atrapados sin remisión posible. El único hombre que había conseguido librarse, era arrastrado por la corriente, que lo llevaba cada vez más hacia el este. A Robert le pareció reconocer al hombre barbudo que los había capturado dos veces, pero estaba demasiado lejos para poder estar seguro.

Kartan permanecía de pie en la arena, con la cara contraída por el dolor, viendo cómo los hombres luchaban para no ahogarse. Corrió hacia la orilla y les gritó:

—¡Alinead el árbol y la piedra

blanca! ¡El árbol y la piedra! ¡Hacia el este!

Pero los hombres no podían comprender unas palabras que, de todas formas, llegaban demasiado tarde.

—Ahora sé lo que Savotar quiere decir cuando habla de que no podemos responder con violencia a la violencia —dijo Kartan con voz angustiada—. Ya nunca tendré paz.

—No ha sido culpa tuya —dijo Jennifer—. No debían habernos seguido.

Pero sabían que Kartan había actuado en contra de las creencias de su pueblo por intentar salvarlos.

Robert estaba demasiado fatigado

para pensar en algo que pudiera servirle de consuelo. Kartan, encantado de tener algo material que hacer, empezó a preparar un refugio bajo las ramas de un sauce.

Una vez que hubo terminado, Robert se hizo un ovillo en la cama de hojas y musgo y se quedó profundamente dormido. A la mañana siguiente, entumecido y dolorido, aunque bastante más descansado, pudo continuar el viaje con los demás.

POR la mañana siguieron un camino bien trazado en el bosque. Sentían el suelo empapado bajo sus pies, porque había llovido durante la noche. Las hojas de los árboles brillaban al sol, cubiertas por gotitas de agua.

Kartan caminaba en silencio, aparentemente preocupado por lo que les había pasado a los bárbaros en El Lugar de Paso el día anterior. Finalmente, respondiendo a una pregunta de Robert, dijo:

—Pronto llegaremos a Kelso.

Espero que Panchros y Alloperla estén ya allí, fuera del alcance de los bárbaros.

—¿Son tus padres?

—Son mis Elegidos.

—¿Qué es eso?

—En nuestro noveno año tomamos parte en la Ceremonia de la Elección. En ese momento decidimos quiénes son nuestros Elegidos, quiénes van a ser desde entonces no solo un padre y una madre, sino también unos maestros. Ya no vamos a la Casa de Aprender, sino que aprendemos de ellos.

—¿También elegís hermanos y hermanas? —preguntó Robert—.

Hablaste de Aetherix como tu Hermano Elegido.

—Elegí a Panchros y Alloperla porque son grandes artistas y a mí me gusta mucho la pintura. Aetherix, que tenía trece años, ya los había elegido cuatro años antes, así que se convirtió en mi Hermano Elegido.

—Y antes de tener nueve años, ¿quién cuidaba de ti?

—Los más pequeños, desde que nacen hasta que tienen tres o cuatro años, viven todos juntos en la Casa de los Niños.

—¿Sus padres también viven allí?
—preguntó Jennifer.

Kartan negó con la cabeza:

—La gente que opta por estar con los niños vive allí, pero otros van solo a ayudar. Algunas veces yo voy a la Casa de los Niños para jugar con los más pequeños.

—Pero ¿dónde están sus padres?

—Los niños nos pertenecen a todos —dijo Kartan con mirada asombrada.

—Pero ¿las madres no quieren tener a sus hijos con ellas?

—Muchas madres, cuando acaban de tener un hijo, trabajan en la Casa de los Niños, pero un niño no es algo que pertenezca a alguien. Un recién nacido es un regalo para todos nosotros.

Jennifer no estaba muy segura de estar de acuerdo con aquella filosofía. Después de unos minutos de silencio preguntó:

—¿Qué pasa cuando salen de la Casa de los Niños?

—Ya son suficientemente mayores para vivir en la ciudad y van pasando por turno por todas las casas durante varios meses. Aprenden a leer y escribir, a cantar o a sembrar en la Casa de Aprender. Trabajan en los jardines, en los hornos de secado, en la lavandería o en el canal de pesca.

—El canal de pesca, ¿qué es eso?

—Abajo, junto al río, hemos hecho

unos canales en los que criamos peces. Es más fácil pescarlos allí, en el agua tranquila y remansada. Los niños pequeños disfrutaban pescando con redes donde hay poca superficie. Era mi tarea favorita.

—¿Ya no pescas? —preguntó Jennifer.

—A veces —contestó Kartan—. Pero prefiero dedicar el tiempo a estudiar pintura con mis Elegidos. Tengo mucho que aprender.

—Vaya, parece el Movimiento de Liberación del Niño. ¡Elige tus propios padres! Aunque yo creo que elegiría a los míos. ¿Y tú, Robert?

Robert vaciló, pensando en todas las veces que él y su padre habían discutido por el trabajo que tenía que hacer en la granja, o por su interés por la pintura. Ni siquiera su propia madre entendía que *necesitaba* dibujar. Si le hubieran permitido escoger... Pero le pareció muy poco leal pensar en ello, especialmente estando allí, sin saber cómo iba a volver a casa.

—¿Escogen los niños alguna vez como Elegidos a sus propios padres? — preguntó Robert, sin responder la pregunta de Jennifer.

—Supongo que sí —contestó lentamente Kartan, como si nunca se

hubiera parado a pensar en ello. Pero, bien mirado, no había ninguna diferencia —. Mirad, bueno, para nosotros es más importante compartir que poseer.

—¿Les pagan a los Elegidos por cuidar a los niños? —preguntó Jennifer.

—¿Pagarles?

—Sí, pagarles.

—¿Con dinero? ¿Como en vuestra época? En nuestra sociedad no tenemos dinero —dijo Kartan.

—A mí todo esto no me parece práctico —dijo Jennifer moviendo la cabeza.

—Muy pronto podrás juzgar por ti misma —comentó Kartan sonriendo—.

Ya casi hemos llegado.

Unos minutos después desembocaron en un extenso claro junto al río.

Aunque Kartan no había dicho nada que les hiciera pensar que Kelso les recordaría a Norsesea, y de hecho les había comentado muchas veces que la Edad de la Tecnología había acabado para siempre, ambos esperaban que Kelso fuera enorme e impresionante, con torres brillantes y estructuras de piedra que se elevaran sobre el bosque, como queriendo demostrar la supremacía del hombre sobre la naturaleza. En vez de eso, Kelso no era más que un conjunto de pequeñas casitas, poco más

elaboradas que la cabaña en que había vivido el abuelo de Robert, apiñadas en una estrecha llanura junto al río. Alrededor de ellas había prados y jardines, y detrás, árboles frutales que se confundían con el bosque, que estaba siempre presente, rodeando las casas.

Robert notó enseguida que un aura de paz envolvía aquel lugar. Los bárbaros no habían descubierto la ciudad. Hombres, mujeres y niños trabajaban en los jardines; en las puertas de las casas, la gente tomaba el sol; los niños jugaban con la tierra.

—Lo primero que haremos será ir a ver a Panchros y Alloperla para

asegurarnos de que han vuelto sanos y salvos de su viaje —dijo Kartan conduciendolos hacia allí.

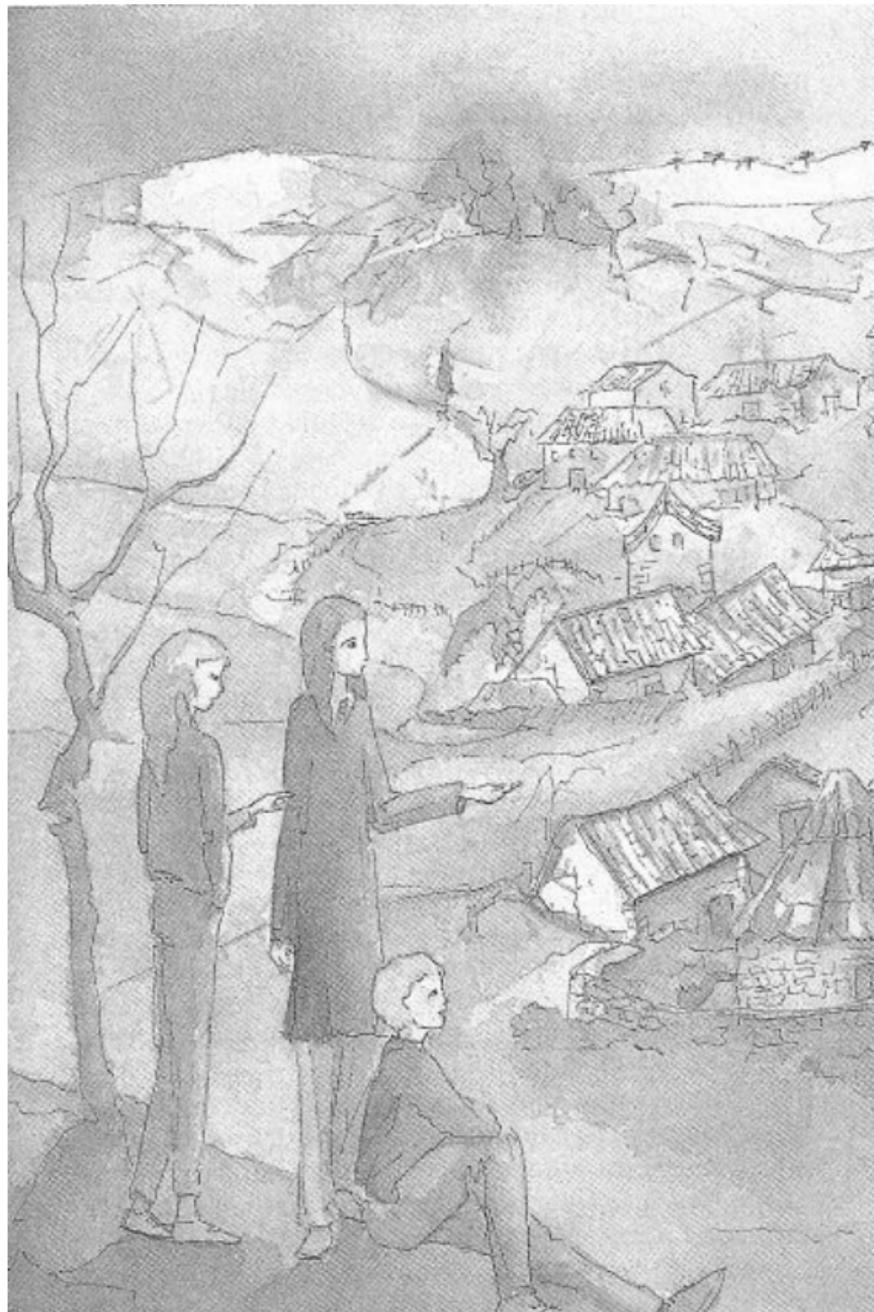
De todas partes salía gente que se acercaba a Kartan, saludándole alegremente con gritos y abrazos, y sonriendo con timidez a los dos extraños.

Robert se dio cuenta del aspecto tan desaliñado que tenían al lado de aquella gente bien peinada y ataviada, la mayoría con túnicas brillantes y bordadas, como la de Kartan. La ropa que llevaban él y Jennifer era completamente inadecuada, gruesa, arrugada y llena de manchas. Cuando

vio a Jennifer llevarse las manos a la cabeza en un vano intento de alisarse el alborotado cabello, comprendió que a ella le pasaba lo mismo.

—Mis Elegidos viven al otro lado de la ciudad, junto al huerto de los melocotones —dijo Kartan reanudando el camino.

Enseguida reunieron a su alrededor a toda la chiquillería, que los siguió francamente intrigada e, incluso, un poco asustada ante la presencia de aquellos dos extraños. Eran las primeras personas que no pertenecían a su comunidad que veían los pequeños.



Una niña, un poco más alta que el resto, se adelantó y se acercó a Jennifer. Cogiéndola de la mano y sonriendo, dijo:

—Me gusta el color de tu pelo.

Jennifer le devolvió la sonrisa. Era la misma observación que habían hecho los niños escoceses cuando, recién llegada a la escuela de Locharden, quisieron hacerse amigos suyos. En Kelso todavía eran más lógicos los comentarios sobre el pelo de Jennifer, porque todos los niños lo tenían liso y oscuro.

—Es una lata, porque se me enreda mucho —dijo Jennifer—. Me gusta el

bordado de tu falda.

—No está muy bien —dijo la niña poniéndose colorada—. Lo he hecho yo misma.

Mirando de cerca la falda, vio que las puntadas eran muy desiguales y que en algunas partes estaba descosida, pero era vistosa y alegre.

—Yo no sabría hacer nada tan bonito. Cuando coso se me hacen nudos en el hilo o se me rompe y no puedo volver a enhebrar la aguja.

—¡A mí también me pasa! —sonrió la niña.

—Yo soy Jennifer. ¿Cómo te llamas?

—Lara Avara.

—¡Lara Avara! Qué nombre tan bonito. Kartan nos ha hablado de ti.

Para entonces ya se podía ver la casa de Panchros y Alloperla. Era una casita de piedra con el techo de hojas, a la que daban sombra las ramas de un melocotonero, inclinadas bajo el peso de la fruta dorada. La puerta y las ventanas estaban profusamente labradas con enredaderas retorcidas, y la puerta estaba pintada de azul.

—Parece un cuento de hadas — murmuró Jennifer.

—¡Alloperla! ¡Panchros! ¡Ya estoy en casa! —gritó Kartan mientras entraba corriendo. Jennifer, Robert y Lara Avara

le siguieron, pero los más pequeños treparon por el melocotonero para dar buena cuenta de la fruta. Las palabras de Kartan evocaron en Robert y Jennifer los gritos de los niños a la vuelta de la escuela, de nuevo en su propia época.

—¡Mamá! ¡Papá! Ya estoy en casa.

Alloperla estaba pintando, sentada delante de un caballete. Tenía la piel más oscura que el resto, era alta, delgada y angulosa, y llevaba el cabello negro recogido, dejando al descubierto su largo y esbelto cuello. Al oír la voz de Kartan dejó los pinceles y corrió a abrazarle.

—¡Kartan! ¡Kartan! ¡Estás bien! —

dijo alegremente, con los ojos llenos de lágrimas—. Estaba muy preocupada, pero ya estás aquí fuera de peligro —se detuvo y, poniéndole las manos encima de los hombros, le sonrió como si todavía no acabara de creerse que había vuelto.

Robert echó una ojeada a la habitación y tuvo la sensación de estar en el centro de un calidoscopio. Todas las paredes estaban cubiertas de cuadros, cuadros que se amontonaban también en las sillas. Incluso Alloverla parecía pertenecer a aquel batiburrillo de colores porque, aunque llevaba la acostumbrada ropa gris, tenía tantas

manchas de pintura que parecía distinta.

—¿Quiénes son estos niños, Kartan?
—preguntó cuando finalmente consiguió apartar sus ojos de él.

—Robert y Jennifer —contestó Kartan—. Me los encontré en el Círculo del Tiempo y los he traído para que conozcan a Vianah.

—¿No son hijos de los bárbaros? —preguntó con ansiedad.

—¡Claro que no! —contestó Kartan—. Si lo fueran no los habría traído hasta aquí. Son como Ollie e Ian, los niños de los que tanto habla Vianah.

—¡Niños de otra época! —dijo Alloperla examinándolos con curiosidad

—. ¡Me gustaría mucho pintarlos!

—¡No os preocupéis! —dijo Kartan dirigiéndose a Robert y Jennifer con una sonrisa—. Alloperla se pasa la vida pintando a la gente. Venid y mirad.

El lienzo sobre el que Alloperla pintaba estaba vuelto y no podían verlo. Cuando Kartan les invitó a mirarlo, Alloperla hizo un ligero movimiento, como si quisiera detenerlos. Luego se encogió de hombros y giró el caballete, sin dejar de mirar a Kartan con ansiedad.

Era completamente distinto a los demás cuadros de la habitación. Resultaba duro y cruel y su efecto era de

lo más terrible, dada la serenidad de Alloperla. Representaba a unos hombres de mirada salvaje que, armados con palos, golpeaban a un muchacho pequeño y asustado, que se cubría la cabeza con las manos, blancas como estrellas de mar, intentando defenderse de los golpes.

—¿Es... Aetherix? —preguntó Robert.

Alloperla asintió con la cabeza.

—¿Por qué lo has pintado así? —sollozó Kartan—. Es tan... tan real.

—Es real —dijo Alloperla con dureza—. No podemos huir y ocultarnos siempre de los bárbaros y de lo que

representan. Pase lo que pase, el mal y la crueldad nos cambiarán, aunque no nos enfrentemos a ellos.

—¿Quieres decir que deberíamos pelear con ellos, como hizo Aetherix?

—No, Kartan —respondió Alloperla tajantemente—. Lo que Aetherix hizo también estuvo mal. Has leído bastante historia como para saber que a la violencia no se le puede responder con violencia. Nunca se ha resuelto así ningún problema.

—Imagínate..., imagínate que ellos estuvieran en dificultades y tú no los ayudarás. Eso también es violencia, ¿no? —preguntó Kartan casi como si le

estuvieran arrancando a la fuerza las palabras.

—¿A qué tipo de dificultades te refieres? —preguntó Alloperla, dándose cuenta de que no era una pregunta sin fundamento.

Kartan se dejó caer pesadamente en una silla cerca del caballete y se quedó mirando al lienzo durante un buen rato. Luego, en voz muy baja, le contó a Alloperla cómo los bárbaros los habían perseguido hasta El Lugar de Paso y habían sido atrapados por la marea.

—¿Sabías que te perseguirían? —dijo Alloperla acusadoramente—. ¿Sabías lo que iba a pasar?

Kartan, apenado, afirmó con la cabeza.

—Quería que Savotar y los demás estuvieran seguros cuando llegaran a Norsea. Y vosotros aquí, en Kelso, también. No había otra forma de conseguirlo.

—Es exactamente lo que yo he dicho —comentó Alloperla con amargura—. Su crueldad nos hace cambiar. Pero no debemos permitir que suceda eso. Tenemos que demostrar que las fuerzas en que creemos: el amor, la confianza y la colaboración, son más poderosas que su desconfianza y su codicia. Pero ¿quién soy yo para decir esto? Desde

que murió Aetherix mi corazón está helado. Es mejor que hables con Savotar.

Tanto Robert como Jennifer se sentían incómodos ante una conversación que les parecía demasiado personal y fingían no escuchar, mirando los cuadros colgados de las paredes. Pero Lara Avara se acercó a Alloperla y le cogió una mano entre las suyas, intentando consolarla.

El cuadro que Robert tenía delante era pequeño y representaba el dibujo de unas formas verticales, vistas a través de un torbellino de niebla. Lo miró fijamente durante algún tiempo, antes de

ver el tenue perfil de dos figuras arrodilladas entre las formas grises. Respirando profundamente, se alejó un poco del cuadro para poder verlo mejor, y enseguida reconoció el lugar. Eran las piedras de Arden envueltas en la niebla y el páramo que se extendía hasta la falda de las montañas.

—¿Quién ha pintado esto? —estalló, olvidando que los demás estaban inmersos en su propia discusión.

—Fue Kartan el año pasado, cuando hicimos el viaje de verano —contestó Alloperla.

—¡Kartan! ¿Pero lo viste así de verdad, con el páramo en vez de

aquellos árboles oscuros?

—Solo en mi imaginación — contestó Kartan—. Si lo quieres, puedes quedarte con él —sin darle importancia, descolgó el cuadro de la pared y se lo dio a Robert, que lo miró, recordando sus arduos intentos de dibujar el círculo de piedras. Si por lo menos fuera capaz de plasmar sobre el papel lo que tenía en la cabeza...

—Tienes que dejarme que te haga un retrato para colgarlo en su lugar —dijo Alloperla sonriéndole—. Ahora que Kartan está en casa, quitaré el cuadro de Aetherix. ¿Te importaría quedarte aquí mientras te pinto?

—No me importa —dijo Robert, ilusionado. No había nada que deseara más que quedarse allí, rodeado de todas aquellas pinturas extrañas y maravillosas. Seguramente, alguien podría enseñarle a pintar como él quería.

—Tengo que volver con Vianah —dijo Lara Avara—. ¿Me llevo a Jennifer?

—Es una buena idea —dijo Alloperla—. Y tú, Kartan, tienes que saludar a Panchros.

—¿Dónde está?

—Está en la Casa de la Cocina, preparando la cena. Estoy segura de que

a estas horas ya le ha llegado la noticia de tu vuelta y estará organizando una fiesta en tu honor y en el de nuestros invitados.

—Pero ¿por qué está en la Casa de la Cocina? —preguntó Kartan, confuso—. No sabía que le interesara la cocina.

—No ha vuelto a coger un pincel desde que regresamos. Quizá ahora que tú has vuelto... Los bárbaros nos están cambiando. Incluso sin estar presentes se están llevando nuestras energías, nuestro talento —su voz se quebró.

—Pero guisar...

—También es un arte. Esta noche te darás cuenta de que Panchros tiene ese

don.

Kartan y Lara Avara cruzaron la puerta, pero Jennifer vaciló porque no quería ir a ver a Vianah sin Robert.

—¿Por qué no vienes con nosotras?
—le preguntó.

—Ahora no puedo —dijo Robert con impaciencia—. Alloperla me va a hacer un retrato.

—¡Pero vamos a ver a Vianah! Tenemos que preguntarle muchas cosas. ¿No querías preguntarle por los otros niños que estuvieron aquí? A lo mejor ella sabe algo de Duncan, o de cómo podemos volver a casa.

—Estoy muy bien aquí —dijo

Robert—. Quiero quedarme.

Robert hablaba con tanta convicción, que Jennifer se quedó un poco asustada. ¿Y si luego decidía quedarse para siempre?

—¿TE gustaría ver nuestros huertos mientras vamos hacia allí? —le preguntó Lara Avara a Jennifer.

—Bueno —contestó sin demasiado entusiasmo. La verdad es que los huertos no le interesaban lo más mínimo, pero no tenía ganas de conocer a Vianah. Por lo menos mientras no estuviera Robert.

Desde que había llegado a Escocia, cada vez que visitaba a alguien terminaba paseando por su huerto, oyéndole contar, con todo lujo de detalles, la historia de cada uno de los

arbustos. Jennifer, que apenas sabía distinguir un pensamiento de una petunia, lo encontraba muy aburrido; pero esta vez no pudo por menos de sentirse impresionada. La vegetación era tan frondosa y exuberante que le parecía que, si se detenía un momento, acabaría por crecer a su alrededor. Hileras de hermosas y grandes coles se abrían paso entre las tomateras, cuajadas de frutos rojos y maduros, y los sarmientos de los pepinos y las judías se enredaban por todas partes.

—¡No sabía que en Escocia se cultivaran tomates! —dijo Jennifer—. ¡Coles, sí! En el colegio nos ponen a

veces para comer unas horribles coles hervidas. Pero creía que hacía demasiado frío para los tomates.

—Aquí siempre hace calor y las verduras crecen muy deprisa en los largos días de verano.

Jennifer, que llevaba puesta una chaqueta, ya se había dado cuenta de que hacía calor, pero fue en el huerto cuando de verdad notó lo mucho que el clima había cambiado.

—Todos estos bosques... —dijo pensativamente—. Seguro que cuando empezó a hacer más calor aparecieron nuevos tipos de plantas y árboles. Es una de las cosas que me enseñaron en la

escuela, pero nunca me había parado a pensarlo.

Pero para Lara Avara el bosque siempre había sido así y, como estaba impaciente por enseñarle las cabras y los corderillos, le pidió que se diera prisa. Luego fueron a la Casa de los Niños.

Lo primero que llamó la atención de Jennifer fue la impresión de colorido. El edificio, de una sola planta, estaba rodeado por una valla de madera. Enredaderas y flores caían en cascada desde las jardineras, y las puertas y ventanas estaban pintadas de un brillante color naranja. Luego captó los sonidos.

Alguien cantaba en voz alta, ligeramente desafinada, mientras los niños reían y daban palmas. Los pasos de unos piececitos descalzos resonaron en el suelo de madera, y un pequeño de ojos oscuros apareció en una de las ventanas.

—¡Es Lara Avara! —gritó—. ¡Y trae a uno de los Perdidos!

Inmediatamente, una bandada de chiquillos de ojos y cabellos oscuros se apiñó en la puerta, empujándose unos a otros en su impaciencia por ver a Jennifer.

—¡Creen que eres uno de los Perdidos! —rompió a reír Lara Avara—. Muchos de nuestros cuentos y

leyendas hablan de ellos y dicen que un día volverán. Una de las historias favoritas de estos niños es la de la niña perdida, que tiene el pelo tan rojo como el sol cuando sale y tan enredado como las zarzas.

Un niño mofletudo le echó los brazos al cuello a Jennifer, quien, dejando a un lado su vergüenza, le dio un abrazo.

—Es Nephi —dijo Lara Avara—. Es el preferido de todos.

Nephi guió a Jennifer hasta una habitación interior en la que un joven tallaba animales de madera para que los niños jugasen con ellos. Después de ver

cómo trabajaba durante un rato, se unieron al grupo, que seguía cantando y dando palmas. Luego Nephi quiso jugar a la pelota. En su afán por cogerla, se dio un cabezazo con una niña, y ambos empezaron a llorar. Jennifer se sentó con ellos en una mecedora y los consoló. Cuando Lara Avara sugirió que deberían marcharse, Nephi se puso a llorar otra vez, pero se le pasó la llantina al prometerle Jennifer que volverían pronto.

La casa de Vianah estaba más allá del canal de pesca y del horno de secado. Estaba rodeada por un jardín lleno de rosas, flores y arbustos

completamente desconocidos para Jennifer.

—¡Qué jardín tan bonito! ¡Qué bien huele!

—Como Vianah no puede ver, reconoce las flores por su olor — explicó Lara Avara—. Sabe el nombre de todas las que hay en el jardín. Muchas veces, la llevo al bosque a buscar flores nuevas.

—¿Vienes mucho a visitar a Vianah? —preguntó Jennifer.

—Vivo con ella. Es mi Elegida, y Nemourah también.

—¡Pero las dos son mujeres! ¿No tienes que escoger un hombre y una

mujer? —preguntó Jennifer sorprendida, porque seguía pensando que los Elegidos reemplazaban a los padres.

—No puede haber una regla que te diga a quién tienes que amar o de quién quieres aprender —contestó con sencillez Lara Avara.

—¿Pero qué puedes aprender de Vianah? —preguntó Jennifer—. Kartan nos dijo que es demasiado mayor para hacer el viaje de verano. Y además es ciega.

—En cuanto la veas, lo comprenderás. A pesar de ser mayor, sabe más que todos nosotros.

Lara Avara empujó la puerta de la

casita, y Jennifer vio a una mujer pequeña y arrugada, sentada en una mecedora junto a la ventana abierta. Una ligera brisa le despeinaba el cabello blanco.

La anciana la miró directamente, con sus ojos azules y limpios, y preguntó:

—¿A quién me traes?

Lo primero que Jennifer pensó fue que no parecía ciega. Además, era la primera persona que veía en Kelso que no tuviera los ojos oscuros y el pelo negro.

—Déjala que te toque —le dijo en voz baja Lara Avara. Luego, abalanzándose sobre ella, le dio un beso

en la arrugada mejilla y le dijo—: Te he traído una gran sorpresa. Es Jennifer. Otra niña como Ian y Ollie.

—¡Acércate más, Jennifer! —le dijo la anciana con voz temblorosa.

Tímidamente, Jennifer se arrodilló junto a la mecedora de la anciana. Vianah alargó la mano y sus dedos, reseco y fríos, acariciaron su cara. Al sentir este contacto, Jennifer olvidó su sensación de incomodidad, para sentir solo el amor que la anciana le demostraba.

—¿Así que eres una niña de otra época?

Jennifer afirmó con la cabeza;

después, recordando que Vianah era ciega, dijo en voz baja:

—Nosotros no conocemos a los otros niños que vinieron. Ni siquiera sabemos cómo hemos llegado hasta aquí.

—¿No estás sola?

—Mi amigo Robert también ha venido, pero se ha quedado en casa de Alloperla.

—¡Ah, sí! ¡Querrá pintaros a los dos! Tienes que traerlo enseguida. Pero cuéntame cómo encontrasteis este lugar.

Jennifer se sentó a los pies de Vianah y volvió a contar toda la historia de las piedras del páramo, la niebla, su

huida de los bárbaros y el viaje a Kelso.

—Hay muchas cosas que no puedo explicar —terminó diciendo Jennifer—. Hay muchas cosas que no tienen sentido.

—No te aflijas —dijo Vianah con suavidad—. Una mente activa siempre esta llena de interrogantes, por eso tienes tanto en que pensar. ¡La que solo tiene respuestas es una mente embotada!

Antes de que Jennifer se atreviera a preguntar lo que en realidad había venido a saber, sonó una campana, y Lara Avara dijo:

—¡Es la hora de la fiesta! ¿Vienes con nosotros, Vianah, o te traigo aquí la comida?

—Esta noche iré con vosotros —
dijo Vianah.

—¡Vianah! ¡Hace mucho tiempo que no nos acompañas un Día de Fiesta! —
dijo Lara Avara, poniéndose de pie de un salto para ir a buscar un bastón y un chal para cubrir los frágiles hombros de la mujer.

—Es un Día de Fiesta especial —
dijo Vianah acariciando suavemente la mejilla de Jennifer.

Jennifer ayudó a Lara Avara a llevar a Vianah a la Casa de la Cocina, donde iba a tener lugar la fiesta. Por el camino le preguntó a Lara Avara qué era un Día de Fiesta.

—Los Días de Fiesta comemos todos juntos en la Casa de la Cocina. Cuando no hay nada especial que celebrar con una fiesta, una persona de cada familia va allí y se lleva a casa suficiente comida para los suyos. ¡Te sorprendería saber cuántas cosas encontramos para celebrar, porque comer todos juntos es estupendo!

Jennifer se había imaginado que habría enormes platos de pan de miel; pero, cuando llegaron a la Casa de la Cocina, se quedó admirada ante la visión de la mesa. Estaba cubierta de fuentes que contenían todo tipo de verduras, tanto crudas como cocidas.

Junto a ellas, había apetitosas salsas, quesos, nueces y pescado ahumado. Todo tenía tan buen aspecto y olía tan bien que le hizo recordar las palabras de Alloperla, cuando decía que también la cocina era un arte.

Los platos eran de porcelana fina, cada uno de un modelo diferente, pero siempre decorados con los mismos delicados colores. Jennifer vio cómo dos niños pequeños se ponían de puntillas para coger dos de aquellos valiosos platos y los llenaban de comida.

Un hombre bajo, con la cara cuadrada y los ojos intensos y oscuros,

volvía a llenar las fuentes a medida que se iban vaciando. Jennifer supuso que debía de ser Panchros porque Kartan le estaba ayudando.

Luego vio junto a la mesa a Robert que miraba con ojos asombrados la gran variedad de alimentos. Se reunió con él y le dijo:

—Parece una de esas fotografías de recetas que solían venir en las revistas de mamá. Siempre intentaba hacerlas, pero nunca le salían igual.

Robert, cuya madre nunca guisaba nada más que estofado y patatas, no dijo nada, pero tenía tanta hambre que llenó rápidamente el plato. Jennifer le llevó a

ver a Vianah, que estaba sentada a la sombra, esperando a Lara Avara. Poco después apareció esta, seguida por Kartan y el pequeño Nephi, que se sentó junto a Jennifer sonriéndole.

—Tendrás que darle de comer — dijo Lara Avara—. ¡Hoy eres tú su Elegida!

—¿Qué tengo que darle?

—Déjale que decida él mismo.

Nephi ya había decidido. Él solo se sirvió un pedazo de queso y un melocotón del plato de Jennifer.

Una vez que hubo terminado la cena, se sentaron a hablar con Vianah y, por fin, Jennifer tuvo la oportunidad de

hacer la pregunta que no dejaba de rondarle por la cabeza.

—Cuando aquellos otros niños, Ollie y los demás, estuvieron aquí, ¿cómo consiguieron volver a casa? Tú los ayudaste, ¿verdad? Queremos que nos ayudes a volver también a nosotros.

—¿A volver? —repitió Vianah.

—Sí, a nuestra época.

—Lo siento, hijos míos —dijo Vianah, y por primera vez su voz sonó vieja y gastada—. Yo no hice nada. Fueron ellos, yo no los ayudé.

—Pero Kartan dijo...

—Creí que tú sabías cómo lo hicieron —dijo Kartan—. Una vez

comentaste que había una llave. Pensé que la tendrías tú.

—Alguien habló de una llave, pero no sé nada más. Llegaron cuando yo estaba en la antigua torre, a no muchos kilómetros de aquí.

—Entonces, hemos venido hasta aquí solo para descubrir que no hay camino de vuelta —dijo Jennifer, deshecha en lágrimas, escondiendo la cara entre las manos.

Robert la miró durante unos minutos con expresión preocupada. Luego volvió su mirada hacia la pequeña casita en que vivía Alloperla.

Jennifer sacudió bruscamente la

cabeza y, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, gritó:

—Ni siquiera te importa. Estamos encerrados aquí para siempre y a ti ni siquiera te importa.

11

ALLOPERLA entró de puntillas en la pequeña estancia que en la parte de atrás de la casa compartían Robert y Kartan, para asegurarse de que seguían bien. Cuando los vio dormidos en sus esterillas, respirando apaciblemente, sonrió y salió de la habitación.

Una vez que se hubo marchado, Robert se agitó desasosegado. La esterilla era delgada y el suelo duro, pero era el recuerdo de la discusión con Jennifer lo que le impedía conciliar el sueño. Le había gritado en medio de la

fiesta en su honor, y todas aquellas personas de tez morena los habían mirado desconcertadas y molestas, como si antes nunca hubieran visto a nadie pelearse de ese modo. Tal vez fuera así. Algunos de los pequeños habían comenzado a llorar.

Le había echado en cara que lo único que le interesaba era la pintura y encontrar a su hermano Duncan, acusándole además de no importarle lo desgraciada que era ni que sus padres estuvieran preocupados. Le interesaba la pintura; pero en cuanto a encontrar a Duncan, había desistido de buscarle. Duncan, con su pasión por la ingeniería,

no se hubiera adaptado a vivir allí, a no ser que hubiera sido capturado por los bárbaros.

Lo más injusto era que Jennifer seguía diciendo que él era el culpable de que no se hubieran quedado en las piedras, desde donde, por lo menos, habrían tenido alguna posibilidad de regresar. Lo cierto es que si se hubieran quedado allí, como ella pretendía, los habrían capturado los bárbaros. Además, aquellos hombres parecían menos amenazadores allí, en Kelso, aunque Robert sabía que Kartan continuaba preocupado por ellos y por Savotar y los demás, que todavía no

habían vuelto.

Finalmente Robert se quedó dormido, hasta que unas voces en la habitación contigua le despertaron. No podía entender bien lo que decían, pero, por su tono, debía de ser algo importante.

Incapaz de contener su curiosidad, alargó la mano y sacudió a Kartan para despertarle.

—Hay alguien hablando en la habitación de al lado —susurró—. ¿Quién es?

—¡Parece Savotar! —dijo Kartan, excitado; se levantó de un salto y se puso los pantalones y la túnica gris—.

Tenemos que enterarnos de si han vuelto todos sanos y salvos.

Kartan y Robert irrumpieron en la habitación contigua donde Savotar, Alloperla, Panchros y otras dos o tres personas discutían seriamente ante una taza de oloroso té.

—Aquí está Kartan —dijo Savotar poniéndose de pie. Al hacerlo, tuvo que inclinarse un poco para no darse con un móvil que colgaba del techo. Su larga túnica brilló a la luz de las velas—. Podemos decirle ya cuál va a ser su misión dentro del plan. Me temo que traigo malas noticias, Kartan. Aunque todos hemos conseguido llegar a Kelso,

los bárbaros han cruzado desde las tierras del norte en balsas y sus exploradores están en estos momentos cerca de nuestra ciudad. Esperábamos que nos ayudara la corriente, pero los bárbaros son más decididos de lo que imaginábamos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Kartan.

—Enviaremos a los más ancianos, como Vianah, y a los niños a la torre que hay en el bosque, en la antigua fortaleza. Hemos almacenado pan de miel y agua suficientes para que los que vayan puedan permanecer escondidos hasta que los bárbaros se marchen. Los demás

nos quedaremos aquí y hablaremos con ellos. Esperamos que al vernos en nuestra ciudad lleguen a comprender que nuestra forma de vida es importante para nosotros y nos dejen quedarnos. Si no lo conseguimos y nos hacen prisioneros, los que queden... Pero eso no importa ahora. Tu misión dentro del plan es llevar a Vianah a la torre.

—¿Quieres decir que me vais a mandar con los ancianos y los niños? —preguntó Kartan—. Preferiría quedarme con vosotros a esperar a los bárbaros.

—No puedo permitirlo —dijo Savotar con firmeza—. Alloperla me ha contado lo que ocurrió en El Lugar de

Paso. No es un castigo, tienes que entenderlo; pero si vamos a vencer a los bárbaros con la fuerza del amor y la confianza, en los que creemos sinceramente, solo los más fuertes pueden quedarse a recibirlos.

—¿No crees que quizá haya aprendido después de lo que ocurrió en El Lugar de Paso? —preguntó Kartan con un deje de amargura en la voz—. Dejadme comprobarlo quedándome con vosotros.

Savotar negó con la cabeza.

—Vianah y estos niños, Robert y Jennifer, necesitan de tu valor y tu ayuda.

—¿También vais a enviarlos a la torre?

—Sí; los bárbaros serían un grave peligro para ellos y nos traerían dificultades también a nosotros porque no comprenden la fuerza del amor.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Kartan con docilidad.

—Ahora mismo, antes de que sea completamente de día. Lara Avara y algunos más acompañarán a los niños a la Torre, pero no creo que sea conveniente que hagáis el viaje todos juntos. Es mejor que vayáis en grupos pequeños. Tú ve con Vianah y esos niños.

—Cogeremos pan de miel para el viaje y luego nos iremos —dijo Kartan.

Mientras Kartan envolvía el pan de miel en hojas húmedas, Robert volvió a la habitación y sacó de debajo del colchón el dibujo de las piedras de Arden que le había regalado Kartan. Luego se lo escondió cuidadosamente debajo de la camisa. Pasara lo que pasara, no quería deshacerse de él.

Antes de abandonar la casa, Savotar los abrazó uno por uno y le dijo a Kartan:

—Quizá si supiera lo que el destino guarda para ti no te incitaría a ir, pero sé que estás creciendo en madurez y

experiencia. Si creces en amor y confianza, algún día podrás guiar a nuestro pueblo.

Jennifer estaba en casa de Vianah con Lara Avara, y a Robert le daba miedo tener que decirle que debían huir de los bárbaros otra vez. Pero cuando llegaron se encontró con que Nemourah ya les había dicho lo que pasaba y estaban preparadas para ponerse inmediatamente en camino.

—Me gustaría que pudieras venir con nosotros —le dijo Jennifer a Lara Avara—. ¿No hay nadie que pueda ir con los niños?

—Necesitan a todo el que pueda

ayudar. Pero quizá puedas venir tú conmigo.

Después de dudar, Jennifer dijo:

—No. Me voy con Robert. Hemos prometido permanecer juntos.

De esta forma Robert supo que la discusión del día anterior ya estaba olvidada.

—Entonces nos veremos en la torre —dijo Lara Avara sonriendo, y sus ojos oscuros y sus dientes perfectamente iguales brillaron en la penumbra.

—Me gusta esto, de verdad, Lara Avara —dijo Jennifer de todo corazón —. Lo de anoche fue..., bueno..., estaba preocupada por cómo iba a volver con

mis padres. Son mis Elegidos, ¿sabes? Tengo que volver con ellos. ¡Mira! Por si no volvemos a vernos, toma esto que encontré en Norsea —intentó meterle por la cabeza la cadena de oro con la cruz, pero se le quedó enganchada en el pelo. Dando un tirón, se la colgó del cuello. La cruz brillaba sobre la piel morena de Lara Avara.

—Es oro de verdad —dijo, Robert, creyendo que a lo mejor Lara Avara no apreciaba la generosidad de Jennifer en todo su valor.

—Es el amor de Jennifer lo que hace valioso el regalo —dijo Vianah con suavidad—, no el metal del que esté

hecho.

—La llevaré siempre —dijo Lara Avara abrazando a Jennifer—. Me gustaría que te quedaras aquí para siempre, pero comprendo que quieras estar con tus Elegidos. Mientras tanto, cuida de Vianah. Recuerda que es mi Elegida —Lara Avara se dio la vuelta y echó a correr hacia la Casa de los Niños.

Los tres muchachos guiaron a Vianah por el estrecho sendero del bosque. Avanzaban lentamente, porque el terreno era muy desigual. A pesar del cuidado que ponían, Vianah tropezaba con frecuencia y su ropa se enganchaba en

las ramas.

—La torre a la que vamos es la misma en que encontraste a los niños de nuestra época, ¿verdad? —preguntó Jennifer cuando llevaban andando un buen rato.

—Sí. Los míos me dejaron en ella con pan de miel y aceite mientras hacían el viaje de verano. Pero no volvieron tan pronto como yo esperaba y me quedé sin comida. Aparecieron los niños y dos de ellos, Andrew y Elinor, fueron a Kelso a buscar algo para comer.

El esfuerzo que suponía andar y hablar fatigó a Vianah, y tuvieron que descansar un rato antes de que pudiera

continuar.

—Pero ¿no sabes cómo salieron de la torre? —preguntó Jennifer.

—No. Los míos volvieron y yo tuve miedo de que los niños se vieran atrapados en los acontecimientos de nuestra época, como os ha pasado a vosotros, y fuera más difícil para ellos volver. Les dije que tenían que regresar. Querían que me fuera con ellos —dijo sonriendo.

—¿Y entonces se fueron? —insistió Jennifer.

—Salieron de la torre y yo volví al interior. Se oyó un ruido, como si una llave girara dentro de una cerradura.

Luego, silencio; parecía que el tiempo se había detenido... Cuando la puerta se abrió de nuevo, entraron Kartan y Lara Avara llamándome. Les pregunté si habían visto a los niños fuera de la torre, pero no sabían de qué les estaba hablando.

Robert y Jennifer se rezagaron un poco, dejando que Kartan ayudara a Vianah.

—Parece que controlaban las cosas mucho mejor que nosotros —dijo Robert—. Fueron a Kelso a buscar comida, como si conocieran ya el camino.

—Sí —dijo Jennifer—. ¡Los odio! Aparecen de repente, se portan como

héroes y luego se van a casa.

—La verdad es que no estamos seguros de que llegaran a casa — comentó Robert.

Pero tampoco este pensamiento era demasiado consolador.

Un repentino aguacero los obligó a cobijarse bajo un frondoso roble. Kartan sacó un paquete de pan de miel, del que dieron buena cuenta con gran apetito.

Cuando la lluvia cesó, Kartan decidió cambiar de rumbo. Siguieron el curso de un arroyo que corría atravesando la moteada sombra de un hayal. El terreno era más liso y se andaba con más facilidad, pero, al tener

que preocuparse menos de la maleza, se sentían intranquilos, siempre pendientes de los bárbaros. Sin Vianah, podrían haber hecho el viaje en menos de una hora; pero, al estar ella, tardaron casi toda la mañana. Los numerosos arroyos que atravesaban aquella parte del bosque hacían su marcha aún más lenta, hasta que se les ocurrió improvisar con las manos una silla para ayudar a Vianah a cruzar los de mayor caudal.

Por fin los árboles empezaron a escasear y salieron del bosque, después de cruzar un último riachuelo. Delante de ellos, en una escarpada ladera, se levantaba una antigua torre. Era

cuadrada, de granito, con piedras angulares de arenisca roja formando un dibujo simétrico en sus altos y erguidos muros. La torre pertenecía a una época anterior a la construcción de Norsea, anterior incluso a los edificios de Locharden de la época de Jennifer y Robert. No era tan antigua como el círculo de piedras, pero tenía el mismo aire de indestructibilidad, el mismo aspecto de haber sido testigo del paso del tiempo y haber guardado muchos secretos entre sus muros.

—Es un antiguo castillo, ¿verdad?
—preguntó Jennifer—. Quiero decir antiguo para nuestra época, de los que

tienes que pagar para entrar.

—Creo que es un torreón construido para guardar las fronteras —dijo Robert—. Se edificaron hace mucho tiempo, cuando Escocia estaba en guerra con Inglaterra. Debemos de estar en la frontera, bastante más al sur de Locharden.

Desde que estuvimos en las piedras, es lo primero que veo que pertenezca a la vez a nuestra época y a esta —dijo Jennifer—. Norsea no cuenta, porque fue construida después de nuestros días.

Para Vianah, subir por la escarpada ladera hasta la puerta del castillo fue la parte más penosa de todo el viaje. En

algunas partes, incluso tuvieron que subir gateando por las piedras lisas, y Robert también tuvo dificultades. Jennifer y Kartan ayudaron a Vianah a subir la última pendiente. Luego, Kartan dijo que iba a volver a bajar para recoger leña.

La puerta del castillo estaba abierta del todo, y se asomaron a la oscuridad de la planta inferior, que debía de haber sido un almacén o un lugar para guardar el ganado cuando había ataques. No tenía ventanas y la única luz que había penetraba por la puerta abierta. Robert entró y vio una escalera de caracol que terminaba en uno de los gruesos muros.

—Quédate con Vianah. Yo subiré a ver qué hay arriba —dijo.

—No eres tú quien tiene que hacerlo —dijo Jennifer—. Por lo menos, deberías esperar a que llegara Kartan.

—Solo quiero ver qué hay arriba —dijo Robert desapareciendo en el interior de la torre.

Una vez dentro, Robert experimentó la misma sensación que había tenido en las piedras de Arden. Era casi como si dentro de aquellos muros algo lo ligara a hechos que habían pasado mucho tiempo antes. A medida que iba subiendo por la escalera, se acrecentaba en su interior aquel sentimiento.

Jennifer, enfadada con Robert por haberse marchado, le dijo a Vianah:

—Podemos entrar también nosotras para resguardarnos del sol.

—Gracias —contestó la anciana—. Dentro de la torre se está mejor, pero nos sentaremos en la planta baja hasta que esté aquí Kartan para ayudarme a subir las escaleras. Están medio derrumbadas y es muy difícil subir, incluso para los que tenéis buena vista.

Vianah y Jennifer se sentaron en un oscuro rincón de la planta baja. Desde allí pudieron observar, a través de la puerta abierta, la escarpada ladera que descendía hasta el terreno que, cubierto

de árboles, se extendía a sus pies.

Robert llegó hasta el final de la derrumbada escalera y se detuvo ante la puerta de la sala principal del castillo. Parte del techo se había desplomado. La luz que entraba por él permitió a Robert ver el suelo de tierra y una enorme chimenea. Sorprendido, vio que el fuego estaba encendido. Sentado junto a él, como un caballero de otra época, había un hombre barbudo de aspecto rudo. El corazón de Robert latió aterrorizado cuando el hombre levantó la cabeza y fijó la vista en él. Era uno de los bárbaros: el mismo que los había perseguido dos veces, el que había visto

luchar contra la corriente para salvar su vida en El Lugar de Paso.

Enseguida reconoció a Robert y, con un rugido de ira, se levantó de un salto y echó a correr detrás de él. Robert bajó por las escaleras, rodando más que corriendo.

Una vez en el exterior, el muchacho se abalanzó sobre la pesada puerta de madera de roble para cerrarla. Antes de conseguirlo vio, enmarcada por el pelo rojizo alborotado, la cara de Jennifer, que lo miraba fijamente desde la oscuridad de la planta baja. Solo la vio durante una fracción de segundo, pero su imagen se le quedó indeleblemente

grabada.

Antes de que tuviera la oportunidad de volver a empujar la puerta, Kartan, que subía por la empinada pendiente arrastrando una enorme rama, se acercó y puso la mano sobre una llave, brillante y reluciente, que estaba puesta en la cerradura.

—¡No hagas eso! —gritó Robert.

Pero la llave giró, casi sin que Robert tuviera que hacer ningún esfuerzo.

Oyeron como Jennifer empezaba a gritar en el interior de la torre, pero sus gritos fueron acallados por el silencio, un silencio tan intenso que pareció

detener sus corazones.

Y luego el ruido volvió a llenar el vacío. Se oyó el lejano estruendo de un camión que circulaba por una descarnada carrera, un perro que ladraba y una vocecita infantil que preguntaba insistencia:

—¿De dónde venís?

Con ojos incrédulos, Robert echó una ojeada a su alrededor. El bosque se había desvanecido y, desde la escarpada ladera sobre la que se levantaba la torre, pudo ver una confusa sucesión de prados y granjas, una pequeña laguna medio cubierta de juncos, una cabaña junto al camino y un camión de leche que

circulaba por una carretera bordeada de helechos.

Y, persistente, la vocecita seguía preguntando:

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

Robert miró a Kartan, que, a su lado, observaba todo con ojos aterrorizados. Robert sintió que también a él le invadía el terror cuando Kartan le preguntó:

—¿Qué le ha pasado a Jennifer?

—¡Abre la puerta! Ábrela y averígualo.

12

IGNORANDO a la chiquilla rubia que estaba sentada en una piedra junto a la torre, Robert puso la mano sobre la llave, que seguía metida en la cerradura. Pero ahora ya no era brillante y reluciente, sino negra, y se resistía a girar.

—No puedes regresar otra vez — dijo la chiquilla.

Pero Robert no la oyó. Giró la llave, empujó la puerta y entró.

—¡Jennifer! ¡Jennifer! ¡Vianah! — llamó a gritos, y el eco de su voz en la

torre vacía se burló de él. Se dirigió hacia la escalera de caracol llamando a Jennifer; pero ni Jennifer, ni Vianah, ni el bárbaro estaban allí para contestarle.

Lentamente, volvió a bajar las escaleras y salió al exterior. A juzgar por la posición del sol y la neblina que cubría la laguna, debía de ser muy temprano.

—¿La has encontrado? —volvió a preguntar interesada la chiquilla.

Robert negó con la cabeza. Luego, totalmente confuso, miró a Kartan y a la niña.

—Pero ¿tú estabas con ella?

—¿Con quién? —preguntó Robert

con voz apagada.

—¡Con Vianah! Te he oído llamarla.

Por fin Robert prestó atención a la niña rubia y despeinada que, sentada sobre la piedra, se estaba comiendo un bollo y tenía la boca llena de migas.

—¿Conoces a Vianah? Además, ¿quién eres tú?

Tuvo que esperar a que la pequeña se metiera en la boca el resto del bollo y se lo tragara antes de poder contestar:

—La conocimos hace mucho tiempo. Andrew y Elinor ya casi no se lo creen, pero estoy segura de que Ian sí.

—¿Tú eres Ollie? No, no puede ser. Eres demasiado pequeña.

—Tengo seis años, casi siete — contestó Ollie ofendida—. ¿Qué quieres decir con eso de demasiado pequeña?

—Vianah nunca nos dijo que fueras una chiquilla. Siempre nos habló como si fuerais...

—¿Qué hay de malo en ser una chiquilla? —preguntó Ollie a punto de echarse a llorar.

—Es que me ha sorprendido. No te pongas así. ¿Tú has estado en aquella otra época? ¿Sabes cómo ir hasta allí y regresar?

Ollie asintió con la cabeza.

—Con la llave —dijo.

—¿Puedes volver a hacerlo? Tengo

que regresar.

—¿Por Vianah?

—No, por Jennifer. Estaba conmigo.

Y tengo que devolver a Kartan.

Kartan los miraba con ojos asustados. Ni siquiera parecía comprender que se trataba de Ollie, de quien tanto le había hablado Vianah.

—Es uno de la gente morena de Vianah, ¿verdad? —preguntó Ollie con una sonrisa—. Estoy encantada de que hayas venido.

—¿Puedes enseñarme cómo funciona la llave?

Ollie negó con la cabeza.

—No puedes hacerla funcionar. Lo

único que puedes hacer es esperar a que suceda.

—Pero tú conseguiste volver utilizando la llave.

—Ya no brilla —dijo Ollie, como si eso lo explicara todo—. Ahora no es más que una llave corriente.

—Escucha —dijo Robert armándose de paciencia—, ¿Andrew y los demás son mayores que tú?

—Sí —contestó Ollie—. Andrew tiene trece años.

—¿Puedes decirle que venga? Tengo que hablar con él.

—Está en Londres. Todos los demás están en Londres.

—¿En Londres? ¿Qué demonios hacen allí?

—Nosotros vivimos en Londres.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí?

—Tía Grace está enferma. Vive en Smailholm Cottage y guarda la llave de Smailholm Tower en una caja cerca de la puerta trasera. Cuando se puso enferma, mi madre tuvo que venir a cuidarla. Los demás se quedaron en Londres con papá porque tenían que ir al colegio, pero mi madre me trajo a mí. Yo puedo faltar. Ya leo muy bien —dijo con aire de suficiencia.

—Pero ¿estuvisteis todos allí

cuando fuisteis a ver a Vianah? — preguntó Robert.

Ollie afirmó con la cabeza.

—Eso fue el año pasado. Andrew ya casi no se lo cree. Fue tan raro... Pero me hizo prometer que si la llave volvía a brillar, eso fue lo que pasó cuando abrimos la torre y encontramos a Vianah, no la usaría.

—¿Y empezó a brillar?

—Sí. Me desperté esta mañana muy temprano y me acordé de que me había dejado el hidropedal de mi hermano en la laguna. Me lo prestó, pero me hizo prometer que lo cuidaría, así que me levanté y salí a buscarlo. Cuando pasé

por la caja que hay junto a la puerta de atrás, donde tía Grace guarda la llave de la torre...

—¿Para qué guarda la llave? — interrumpió Robert.

—Para que los turistas puedan ver el castillo. Su trabajo es guardar la llave. Bueno, pues le eché una mirada, como hago siempre, y brillaba un poco. Había prometido no usarla, pero no había prometido no meterla en la cerradura. Luego, me senté a esperar a ver si venía alguien, y entonces, de repente, ¡apareciste tú! No esperaba que saliera nadie de la torre.

Pensativamente, Robert se apoyó en

el muro de granito de la torre.

—¿Qué día es hoy? —preguntó por fin.

—Viernes, me parece. Es muy difícil acordarse cuando no hay que ir a la escuela.

—Pero ¿qué día?

—Veintidós de junio. Mamá me dijo que ayer había sido el día más largo del año, y yo creo que sí..., sin tener a nadie con quien jugar y sin poder hacer ruido porque tía Grace está enferma.

—Pero eso es imposible...

—No haces nada más que hacerme preguntas y luego no te crees lo que te digo.

—Pero eso significaría..., eso significaría que no ha pasado el tiempo —dijo Robert lentamente—. Es imposible. Y ellos no nos habrían echado de menos todavía.

—Pues es verdad —dijo Ollie—. Tía Grace no nos echó de menos.

—Si por lo menos hubiera alguien con quien pudiera hablar —comentó Robert—. ¡Ojalá estuviera aquí tu hermano!

Ollie frunció el ceño, y Robert se dio cuenta de que estaba actuando con muy poco tacto. Era un milagro haberla encontrado, y los demás probablemente sabrían tan poco como ella. En cierto

modo, le consolaba saber que tampoco ellos habían controlado los acontecimientos. Aparentemente, solo habían actuado por instinto. Quizá también pudiera hacerlo él.

Fue entonces cuando se le ocurrió volver a las piedras de Arden.

—¿Dónde estamos exactamente? — le preguntó a Ollie.

—Esto es Smailholm y está cerca de Kelso.

—¡Kelso! —repitió Robert como un eco, contento de oír un nombre familiar.

—Pero no es el mismo Kelso. Andrew ha estado en los dos y dice que no son el mismo.

En ese momento vio un coche que circulaba por la carretera que serpenteaba entre la casita de tía Grace y la parte inferior de la ladera. Kartan, que no había demostrado el menor interés durante la conversación, se escondió detrás de una roca, observándolo hasta que desapareció, entre excitado y asustado.

—Era un coche, ¿verdad? — preguntó con los ojos muy abiertos—. ¡Nunca pensé que fuera a ver uno!

—A lo mejor, incluso puedes montar en uno —le dijo Robert.

—Y viajar más rápido de lo que pueden volar los pájaros —susurró

Kartan.

La excitación de Kartan levantó el ánimo de Robert. Sería muy divertido llevarle al siglo XX. Para Kartan sería todo todavía más sorprendente de lo que había sido el siglo XXII para él.

—Iremos en un coche —le prometió Robert con firmeza—. Volveremos a Locharden haciendo *auto-stop*.

—¿Con esa ropa tan divertida? —preguntó Ollie, echando una mirada a los pantalones sueltos, la túnica bordada y la capa de Kartan.

Robert se había llegado a acostumbrar de tal manera a la ropa de Kartan, que no se le había ocurrido

pararse a pensar en el efecto que causaría en Kelso, especialmente en un chico haciendo dedo. Solo el hecho de hacer *auto-stop* ya suponía bastantes problemas.

—Puedo dejarte unos pantalones de Andrew y una camisa —ofreció Ollie.

—Pero Andrew está en Londres —puntualizó Robert.

—El año pasado se dejó aquí unos que se le habían quedado pequeños, y hay una camisa de Elinor que a lo mejor le sirve. Están en un cajón de mi cuarto. Voy a traerlos.

Cuando Ollie volvió, Kartan se puso los pantalones y la camisa para tener un

aspecto un poco menos llamativo. Una vez que se hubo recobrado del susto de encontrarse en pleno siglo XX, empezó a mostrar interés por todo lo que veía. De repente, un avión le hizo agacharse, porque, aunque volaba por encima de su cabeza, le asustó con su ruido.

—Gracias a Dios no has aparecido en el aeropuerto de Londres —comentó Ollie.

Aunque los pantalones y la camisa le hacían pasar desapercibido, no podían convertirle en un chico del siglo XX. Una persona que se acobardaba por el ruido de un avión, o que pensaba que una cremallera era un milagro, no iba a

poder conseguir pasar por un ciudadano normal y corriente.

—¿Por qué tienes que irte? —preguntó Ollie, observando cómo Robert envolvía la ropa de Kartan en la capa—. Ni siquiera te ha dado tiempo a contarme cosas de Vianah.

—Tenemos que intentar regresar a la época de Kartan —dijo Robert, y le contó cómo habían salido de ella, dejándose a Jennifer.

Ollie se asustó mucho al enterarse de la llegada de los bárbaros y del peligro que corría Vianah. Pero, para Robert, todo aquello no era nada comparado con la idea de que había

dejado sola a Jennifer. Habían prometido seguir juntos...

—Escucha, tengo que dejarte ahora —afirmó—. No puedo quedarme ni un minuto. Pronto saldrán a buscarnos, y antes tengo que encontrar a Jennifer. El tiempo ya no puede seguir detenido.

—Tengo que volver —dijo por fin—. Ya es casi la hora del desayuno.

Estas palabras le hicieron recordar a Robert que tenía hambre. ¡Ojalá tuviera un poco de pan de miel para compartirlo con Kartan! Kartan estaba demasiado ocupado haciendo preguntas para pensar en comer. La carretera bajo sus pies, los hilos telefónicos sobre su cabeza, un

muro largo y recto, una señal de tráfico, el escudo de armas de Kelso, todo desencadenaba en él un torrente de preguntas, muchas de las cuales no sabía responder Robert. ¿Cómo viajan las voces por los hilos telefónicos? ¿Dónde se hacen las señales de tráfico? ¿En una fábrica?

Aunque era muy temprano y no circulaban demasiados coches, el ruido y la velocidad seguían asustando a Kartan. Una vez que estuvieron cerca de la ciudad se quedó asombrado de la cantidad de gente que había, de la altura de los edificios y del intenso tráfico.

—¡Ya verás cuando llegemos a

Edimburgo! —le dijo Robert—. Hay autobuses de dos pisos y cientos de coches, camiones y camionetas. En los cruces de las calles hay luces rojas y verdes para que los vehículos sepan cuándo pueden pasar.

Pero Kartan estaba demasiado impresionado con lo que veía y oía para intentar imaginarse algo todavía más abrumador.

Cuando llegaron a la plaza del mercado, hasta el propio Robert se quedó sorprendido de la cantidad de gente que había. En la zona reservada para aparcar había tres autobuses, y las calles estaban abarrotadas de niños.

«Tiene que ser una excursión», pensó.

Al pasar junto a un niño con dientes de conejo que rondaba por allí, le preguntó:

—¿A dónde vais?

—Al castillo y al zoo —le contestó el niño.

—¿En Edimburgo?

—Sí.

—¿Van todos esos niños? — preguntó Robert.

—Sí.

—¿Y los profesores?

El niño asintió con la cabeza.

—Es para gente de nuestro colegio.

—¿Os cuentan?

—Lo más seguro es que lo hagan cuando hayamos subido todos al autobús.

—Mi amigo y yo estamos intentando ir a Edimburgo. ¿Crees que podremos ir con vosotros?

—¿Os habéis escapado? —preguntó el muchacho con cierto tono de admiración.

—Algo así —dijo Robert.

—Tendréis que sentaros en el suelo —propuso el muchacho—. ¡Eh, Dick, aquí hay dos chicos que se han escapado! ¿Podrán subir al autobús?

—Lo primero que tenemos que hacer es procurar que no los vea Cara de Pez

—dijo el otro muchacho—. Si nos sentamos en la parte de atrás, podremos esconderlos.

—¿Cara de Pez?

—El señor Fisher, el profesor — contestó Dick, señalando con la cabeza a un hombre alto, con el escaso cabello cuidadosamente distribuido por toda la cabeza pelada, que estaba junto al autobús revisando listas y contando bocadillos.

En ese mismo instante levantó la cabeza de los papeles y gritó:

—Todos los niños de mi clase subid al primer autobús. Os contaré cuando estéis todos sentados.

Los niños de la clase del señor Fisher se abalanzaron sobre el autobús. Robert agarró por una manga a Kartan, arrastrándole entre un enjambre de niños y niñas que se empujaban sin contemplaciones.

—Con cuidado —dijo el señor Fisher sin hacer nada para controlar el ímpetu de los niños, con lo que Robert y Kartan se encontraron dentro del autobús sin que los hubiera visto el profesor.

Una vez dentro, fueron empujados hacia los asientos de atrás, donde Dick, que era una especie de encargado, les dijo que se sentaran en el suelo. Luego

pidió a otros niños que pusieran los abrigos encima, para que el señor Fisher no pudiera verlos desde el pasillo. Cooperaron todos con tanto entusiasmo, que Robert y Kartan estuvieron a punto de morir asfixiados bajo una enorme pila de abrigos y chaquetas.

A Robert le hubiera gustado tener más tiempo para poder contarle a Kartan lo que pasaba. Hasta ese momento, Kartan había estado tan sobrecogido por el miedo que no se había atrevido a decir ni media palabra, pero Robert sabía que, en cuanto se pusieran en marcha, haría algún comentario que pondría de manifiesto que nunca había

viajado en autobús. Estaba a punto de sugerirle que fingiera ser mudo y le dejara hablar a él, cuando el autobús arrancó con una brusca sacudida. Dick levantó los abrigo y le dijo a Robert que cruzaran el pasillo y se sentaran en los asientos del otro lado.

—Eric y John tienen más sitio. David y yo no sabemos dónde poner los pies si os quedáis aquí.

Eric y John estaban deseando saber de qué escapaban y adónde pensaban ir, y, una vez más, a Robert le hubiera gustado tener alguna idea de lo que iba a decirle a la gente.

Toda la atención prestada a Robert

se desvaneció cuando Dick dijo:

—¡Eh! Este chico viene del futuro y se llama Kartan.

Para entonces, todos los chicos de la parte de atrás del autobús sabían que llevaban a bordo dos pasajeros más. Los comentarios de Kartan se extendían rápidamente entre ellos.

—¡Es su primer viaje en autobús!

—Dice que en el futuro no hay coches —esta noticia fue recibida en medio de una considerable consternación e incredulidad, pero alguien apoyó a Kartan diciendo:

—Mi padre dice que en el año dos mil se habrá agotado el petróleo.

Robert no entendía muy bien cómo podían aceptar con tanta naturalidad que Kartan viniera del futuro, pero todos estaban dispuestos a creérselo. Kartan tenía un aspecto tan distinto a ellos, incluso sin la túnica bordada, que su extraña afirmación podía ser perfectamente posible. Su voz, alta y cantarina, contrastaba con las suyas, de un marcado acento escocés. Los chicos estaban fascinados con él, y no se cansaban de escuchar sus historias ni de acosarle a preguntas. Además, estaban encantados de poder enseñarle todos los avances tecnológicos del siglo XX. Rebuscando entre sus bolsillos

encontraron varios chicles, invento que a Kartan le pareció casi tan maravilloso como un pequeño transistor.

Un niño le dio un silbato de plástico verde.

—Puedes quedarte con él —le dijo muy serio. Y Kartan lo aceptó como si fuera un gran tesoro, como la cruz de oro que Jennifer le había regalado a Lara Avara.

El señor Fisher se dio cuenta del murmullo de excitación que corría por la parte de atrás del autobús, pero lo atribuyó a la perspectiva de pasar un día lejos de la escuela. Por su parte, los niños tenían buen cuidado de no levantar

demasiado el tono de la voz, para que Cara de Pez no se acercara a ver qué pasaba.

—¿Vais primero al castillo o al zoo?
—preguntó Robert a Eric.

—Al castillo por la mañana y al zoo por la tarde —contestó este.

Robert pensó que hubiera sido mejor al revés. El zoo estaba en el otro extremo de Edimburgo, y tenían que llegar hasta allí. No sabía muy bien cómo se las iban a arreglar para cruzar toda la ciudad sin dinero para coger el autobús.

—Podéis veniros con nosotros —propuso uno de los chicos.

—¡Kartan no ha visto nunca un elefante! —dijo otro—. ¡Vamos a enseñarle uno! Casi todos los niños habían estado antes en el castillo y en el zoo, y les emocionaba más la idea de que Robert y Kartan se quedaran con ellos que la excursión misma, por no mencionar la diversión que suponía para ellos engañar a Cara de Pez durante todo el día.

—En cuanto bajemos del autobús se dará cuenta de que no somos de su clase —dijo Robert—. ¡Nos descubrirá!

—Creerá que sois de otra clase o de otro colegio —dijo Dick—. No hay ninguna ley que prohíba que te pasees

por el zoo junto a nosotros. Es un lugar público.

—Pero tenemos que seguir —dijo Robert.

—Kartan dice que tenéis que volver al futuro. No hay ninguna prisa porque, cuando lleguéis, ya no será futuro —dijo Dick, muerto de risa ante su propia ocurrencia.

Robert seguía preocupado, pero no tenía otra alternativa. Al final, decidió quedarse con los chicos. Cuando el autobús se detuvo en la explanada del castillo, no tuvieron ningún problema para bajar sin que los viera el señor Fisher, porque estaba hablando con el

conductor, y luego Kartan y Robert fueron en grupos separados. Dick insistió mucho en ello.

Visitaron la capilla de Santa Margarita, fisgaron en un gran cañón llamado «*Mons Meg*» y fueron hasta un cementerio para perros de soldados, lleno de diminutas lápidas cubiertas de tristes epitafios. Recorrieron un museo lleno de uniformes antiguos, espadas y mosquetones. Nunca había tenido el señor Fisher un grupo de alumnos tan interesados como el de aquel día. Kartan no dejaba de hacer preguntas, muchas de las cuales no sabían contestar los niños y se las hacían, a su vez, al profesor.

Antes de volver al autobús, los profesores repartieron bolsas con la comida, junto con la recomendación de no dejar todo lleno de migas. A Kartan y Robert, por supuesto, no les dieron; pero una niña pequeña y delgada le ofreció la suya a Kartan, diciéndole que si comía se mareaba y devolvía. También les dieron bolsas de patatas fritas y chocolatinas, manzanas y chicles.

—Es mejor que el pan de miel — dijo Kartan sonriendo mientras mordía una chocolatina.

Kartan parecía aceptar con tanta naturalidad los acontecimientos del día que Robert empezó a sentirse molesto.

Sobre él recaía toda la responsabilidad de encontrar el camino de vuelta a Locharden y las piedras, y Kartan no daba muestras de pensar en lo que sucedería una vez que estuvieran allí. Lo único que Robert podía hacer era no recordarle los problemas a los que todavía tenían que enfrentarse.

A la hora de volver al autobús, el señor Fisher se quedó un poco sorprendido ante la impaciencia que mostraban los niños por llegar al zoo. Varias veces les oyó decir: «¡Estoy deseando ver los elefantes!», o «¿A que sería estupendo merendar con los monos?».

Cuando finalmente el autobús se detuvo, el señor Fisher les recordó, con breves palabras, que podían moverse a su aire, pero que tenían que estar en el acuario, junto a la puerta principal, a las cuatro en punto. Hasta entonces, podían hacer lo que quisieran.

—¿Dónde están los elefantes? —le preguntó Dick Chapman al profesor mientras los demás niños bajaban en tropel del autobús, llevándose casi por delante.

El señor Fisher le indicó la dirección con un débil ademán y miró consternado cómo los treinta niños — treinta y dos si se hubiera tomado la

molestia de contarlos— salían en estampida a la búsqueda de los elefantes.

—¡Tanta excitación por un elefante!
—murmuró, moviendo la cabeza. Luego buscó un rincón tranquilo junto a los osos polares y se sentó a descansar hasta las cuatro en punto.

13

EL tráfico de la tarde hacía que la autopista estuviera muy concurrida, pero nadie reparó en los dos muchachos que caminaban por el arcén. Después de la excitación de aquel largo día, Kartan estaba agotado. En su cabeza flotaban confusas imágenes de elefantes y tigres, coronas con joyas brillantes y armaduras de guerreros. En una cámara del castillo había visto filas y filas de libros, llenos de nombres de gente que había muerto en lo que llamaban la «segunda guerra mundial». Algunos de los niños habían

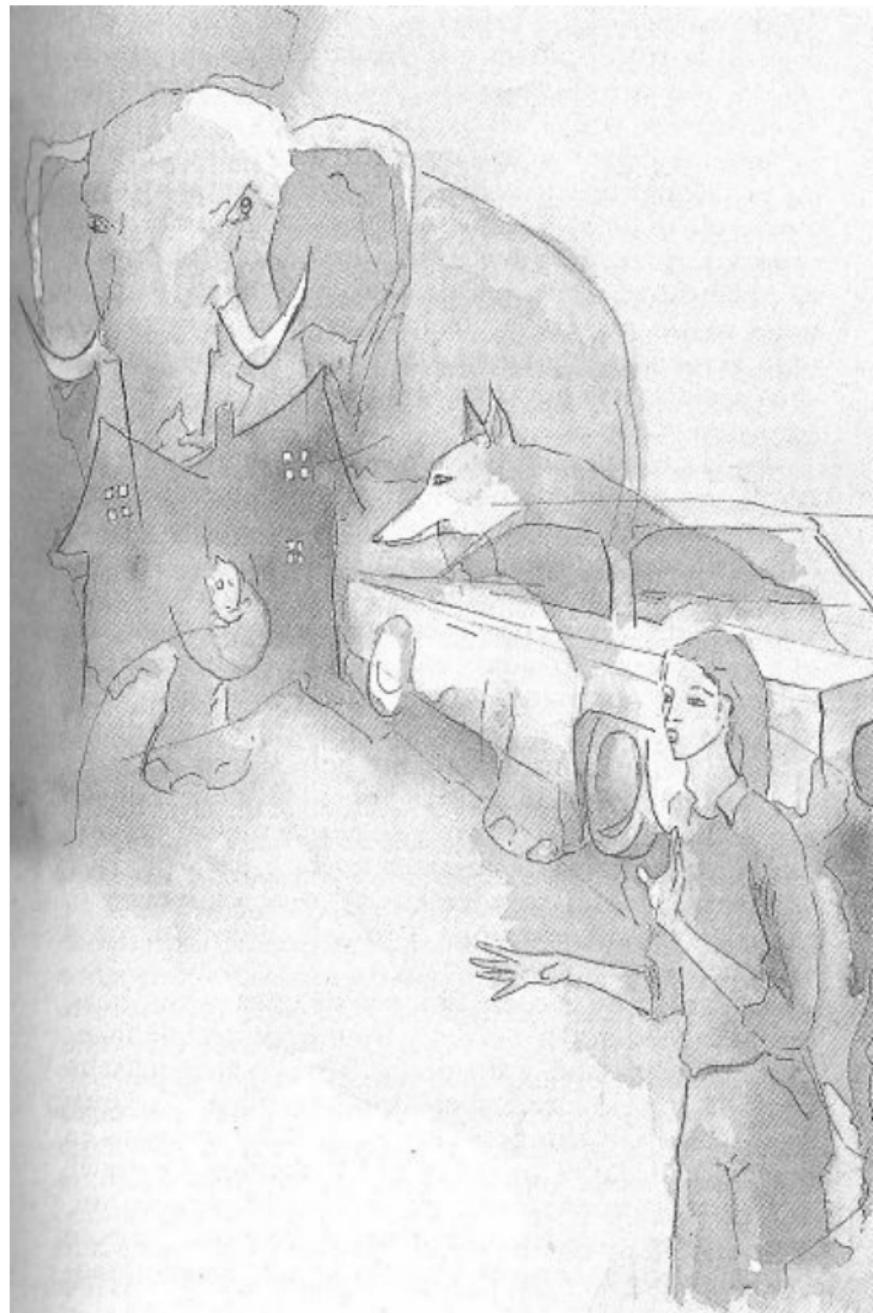
leído en ellos los nombres de sus abuelos y tíos, sin entristecerse ni sentir miedo. Por el contrario, se habían sentido orgullosos, como si morir en la guerra fuera algo bueno. Kartan pensaba que el siglo XX era un mundo extraño. Mientras, el ruido y la velocidad de los coches que circulaban, por la enorme autopista le aturdían y entumecían. Pasaban, pasaban, nunca dejaban de pasar.

También Robert estaba muy cansado. Ahora lamentaba las horas que habían perdido en el castillo y el zoo. Aunque todavía habría luz durante un rato, le daba miedo que alguien los recogiera en

la carretera a esas horas. De todos modos, no iba a pararse nadie.

Se preguntaba qué estaría haciendo su madre. Hacía ya mucho tiempo que debería haber vuelto de la escuela, así que se estaría preguntando dónde se habría metido. Seguramente, la madre de Jennifer la habría echado de menos por la mañana y llevaría todo el día preocupada. Jennifer la había llamado «Mi Elegida». Al pensar en Jennifer le volvió a invadir un tremendo sentimiento de desesperanza. ¿Cómo iba a explicar dónde estaba? ¿Qué habría sido de ella desde que la dejó en la torre? Siempre se había sentido

incómoda allí, incluso cuando las cosas iban bien. Ahora, atrapada en la torre con aquel bárbaro...



Intentó alejar sus pensamientos, concentrándose en los problemas más inmediatos. Volvía a sentir hambre y no tenía ni un solo paquete de pan de miel para ofrecerle a Kartan. Pronto tendrían que cruzar el puente de Forth Road. Era de peaje, pero no sabía si los peatones tenían que pagar. Incluso aunque no fuera así, todo el mundo se preguntaría qué hacían dos muchachos a pie a esas horas de la noche. Tenían que conseguir un coche.

En la carretera, un poco más abajo, se veían las luces de una gasolinera. Un plan empezó a tomar forma en su cabeza. Quizá pudieran lograr un coche sin tener

que hacer *auto-stop*. Podían subirse a la parte trasera de algún camión mientras su conductor echaba gasolina. Habría que confiar en que llevara la dirección que a ellos les interesaba. Casi todos los coches que circulaban por la carretera iban a cruzar el puente, y ese se había convertido en su objetivo más inmediato.

Un seto de arbustos bastante polvoriento separaba la estación de servicio de los sembrados. Robert pensó que podían esconderse detrás de él y desde allí ver qué posibilidades había de coger un coche.

Arrastrándose, se adentraron en el

sembrado y, parcialmente cubiertos por el follaje, se dispusieron a esperar.

Se detuvo un coche. Un joven de unos veinte años, con el cabello negro y largo y un mono lleno de manchas de grasa, salió a atenderlo. Algo en el muchacho llamó la atención de Robert, pero no sabía muy bien qué. Luego vio con pesar cómo el coche se ponía en marcha, sin darles la oportunidad de acercarse a él.

Durante un buen rato no volvió a detenerse ningún automóvil. Kartan se quedó dormido. También Robert estaba a punto de hacerlo. Arrullado por el monótono zumbido del tráfico de la

autopista y la música de la radio que sonaba en la gasolinera, luchaba por mantenerse despierto. No podía desperdiciar la posibilidad de conseguir un coche.

La música se detuvo de repente, y Robert oyó la voz de un locutor que leía un resumen de las noticias locales. Apenas podía entender lo que decía, pero algo llamó su atención cuando leyó los avisos de socorro. En el área de Locharden habían desaparecido dos niños. A Robert Guthrie, de once años, no se le había vuelto a ver desde que se había acostado la noche anterior. Era bajito para su edad, tenía el pelo oscuro

y rizado y los ojos marrones, y cojeaba visiblemente al andar. Robert frunció el ceño al oír su propia descripción. No cojeaba visiblemente, solo un poco cuando estaba cansado. Jennifer Crandall, de doce años, era pelirroja y tenía el pelo largo. Era americana. Una expedición de voluntarios había salido en su búsqueda por el páramo, al norte de Locharden, y un helicóptero estaba preparado para ayudarlos, pero una densa niebla cubría la zona y no podía despegar. Las condiciones meteorológicas eran poco habituales, aunque la niebla estaba muy localizada.

El joven había subido el volumen de

la radio para oír el aviso y la voz se elevaba sobre el continuo zumbido del tráfico.

¿Cómo iban a pasar desapercibidos a partir de ese momento?, pensó Robert. Después de oír el boletín, todo el mundo sospecharía al ver dos niños haciendo *auto-stop*, aunque la radio hubiera dicho que eran un niño y una niña.

De repente se dio cuenta de que no había ninguna dificultad para volver a Locharden. Todo lo que tenían que hacer era ir andando hasta una estación de policía y, desde allí, los llevarían rápidamente a casa. Pero ¿cómo iba a explicar la desaparición de Jennifer? ¿Y

la presencia de Kartan? Si la policía se hacía cargo de ellos, le harían todo tipo de preguntas. Y no tendría respuestas para ellas. No, él y Kartan tendrían que llegar al círculo de piedras y solucionar las cosas por sí mismos, si es que todavía tenían solución. Robert se estremeció.

Estaba bastante oscuro; pero al apagar el joven las luces de la gasolinera, oscureció del todo. Iba a cerrar. Hasta la mañana siguiente no se detendrían más coches. Entonces tendrían que enfrentarse al problema de cruzar el puente de peaje.

Después, Robert le oyó poner en

marcha el coche y sintió miedo. Le asustaba la idea de pasar la noche detrás de la hilera de hayas, preocupado por las dificultades a las que tendría que hacer frente al día siguiente. Despertó a Kartan y le dijo:

—¡Vamos! Veremos si ese tipo nos deja al otro lado del puente, siempre y cuando vaya en esa dirección. Cualquier cosa será mejor que pasar aquí toda la noche.

Kartan, todavía medio dormido, se tambaleó sobre sus pies. Robert le ayudó a saltar el seto y se dirigieron hacia la zona pavimentada en la que estaban los surtidores de gasolina.

Cuando el coche llegó ya estaban allí los dos niños, perfectamente visibles bajo la luz de los faros. En el último momento Robert perdió los nervios y se volvió a esconder detrás de los matorrales, pero Kartan permaneció inmóvil, deslumbrado por las luces del automóvil como un animalillo demasiado asustado para huir.

—¿Quién eres? —preguntó una voz desde detrás de las luces—. ¿Qué estás tramando?

El joven bajó del coche.

—¿Dónde está tu amigo? Lo vi escapar corriendo.

Robert salió de su escondite a

regañadientes. El muchacho silbó admirado y luego le preguntó:

—¿Cómo diablos has llegado hasta aquí?

Robert se detuvo agachado, dispuesto a salir corriendo, pero el muchacho alargó un brazo, lo cogió por los hombros y lo atrajo hacia sí.

—Tú eres Robert, ¿verdad? — preguntó.

Azorado, Robert tragó saliva y afirmó con la cabeza. Evidentemente, el muchacho había prestado atención al aviso de la radio.

—No has cambiado mucho. Quizá hayas crecido algo. ¿No me conoces?

Robert dejó de pensar por un momento en su situación y miró con detenimiento al muchacho que le estaba hablando. Quitándole el pelo largo, la incipiente barba y la cicatriz que tenía sobre la ceja, era..., tenía que ser...

—¿Duncan? —preguntó Robert con voz trémula.

El muchacho rompió a reír.

—¡Claro, soy yo! ¡Ni siquiera conoces a tu propio hermano!

El joven sacó un cigarrillo del bolsillo del grasiento mono y dijo:

—Pero ¿qué haces aquí? Eres demasiado joven para escaparte, Robert. ¿Cuántos años tienes? ¿Once? Y

supongo que este será el otro chiquillo del que hablaba la radio.

Duncan encendió el cigarrillo y aspiró lentamente.

—Yo tenía catorce años, y fue muy duro para mí —dijo—. Un chiquillo como tú no podría soportarlo. Voy a llevarte a casa.

—Queremos volver —dijo Robert en voz baja—. Pero no se lo dirás a la policía, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿Qué tienen que ver ellos con este asunto? Pero antes tengo que llamar por teléfono. ¿Puedo confiar en que no saldréis corriendo? Es mejor que vengáis conmigo para que yo

os pueda vigilar.

Robert estaba de acuerdo. Una vez que había conseguido encontrar a Duncan, no quería que volviera a desvanecerse como un fantasma, y estaba encantado de acompañarle a la gasolinera.

—Tengo que llamar a un compañero para que recoja las llaves y llene los surtidores para mañana. Le diré que estaré fuera uno o dos días, o incluso más, hasta que vea cómo van las cosas por casa.

Robert subió al coche y, sentándose junto a Duncan, arrastró consigo a Kartan para que se pusiera a su lado. No

quería tener que explicar ningún comentario extraño que pudiera hacer. Duncan no iba a creerse la historia del «muchacho del futuro», como se la habían creído los niños del autobús.

Antes de darse cuenta, habían cruzado el puente. Kartan, todavía aturdido por los acontecimientos del día, se quedó dormido. Duncan conducía deprisa y con habilidad, atendiendo solo a la carretera. Ni siquiera disminuyó la velocidad cuando salió de la autopista y se metió por carreteras secundarias más estrechas.

Por fin, cuando ya estaban cerca de las tierras de la familia, Duncan

preguntó con brusquedad:

—¿Cómo están?

—¿Papá y mamá? —preguntó Robert

a su vez.

Sin quitar la vista de la carretera, Duncan afirmó con la cabeza.

—Bien, supongo —contestó Robert lentamente—. Desde que te marchaste, Duncan, nada ha vuelto a ser igual. Están siempre preocupados. Y yo tengo que hacer tu trabajo, además del mío —en su voz había un tono de reproche.

Duncan le dirigió una severa mirada.

—Me imagino que por eso te has escapado —dijo, volviendo a atender a la carretera.

—No me he escapado... En cierto modo, me he perdido.

—¡Ya! —dijo Duncan con sarcasmo—. Fuiste al páramo a buscar las ovejas de papá, te perdiste y apareciste en la autopista, junto al puente.

Robert se mordió los labios, pero no se le ocurrió nada que decir.

—No te lo reprocho. Después de todo, yo me escapé de casa por lo mismo.

—Yo creía que te habías ido porque destrozaste la moto —dijo Robert, arrepintiéndose enseguida de haberlo dicho.

—Eso solo fue una parte —dijo

Duncan—. Estaba cansado de estar siempre trabajando. Por lo menos, para él... ¿Sigue enfadándose?

—Algunas veces —contestó Robert.

—¿Se enfadó mucho cuando me escapé?

—No —dijo Robert, intentando encontrar las palabras adecuadas para expresarlo—. Estaba apesadumbrado y arrepentido.

—Y, sin embargo, tú también te vas de casa.

—No quiero que piense que me he escapado —suplicó Robert—. Es mejor que crea que me he perdido en el páramo. ¿Me dejarás antes de llegar a la

granja?

—¿Y darte así la oportunidad de volverte a escapar?

—¡No! ¡De verdad que no! —dijo Robert—. Antes tengo algo que hacer. Jennifer sigue todavía en el páramo. Tengo que encontrarla.

—¿La niña americana? Entonces, ¿quién es ese chico?

—Me va a ayudar a buscarla. Tiene que estar por allí, en alguna parte.

—Si no vienes conmigo, yo no voy a casa —dijo Duncan con firmeza.

—Puedes decirles que oíste por la radio la noticia y quieres ayudarlos a buscarme. Se pondrán muy contentos si

se lo dices.

Robert miraba atentamente el huraño perfil de Duncan, incapaz de leer sus pensamientos. Para entonces ya estaban muy cerca de Locharden. Las luces de los faros recortaban contra el páramo las sombras de las casas, oscuras y silenciosas. Luego enfilaron la carretera que llevaba a Baldry. Duncan viró bruscamente y dejó atrás la granja Taylor, que tenía las luces encendidas, para dirigirse a casa.

—Muy bien, ¿dónde quieres bajarte?
—preguntó Duncan.

—Aquí está bien —dijo Robert.
Duncan frenó repentinamente.

—Voy a arriesgarme, pero hay en todo esto algo que no acabo de entender. Será mejor que no me engañes.

Robert sacudió a Kartan para despertarle. Descendieron del coche y se quedaron parados en la carretera, mirando las luces traseras del coche que subía por la ladera hacia la granja de los Guthrie.

—¿Adónde vamos ahora? — preguntó Kartan.

Sin contestar a su pregunta, Robert echó a andar por la estrecha senda que se abría paso hasta la oscura sombra de Ben Arden. Le hubiera gustado estar en casa para ver la gozosa incredulidad de

sus padres al ver de nuevo a Duncan, pero tenía que pensar en Jennifer. Resueltamente, apretó el paso con la esperanza de llegar a las piedras de Arden antes de que los encontraran los voluntarios que habían salido en su búsqueda. A pesar de todo lo que había sucedido, sentía un hormigueo de expectación ante la idea de volver a ver el círculo de piedras.

14

SENTADAS en la oscuridad de la parte inferior de la torre, Jennifer y Vianah oyeron un rumor agitado de pasos que corrían escaleras abajo, y luego, antes de que la puerta se cerrara de golpe, Jennifer vio la silueta de Robert recortada contra la luz del exterior. Después se volvieron a oír más pasos, pesados y enérgicos, y Jennifer lanzó un grito que murió en su garganta cuando llegó de la puerta el sonido de un débil chirrido. ¿Una llave girando en el interior de una cerradura? Luego, otra

vez el silencio. Un silencio aterrador, vacío. Y frío...

Jennifer abrazó a Vianah, sintiendo entre los brazos su cuerpo rígido y frágil. Estaban encerradas dentro de la torre, pero había alguien más con ellas. Podía oír su profunda respiración y el rumor de sus pasos al arrastrarse. El desconocido seguía dando golpes en la puerta. Después soltó un torrente de palabras incomprensibles para ella. De repente, la puerta se abrió de golpe y la luz inundó la oscuridad de la sala. Aunque antes de que saliera al exterior solo había podido verlo de refilón, Jennifer lo reconoció enseguida.

—Es uno de los bárbaros —le susurró a Vianah—. Es uno de los hombres que creíamos que se habían ahogado en El Lugar de Paso. Salió persiguiendo a Robert, que huía delante de él.

—No encontrará a Robert —dijo Vianah suavemente.

—Le atrapará —aseguró Jennifer—. Robert no puede correr demasiado, es cojo. En las rocas, no tendrá ninguna oportunidad.

—Creo que Robert ya ha escapado —dijo Vianah lentamente—. Ha vuelto a su propia época.

Las palabras de Vianah tardaron

varios minutos en penetrar en la mente de Jennifer, quien, cuando comprendió lo que acababa de decir, lo negó enfadada.

—¡No puede haber hecho eso! ¡No puede haberse ido sin mí! Además, ¿cómo lo sabes? No puedes ver, eres ciega.

—Los ciegos utilizamos los demás sentidos —dijo Vianah sin perder la calma—. Hubo un ruido, como si girara una llave en la cerradura, y lo oí. Y el silencio, el frío, la espera. Así fue como supe que Ollie y los demás niños se habían ido.

—¡Así que tú tuviste algo que ver en

el asunto!

—¡No! Fueron ellos solos. Yo no tomé parte en nada.

—¡Pero yo también quiero volver!

—Tienes que tener paciencia, hija. Te llegará el momento. Pero, por ahora, ¿qué vamos a hacer? Cuando el bárbaro desista de encontrar a Robert y Kartan, volverá a buscarnos.

—¿Kartan? ¿También él se ha ido?
—sollozó Jennifer.

—No lo sé, pero estaban juntos fuera de la torre.

Jennifer miraba como hipnotizada a través de la puerta abierta, incapaz de aceptar lo que había sucedido. Estaba

sola, atrapada en otra época, abandonada por Robert e, incluso, por Kartan. Su única compañía era una anciana ciega. El bárbaro volvería pronto. Aunque Vianah le pidió con insistencia que se escondiera, Jennifer no le hizo caso. Permaneció inmóvil, apoyada en el frío muro de piedra, como una oscura sombra en la penumbra de la sala, esperando que el hombre de la barba volviera a buscarla.

Jennifer no manifestó ninguna sorpresa cuando, en vez del hombre, entró por la puerta un grupo de gente, hablando todos a la vez y muy excitados. Había varios hombres y mujeres,

acompañados por niños. Entre ellos estaba Lara Avara, que llevaba de la mano al pequeño Nephi.

—¡Jennifer! ¡Vianah! ¡Habéis llegado antes que nosotros! —dijo Lara Avara, soltó la mano de Nephi y corrió hacia Vianah para darle un abrazo. Estaba a punto de abrazar también a Jennifer cuando se detuvo y dijo:

—Algo va mal. ¿Qué ha pasado?

—Robert y Kartan se han marchado —explicó Vianah con voz cansada—. Y uno de los bárbaros nos ha descubierto, aquí en la torre.

Mientras decía esto, la sombra del gigante barbudo oscureció el umbral de

la puerta.

Jennifer observó el encuentro entre el bárbaro y la gente de Vianah en medio de la más completa indiferencia. Ya no le importaba lo que pudiera suceder y, cuando la invitaron a subir a la planta de arriba para compartir con aquel hombre el pan de miel y el agua, los siguió sin intentar comprender lo que estaba sucediendo.

Uno de los hombres más jóvenes conocía el lenguaje, casi gutural, de los bárbaros y habló con él brevemente. Luego mantuvo una larga y seria conversación con los suyos. Lara Avara tomó parte en la discusión, lanzando de

soslayo miradas ansiosas en dirección a Jennifer.

Por fin, Lara Avara le preguntó:

—¿Has oído nuestras palabras?

Jennifer negó con la cabeza.

—El bárbaro quiere que vayas con él a Kelso.

—Pero yo no sé volver hasta allí — contestó Jennifer con desgana.

—No es difícil, solo tienes que seguir el curso del río.

—Entonces, dejadle que lo encuentre él solo.

—Ya se lo hemos dicho —dijo Lara Avara con voz preocupada—. Pero insiste en que vayas tú también.

—¿Por qué yo?

Lara Avara jugueteaba con el borde de su túnica. Su cara había perdido la plácida expresión habitual en ella, y miraba a Jennifer con los ojos cuajados de lágrimas.

—Quiere llevarte como rehén para garantizar su seguridad en el caso de que se encuentre con los nuestros. No puede entender que no necesita ningún rehén. Nuestro pueblo no le hará nada. Le he suplicado que me deje ir a mí, pero no ha querido escucharme.

Jennifer miró la cara de Lara Avara surcada por las lágrimas y dijo:

—Iré yo. No me importa lo que

pueda pasar. Ya ni siquiera me da miedo.

A la hora de separarse de Lara Avara, Vianah y los demás, Jennifer no sintió nada especial, aunque el pequeño Nephi se abrazó a ella entre lloros y le pidió que se quedara. Afortunadamente, el viaje de vuelta a Kelso con el barbudo, como le llamaban Lara Avara y los otros, transcurrió también como en una nebulosa. Jennifer iba dando traspiés, ignorando las palabras sin sentido y la crueldad del gigante. Únicamente cuando llegó al claro del bosque, al ver la ciudad, pensó que era injusto guiar al bárbaro hasta el corazón

de aquel pacífico lugar. De todas formas, él habría encontrado el camino, pensó para sí misma, porque Lara Avara y los demás le habían dicho que lo único que tenía que hacer para llegar hasta allí era seguir el curso del río.

Savotar salió a su encuentro y miró compasivamente a Jennifer. El color había huido de su cara. Las lágrimas habían dejado sus huellas en las mejillas, y en la frente tenía una mancha de sangre, ya reseca, de una herida que Jennifer no podía recordar cómo se había hecho, si con una rama o con algún golpe del bárbaro.

—Lo siento —dijo Jennifer con voz

ronca—. No debería haberle guiado hasta aquí.

—No tenías otra elección. Además, no importa —dijo Savotar con tristeza—. Los bárbaros nos han encontrado ya. En este momento están cogiendo prisioneros y saqueando nuestra ciudad. No quisieron escuchar las palabras que tan cuidadosamente habíamos preparado. Ni siquiera se han sentado a hablar con nosotros.

Jennifer, todavía confusa, recordaba muy poco de momentos que siguieron a su llegada. Nemourah la lavó, le limpió la frente y le dio una taza de una infusión de hierbas muy dulce. Luego, la

muchacha se durmió.

Llegó la noche. Los bárbaros dejaron la ciudad, llevándose detrás una larga fila de prisioneros con las manos atadas a la espalda. Entre ellos estaban Savotar, Nemourah, Panchros, Alloperla y Jennifer, que era la única niña.

Anduvieron, durmieron, compartieron su pan de miel con los bárbaros. Cuando llegaron a El Lugar de Paso, Jennifer estaba segura de que Savotar tendría algún plan para escapar. Incluso habló de ello con él.

—Paciencia, hija —le dijo este—. Tu rabia y tu amargura lo están haciendo todo más difícil para ti.

—Y tú lo único que haces es darles facilidades —dijo Jennifer, enfadada—. Ni siquiera te defiendes.

Savotar tenía razón. Jennifer se hacía a sí misma las cosas más difíciles. Los bárbaros veían tan pasivas y amistosas a aquellas personas altas y morenas, que relajaron su vigilancia. No les volvieron a atar las manos y, por las tardes, se sentaban todos juntos alrededor del fuego. Solo Jennifer estaba malhumorada y aprovechaba cualquier ocasión para irritarlos.

Mientras caminaban a través de los bosques interminables, flanqueados por aquellos hombres, Jennifer empezó a

considerar la compañía de Savotar tan incómoda como la de los propios bárbaros. Savotar estaba preocupado por ella. Y Jennifer lo sabía. ¡Pero se pasaba la vida censurándola! Siempre diciéndole que si demostraba más amor y paciencia, los bárbaros la tratarían mejor.

Aquella mañana lo había intentado, pero no había dado ningún resultado. Durante más de una hora no hizo nada para molestar al barbudo; pero, aun así, este la había golpeado dos veces.

Por la tarde —ya hacía tres días que habían salido de Kelso— llegaron al bosque de rododendros. La siniestra

atmósfera del lugar desquició los nervios de Jennifer, que tuvo palabras muy duras para Savotar. A partir de ese momento intentó esquivar su mirada, pero sabía muy bien que él no la perdía de vista. Más tarde se tropezó con la raíz de un árbol, y el barbudo, siempre alerta, le dio un pequeño golpe con una vara y le dijo que se diera prisa.

—Estoy cansada —contestó ella—. Ya no puedo más.

Jennifer se levantó y lo miró con gesto de desafío. Se sentía tan desgraciada que había vuelto a perder el miedo. No le importaba lo que pudiera pasar.

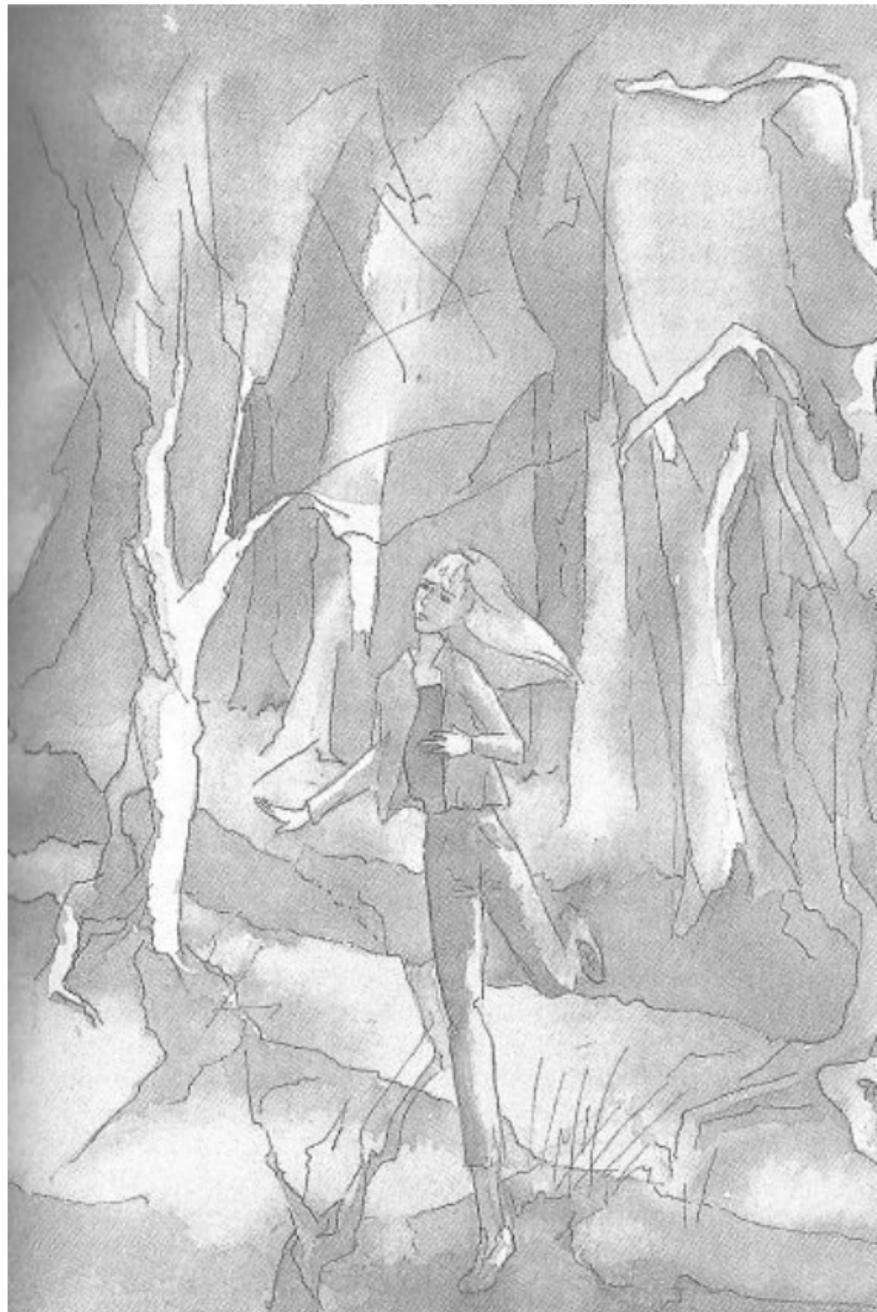
Dispuesto a golpearla, el bárbaro levantó la vara. Jennifer retrocedió, esperando que descargara el golpe. Pero nunca llegó.

Savotar —el mismo Savotar que predicaba el amor y la paciencia— le arrebató al bárbaro el palo de la mano y empezó a golpearle.

—¡Corre, hija! ¡Corre! —gritó—. Busca el camino para regresar con los tuyos. ¡Vuelve a casa!

Jennifer no podría olvidar nunca la expresión de Savotar mientras pegaba al bárbaro. Para él, educado en la paz, era tan difícil levantar encolerizado un arma, como para ella contener su odio.

En medio de la confusión que siguió a la pelea entre Savotar y el bárbaro, Jennifer huyó hacia los árboles y corrió hasta que no pudo más. Después, hundiendo sus rodillas en las hojas castañas, descansó. El bosque estaba en calma. Entre los árboles se arremolinaba una ligera niebla, como jirones de humo azulado. Los odiados bárbaros habían quedado atrás, pero también toda aquella gente de tez morena, pacífica y tranquila. Vianah, Lara Avara, Robert, Kartan... Ella, Jennifer Crandall, estaba completamente sola.



El silencio era opresivo. Reinaba la extraña atmósfera de los bosques inanimados, la monotonía de los árboles, la ausencia de plantas bajo su sombra, la falta de pájaros y animales. Y, siempre, un silencio expectante.

Jennifer estaba muy asustada. Se arrepentía de haber dejado a Savotar. Quiso volver a buscarle. Cualquier cosa era mejor que estar sola. Empezó a correr entre los árboles sin rumbo fijo gritando su nombre. Todavía se asustó más cuando todo quedó enturbiado por una niebla espesa y agobiante.

Delante de ella algo surgió de entre la niebla. Extendiendo las manos, rozó

con los nudillos una de las piedras, grande y erguida. Había encontrado el círculo de piedras. El Círculo del Tiempo. Incapaz de seguir, cayó de rodillas y empezó a arrancar a puñados tierra y raíces con las escasas fuerzas que le quedaban.

15

KARTAN desató el fardo hecho con las ropas y se envolvió en la capa gris. A su lado, Robert temblaba bajo su chaqueta, entre aterido y excitado. Ya se veían las enormes piedras. Eran las únicas formas sólidas en aquel paisaje sombrío cubierto por la niebla. El expectante silencio fue hecho añicos por el quejumbroso lamento de una gaviota, que a Robert le pareció la voz de Jennifer llamándole a través de la niebla del tiempo.

Se dirigió hacia el hueco que había

entre dos piedras y, una vez más, la fría viscosidad de la niebla penetró en su mente. De repente, añoró la belleza y el calor de la tierra de la gente de tez morena. Quiso volver a oír sus voces cantarinas, estudiar sus dibujos, llegar a comprender su fe en la paz, el amor y la solidaridad...

La gaviota volvió a lamentarse. Otra le contestó débilmente, como un eco en la niebla. Fue entonces cuando Robert se enfrentó a la verdad. No había llegado hasta allí para llevar a Kartan, ni para intentar encontrar a Jennifer. Lo que realmente quería era volver con aquella gente morena que lo había aceptado

como a uno de los suyos. Ni siquiera el hecho de haber encontrado otra vez a su hermano cambiaba las cosas. En cierta forma, era mejor. Por lo menos sus padres tendrían a Duncan...

Robert se volvió hacia Kartan, que miraba fijamente las piedras con ojos aterrorizados. Su cara morena estaba lívida. Kartan señaló el tercer hueco y dijo con voz desfallecida:

—Aquí enterramos a mi Hermano Elegido, Aetherix.

Luego atravesó el círculo, dando traspiés en el brezo. Se arrodilló en la hierba y rompió a llorar. Así estaba la primera vez que Robert lo vio, una

figura envuelta en una capa gris, arrodillada entre las piedras, sollozando.

Robert se agachó a su lado y empezó a excavar muy despacio, casi maquinalmente. Poco a poco, el frío fue paralizando su mente, hasta que ya no supo lo que hacía. El frío y el silencio se intensificaron. La niebla se hizo más espesa, ocultando las demás piedras del círculo. El tiempo se detuvo.

Luego Robert volvió a notar el calor, la luz y el rumor de las olas al romper en la playa. Abrió los ojos y vio los rododendros rodeando el círculo de piedras y oyó el murmullo de las hojas

levemente agitadas por la brisa.

De repente un dolor profundo y seco, como si algo le estuviera destrozando por dentro, se apoderó de él. Las hojas de los árboles bailaban frenéticamente ante sus ojos. Luego empezó a verlas borrosas, como si estuvieran desenfocadas. El estruendo de las hojas atronó sus oídos. Después perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, creyó seguir oyendo el rumor de las hojas, que, poco a poco, fue reemplazado por una voz que le llamaba con insistencia:

—¡Robert! ¡Robert! ¿Estás bien?

Alguien estaba sacudiéndole. ¿Por

qué no le dejaban solo? ¿Por qué no le dejaban quedarse donde realmente quería estar?

—¿Robert, contéstame!

De mala gana, Robert abrió los ojos y vio a Jennifer inclinada sobre él, con el cabello rojizo cayéndole por la cara como una vieja cortina. Al retirárselo, Robert vio que tenía una profunda herida en la frente.

—Tu cabeza... ¿Cómo te has hecho eso? —le preguntó.

Jennifer se tocó la herida y retiró los dedos rápidamente.

—¡Hemos vuelto! Estamos salvados, Robert —dijo.

Cautelosamente, Robert echó una mirada a su alrededor y vio que Kartan ya no estaba allí. La niebla se deshacía bajo el sol, quedándose adherida únicamente a las zonas más húmedas y bajas del páramo. La enorme mole de Ben Arden se elevaba a sus espaldas. El páramo parecía extrañamente apacible bajo la luz del amanecer. Temblando, se puso de pie. Luego ambos se alejaron de las piedras.

Avanzaron penosamente durante algún tiempo sin decir nada, hasta que Jennifer, casi en un susurro, dijo:

—Todo ha sido un sueño, ¿verdad, Robert? O una ilusión. No ha sido real.

—Sí ha sido real —contestó Robert—. Tal vez incluso más que esto.

—Pero hoy es viernes por la mañana, ¿no? —preguntó Jennifer, angustiada—. No hemos estado fuera varios días, ¿verdad?

—Es sábado por la mañana —contestó Robert—. Ha salido gente a buscarnos.

—¿Sábado por la mañana?

Titubeando, Robert le contó la historia del viaje desde Smailholm a Locharden y el milagro de haber encontrado a Duncan. Jennifer le escuchó; luchaba por creer que todo aquello había sucedido de verdad.

—Tendrás que creértelo cuando veas a Duncan —le dijo Robert—. Incluso él vio a Kartan.

Iban subiendo a través de los helechos, casi ocultos por sus ásperas hojas. Un sonido vibrante llenó el aire, miraron hacia el cielo y vieron un helicóptero, como un insecto gigante, que volaba en círculo sobre las piedras. Luego se alejó hacia la costa.

—Nos están buscando —murmuró Robert. Pero, a pesar de ello, se quedaron donde estaban, escondidos entre los helechos.

—¿Crees que Kartan conseguirá volver con los suyos? —preguntó

lentamente Jennifer, aceptando por fin que aquella experiencia había sido algo más que un sueño—. Espero que haya encontrado el camino de vuelta.

Luego le llegó a ella el turno de contar a Robert cómo el bárbaro la había obligado a volver a Kelso y cómo se habían llevado prisionera a la mayoría de la gente morena.

—No sirvió para nada el que nosotros estuviéramos allí —dijo Robert con tristeza—. Al principio, Kartan creía que habíamos ido a salvarlos.

—Solo ha servido para empeorar las cosas —admitió Jennifer—. Tendrías

que haber visto la cara de Savotar cuando pegó al barbudo. Y lo hizo solo por mí.

—Quizá nos hayan cambiado — comentó Robert con serenidad.

—Siempre tuve miedo de que quisieras quedarte allí —dijo Jennifer—. Y al final fui yo la que se quedó atrás. Fue horrible..., aquellos bárbaros y todo lo demás. Sin embargo, me gustaría poder estar segura de que Kartan ha conseguido volver con su pueblo.

Estaban a punto de llegar a la granja Taylor, cuando los voluntarios que habían salido en su búsqueda los

encontraron y los condujeron rápidamente a la cálida cocina de los Crandall. La señora Dean estaba allí, el fuego crepitaba y las teteras hervían con caldo y chocolate caliente para los exhaustos voluntarios. Algunos habían pasado la noche entera en el páramo. La señora Crandall abrazó a Jennifer, como si no quisiera volver a separarse de ella nunca más.

—¡Mira cómo traes el pelo y la ropa! —exclamó sacudiendo una hoja grande y marrón que colgaba del pantalón de algodón de Jennifer.

—Mal de la intemperie — diagnosticó el señor MacPherson para

explicar la aturdida mirada de Jennifer y las respuestas contradictorias que daban los dos muchachos.

—Hacía un tiempo muy raro — comentó un viejo granjero—. Nunca había visto una niebla así, pegada solo a una zona del páramo. Aquí en la cañada ha estado despejado durante todo el día, pero el círculo de piedra seguía cubierto por la niebla. Allí fue donde se perdieron.

También estaban allí los Guthrie, acompañados por Duncan, que no perdía de vista a Robert, aunque no le dijo nada hasta que no estuvieron camino de casa y lo suficientemente lejos de sus padres

como para que no pudieran oírlos.

—Vamos a dejar las cosas como están, Robert. Estuvisteis en el páramo. El pensar que te escapaste de casa solo conseguiría hacerles daño. Pero todavía no lo veo nada claro. Aquel otro chico que estaba contigo, ¿dónde está ahora? Y la chica, ¿dónde estaba ayer?

—Algún día te lo diré —le contestó Robert—. Pero, por favor, ahora no.

Al escuchar el tono triste y abatido de su voz, Duncan no volvió a insistir.

Pasó más de una semana antes de que tanto la señora Crandall como los Guthrie pudieran oír hablar de que Jennifer o Robert iban a algún otro sitio

que no fuera la escuela. Incluso entonces, la madre de Jennifer se empeñaba en acompañarlos, aunque todo iba bien. Los dos niños querían visitar al abuelo de Robert, el viejo Dougal Ballentyne, que vivía en Baldry. Era más fácil conseguir que los llevara la señora Crandall que aplazar la visita hasta encajarla con el esporádico servicio de autobuses que unía Locharden y Baldry.

Robert y Jennifer se veían a diario en la escuela y hablaban en secreto de su aventura, aunque descubrieron que era un alivio sumergirse en la aburrida monotonía del colegio y no pensar

demasiado en lo que habían visto. Pero ambos sentían la necesidad de compartir con alguien su experiencia, y Robert estaba tan seguro de que su abuelo era la persona indicada, que, finalmente, Jennifer accedió a acompañarle, dándose por vencida.

Decidieron ir un sábado por la tarde. Cuando la señora Crandall pasó a recoger a Robert, vio a Duncan trabajando en el campo con el tractor.

—Ya veo que tu hermano no ha vuelto todavía a Edimburgo —le comentó a Robert, que se sentó en el asiento de atrás.

—No va a volver —dijo Robert—.

Ha encontrado trabajo en un garaje de Baldry, y ahora vive allí. De esta forma puede venir a ayudarnos los fines de semana.

—¡Qué bien! ¡Tus padres estarán contentos!

—¡Y yo también! —dijo Robert con una sonrisa.

—Esta mañana, mientras estaban en casa, he oído al señor MacPherson decirle a tu padre que eres un gran artista —dijo Jennifer—. La verdad es que te alaban más de la cuenta.

—Yo también se lo he oído decir alguna vez —dijo Robert—. Es muy amable, sobre todo si tenemos en cuenta

que el último dibujo mío que vio fue una caricatura suya que hice en la pizarra. Pero se necesitaría algo más que el viejo MacPherson para que mi padre cambiara de opinión.

—Tampoco te perjudica —dijo Jennifer.

Sin darse cuenta, llegaron a la hilera de casitas grises, construidas en las afueras de Baldry, en una de las cuales vivía el viejo Ballentyne. Robert suspiró aliviado cuando la señora Crandall dijo que no entraba porque tenía que comprar unas cosas en Baldry.

—Volveré dentro de unas dos horas —dijo mientras ponía en marcha el

coche.

Los chicos entraron en la casa y encontraron al anciano sentado en un sillón con una manta de tartán sobre las rodillas. Miraba fijamente la barra incandescente de una pequeña estufa eléctrica.

—No es igual que un fuego de carbón —se lamentó—. No huele a nada y nadie se sienta junto a ese estúpido aparato de metal a hacerte compañía.

—Te he traído una cosa —dijo Robert, sentándose sobre la alfombra junto a los pies de su abuelo, como solía hacer siempre.

Robert se desabrochó la camisa y

sacó el pequeño cuadro de las piedras envueltas en la niebla, que Kartan había pintado.

Jennifer sofocó un grito de sorpresa.

—Todavía lo conservas —dijo, y se sentó al lado de Robert—. Lo trajiste desde su época. ¿Cómo lo has podido hacer?

—Lo traje metido debajo de la camisa —dijo Robert.

—Es un cuadro muy bonito —comentó el anciano, mirándolo sin demasiado interés y dejándolo después en su regazo.

—¿Sabes lo que es? —preguntó Robert, excitado—. ¿No lo reconoces?

—Ya no veo bien —dijo.

Robert encendió una pequeña lámpara y, acercándosela al anciano, dirigió la luz hacia el cuadro. La niebla del cuadro pareció cobrar vida, giraba entre las piedras del círculo como un torbellino, y las figuras arrodilladas quedaron de repente perfectamente enfocadas.

—Son las viejas piedras —dijo el abuelo de Robert y sus palabras cobraron una nueva vitalidad—. Las piedras de Arden.

—Quería dártelo, porque sé que siempre te ha gustado ese lugar —le explicó Robert, ilusionado.

—Sí, esas piedras han tenido toda la vida un extraño poder sobre mí. Hay en ellas algo más de lo que la gente ve. Este cuadro me trae a la memoria el día en que tu madre, Meg, se perdió en el páramo. Era poco más que una cría, apenas capaz de dar sus primeros pasos. Se alejó de la granja, y la niebla lo cubrió todo.

Mientras Jennifer y Robert escuchaban hechizado en silencio, el anciano les contó la historia del día en que él también se perdió en el Círculo del Tiempo. Al llegar al círculo de piedras, apesadumbrado por la pérdida de su hija, cayó de rodillas y arrancó a

puñados la tierra negruzca. La niebla desapareció y se encontró de repente en medio de un bosque. ¡Y las piedras estaban cerca del mar!

»Allí estaba, en un acantilado, frente a una amplia bahía que el mar había ido haciendo con el paso de los años. Nunca hasta entonces había visto aquella parte de la costa. Un grupo de gente alta y morena arrastraba un bote hacia la playa, chapoteando dentro del agua cálida con los pies descalzos.

»No era yo el único que miraba el bote. Muy cerca de mí, tan cerca que casi podía tocarme, había un hombre alto, con el pelo negro y muy largo.

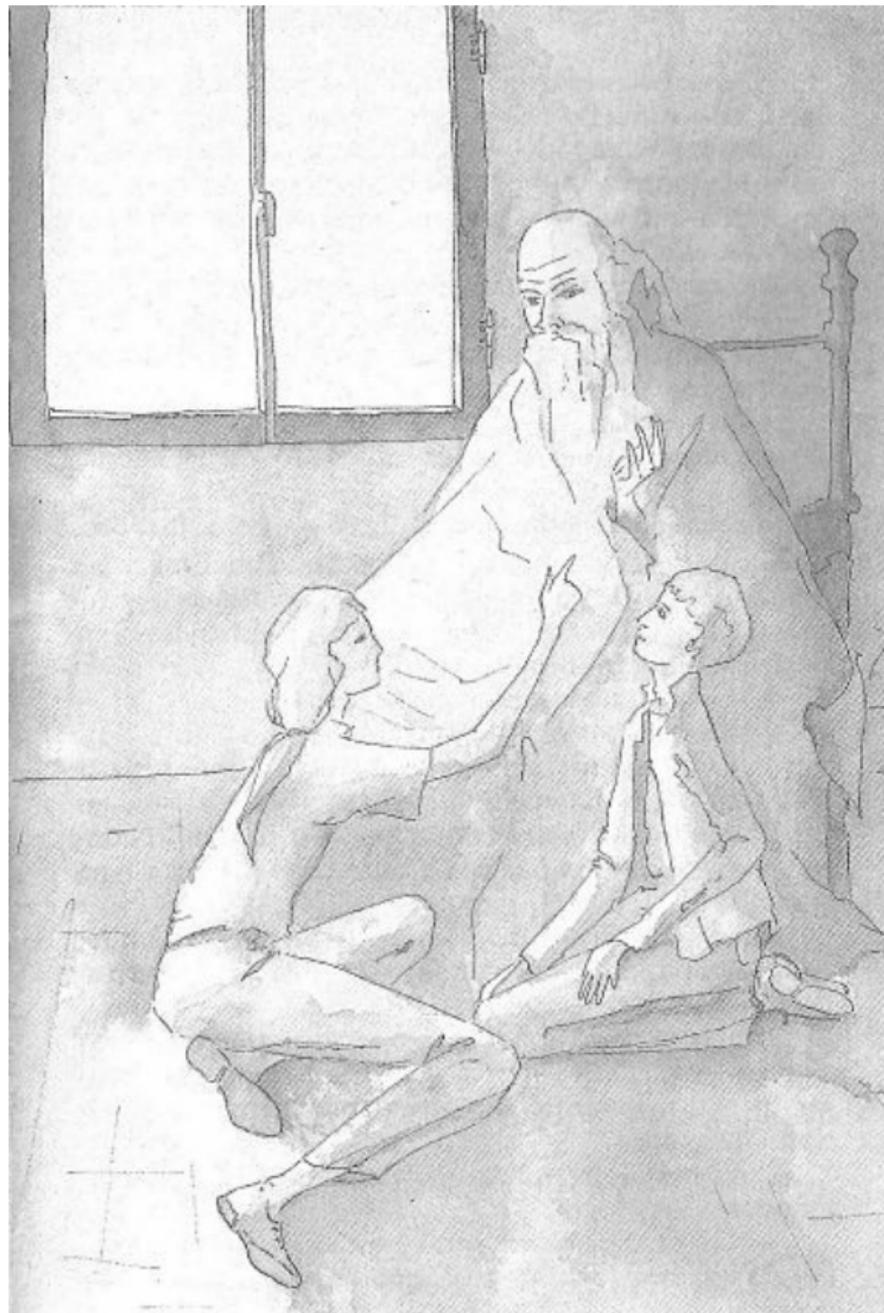
Llevaba una túnica gris sobre los hombros, según pude recordar más tarde, y colgada del cuello, una cadena con un pequeño silbato verde. Era algo tan extraño que no dejó de llamarme la atención.

»Un poco más allá había otras dos personas. Una chica muy guapa, alta y con la piel morena como el joven, con una cruz colgada del cuello con una cadena. Junto a ella había un muchacho, más bajo que los otros dos, con el pelo rizado y la piel más blanca.

»Ellos no me vieron, porque tenían los ojos puestos en el bote de la playa. De repente, el joven alto empezó a

gritar: ¡Panchros! ¡Alloperla! Por fin habéis vuelto. Bajó con dificultad hasta la playa, por una escarpada senda, arrastrando tras él, en su precipitación, un aluvión de piedras. Cruzó la arena rápidamente, y se arrojó en los brazos abiertos de la gente morena, que llegó corriendo por la playa para reunirse con él.

»Las otras dos personas bajaron más despacio. El muchacho del pelo rizado tenía dificultades para descender por la senda; luego, cuando lo vi correr por la arena, me di cuenta de que le fallaba un poco la pierna.



»La alegría de su reencuentro me trajo a la memoria mi propia pérdida, me di la vuelta y volví al círculo de piedra.

»Debí de quedarme dormido. Ya no me acuerdo bien. Hacía mucho frío y todo estaba en calma. Cuando recobré el sentido, vi a mi pequeña Meg. Estaba dormida junto a una piedra, completamente sana, envuelta en una suave capa gris, como la que llevaba el hombre alto.

—Eran Kartan y Lara Avara —
murmuró Robert.

—La llevé a casa. Hasta ahora no le había contado a nadie la historia de la

extraña visión que tuve en las piedras de Arden.

—No podían ser ellos —dijo Jennifer, rompiendo el silencio que se había adueñado de la habitación.

—Eran ellos —insistió Robert—. Pero mayores que cuando los conocimos. Alloperla, Panchros y los demás debían de haber escapado de los bárbaros y regresaban de las tierras del norte. ¿No lo entiendes? Fue después de estar allí nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por el silbato verde. Un niño le dio uno a Kartan cuando fuimos a Edimburgo en autobús. Hasta ahora no

me había vuelto a acordar. ¿No te das cuenta? Era algo de nuestra época, por eso Kartan lo conservaba y lo llevaba puesto. Y tú le diste la cruz a Lara Avara.

—¿Y quién era el otro joven? — preguntó Jennifer con una nota de desafío en la voz—. El del pelo rizado que cojeaba.

Robert recordó el dolor desgarrador que había sentido en las piedras... Pero ya tendría tiempo para pensar en ello más tarde. Era demasiado increíble, demasiado hermoso...

El anciano miró interrogativamente sus caras emocionadas.

—Nosotros también hemos estado allí —dijo Robert. Después, Jennifer y él, quitándose la palabra de la boca una y otra vez, le contaron todo lo que podían recordar.

Cuando volvió la señora Crandall, seguían hablando. La madre de Jennifer se detuvo en la puerta para observar las tres caras radiantes —dos muy jóvenes y otra arrugada por el paso de los años— bañadas por la suave luz arrojada por la pequeña lámpara. La habitación estaba austeramente amueblada. No tenía chimenea ni cuadros colgados en las paredes; pero los niños y el anciano parecían envueltos en una especie de

encantamiento, que iluminaba por completo la humilde estancia.



MARGARET J. ANDERSON
(Gorebridge, Escocia, 24 de diciembre
de 1931). Nacida en un pequeño pueblo
minero de Escocia, el 24 de diciembre
de 1931.

Creció leyendo a Sir Walter Scott, Jane
Austen y Charles Dickens, pero no

contempló la posibilidad de ser escritora hasta más tarde, después de haber estudiado biología y genética en la Universidad de Edinburgo e ido a vivir a Oregon, E. U. con su familia. Escribió sobre insectos y plantas antes de redescubrir su habilidad de la infancia para contar historias; entonces comenzó sus trabajos de ficción, la mayoría imaginados en el contexto de su natal Escocia. Actualmente ha regresado a escribir textos no ficticios.

Notas

[1] Los esfagnos o musgos de la turba crecen espontáneos en los lugares muy húmedos y en los pantanos, formando colonias extensas llamadas turberas. (N. T.). <<

[2] Seres malignos que tienen la facultad de cambiar su propia forma externa o incluso la de los demás. (*N. T.*). <<

[3] Conocidas también como las Lavanderas, son los espíritus de las mujeres que mueren al dar a luz. Hasta que llega el día de su muerte, vagan por los bosques, lavando en los arroyos las manchas de sangre de las camisas de los moribundos. (N. T.). <<

[4] Compañía petrolera del Mar del Norte. (*N. T.*). <<

[5] El C^{14} es un isótopo radiactivo que se encuentra en la naturaleza en cantidades insignificantes. El profesor W. F. Libby ha desarrollado una técnica, llamada también fechado por el radiocarbono, que permite, mediante la medición de dicho isótopo en un objeto, fijar su edad histórica. (N. T.). <<

[6] Juego de baraja inglés, precursor del *bridge*. (N. T.). <<